

GIOVANNA BRUNI

Un romance de pueblo dulce y criminal



CANELA Y CIANURO

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Traducción Kindle, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Título original: Cinnamon & Cyanide

Autor: Giovanna Bruni

Fecha de publicación original: Marzo, 2026

Se ha traducido el texto principal de la obra. Los materiales complementarios, como la página original de aviso de derechos de autor, podrían permanecer en su idioma original sin traducir.

Cinnamon & Cyanide

*A Sweet and Deadly Small Town
Romance*

Giovanna Bruni

Copyright © 2026 Giovanna Bruni

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

Contents

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Chapter One](#)

[Chapter Two](#)

[Chapter Three](#)

[Chapter Four](#)

[Chapter Five](#)

[Chapter Six](#)

[Chapter Seven](#)

[Chapter Eight](#)

[Chapter Nine](#)

[Chapter Ten](#)

[Chapter Eleven](#)

[Chapter Twelve](#)

[Chapter Thirteen](#)

[Chapter Fourteen](#)

[Chapter Fifteen](#)

[Chapter Sixteen](#)

[Chapter Seventeen](#)

[Chapter Eighteen](#)

[Chapter Nineteen](#)

[Chapter Twenty](#)

[Chapter Twenty-One](#)

[Chapter Twenty-Two](#)

[Chapter Twenty-Three](#)

[Chapter Twenty-Four](#)

[Chapter Twenty-Five](#)

[Chapter Twenty-Six](#)

[Chapter Twenty-Seven](#)

[Chapter Twenty-Eight](#)

[Chapter One](#)

[Books By This Author](#)

Capítulo Uno

Gerald, Creo Que Está Triste



Lo primero que debes saber sobre Gerald es que no es un individuo indulgente.

Gerald es mi masa madre de pan de masa fermentada. Vive en un frasco de cristal en el segundo estante de la cocina de preparación de la panadería, directamente entre Patricia, que es confiable y de buen carácter y nunca me ha decepcionado, y Senador, a quien llamé Senador porque está hinchado, lleno de aire caliente y se niega a funcionar de manera consistente sin importar lo que le ofrezca. Gerald se sienta entre ellos como un hombre en una cena que ya ha decidido que no le agrada nadie en la mesa. Fermenta agresivamente. Juzga. En tres ocasiones distintas, ha empujado su tapa durante la noche y a la mañana siguiente la he encontrado en el suelo, a quince centímetros del frasco, como si la hubiera lanzado.

Amo a Gerald. También le tengo un profundo temor.

Fue culpa de Gerald que quemara los cruasanes.

Eso no es del todo exacto. Eran las cinco y cuarto de la mañana, que es una hora impía para estar vivo, y había estado despierta

desde las cuatro porque tuve un sueño sobre mi ex Devon que me niego a describir en detalle, y llegué a la panadería ya funcionando con malos sentimientos y peor sueño, y estaba comprobando los niveles de actividad de Gerald cuando sonó el temporizador que había puesto para las otras masas madre y yo, una panadera profesional que lleva haciendo esto dos años, olvidé que tenía cruasanes en el horno.

No todos ellos. Solo el primer lote. Dieciocho cruasanes, ennegrecidos más allá del punto de interpretación creativa. Me paré frente al horno abierto, los miré y dije, en voz alta, a una habitación vacía: "Gerald, te culpo emocionalmente por esto".

Gerald no respondió. Nunca lo hace. Ese es todo su rollo.

Así que a las cinco y cuarto de un martes por la mañana de octubre, estaba retrasada, funcionando con aproximadamente cuatro horas de sueño, y rellenando con queso crema el segundo lote de rollos de canela mientras calculaba mentalmente si podría hacer realísticamente otros dieciocho cruasanes antes de que llegara Harold. Harold llega a las seis. Harold ha estado llegando a las seis cada mañana desde que mi abuela abrió la Panadería Sugar and Spite en 1987, y nunca lo he visto llegar a las seis y un minuto. Harold opera con un horario que creo que es menos una preferencia personal y más un reloj atómico interno que fue calibrado hace décadas y no puede ajustarse.

Harold estaría bien sin cruasanes. Harold diría algo amable y tranquilo como "Los cruasanes no son para los martes de todos modos, cariño", porque Harold es la mejor persona en Dusk Falls y posiblemente en Oregón.

Pero yo lo sabría. Y Gerald lo sabría. Y ambos tendríamos que vivir con eso.

—Bien —les dije a los rollos de canela—. Bien. Estamos bien. Tenemos rollos. Los rollos son mejores que los cruasanes. Los rollos son una experiencia.

El frasco de Patricia captó la luz del techo de la cocina de preparación y elegí interpretar esto como un acuerdo.

Tenía el segundo lote de rollos en el horno, una cafetera en marcha y mi delantal reatado de lo que personalmente considero

una manera muy profesional, cuando escuché el sonido familiar de los zapatos de Harold en la acera exterior.

Harold usa el mismo tipo de zapatos que ha usado durante aproximadamente treinta años, que son zapatos para caminar de suela gruesa en un tono de marrón que creo que una vez se llamó "castaño" y ahora simplemente se llama "los zapatos de Harold". Hacen un sonido muy específico en el pavimento. Un arrastre cómodo e intencional. El sonido de un hombre que ha estado en algún lugar y ahora va a otro lugar y está en paz con ambos hechos.

Miré por la ventana delantera para saludarlo con la mano como hago cuando escucho los zapatos de Harold.

Y vi al hombre.

Estaba parado en el lado opuesto de la calle Clement, justo más allá del alcance de la luz de la farola, en esa zona gris donde la luz se rinde y la niebla toma el control. Dusk Falls es un pueblo neblinoso en octubre. Nos apoyamos en ello. La mitad de nuestro turismo, tal como es, se basa en el hecho de que nos vemos exactamente como el escenario de una novela de misterio nueve meses al año. Estoy acostumbrada a la niebla. Estoy acostumbrada a las formas en la niebla. Estoy acostumbrada a que las cosas parezcan ligeramente ominosas antes de que el sol se ponga en marcha.

Pero esto era una persona. Una persona muy quieta.

Era alto, con abrigo oscuro, de pie con las manos a los costados en una postura de alguien que no estaba esperando un autobús o revisando su teléfono o haciendo cualquiera de las cosas normales que la gente hace cuando está parada en algún lugar a las cinco de la mañana. Simplemente estaba de pie. Mirando, hasta donde podía decir, a nada. O a todo. Era difícil decirlo. Tenía la cualidad, incluso a distancia, de alguien que estaba acostumbrado a ocupar muy poco espacio en la atención del mundo, y tuve la repentina y extraña sensación de que si apartaba la mirada y volvía a mirar, podría simplemente haber desaparecido, reemplazado por un parquímetro o un buzón o algo igualmente inanimado.

Aparté la mirada para revisar el horno. Volví a mirar. Todavía estaba allí.

Lo observé por un momento. No se movió. No revisó su teléfono. No miró alrededor con la expresión educadamente interesada de alguien nuevo en un lugar y tratando de orientarse. Simplemente se quedó allí, con las manos a los costados, en la niebla, a las cinco y cuarto de la mañana, y algo en ello hizo que la parte posterior de mi garganta se sintiera extraña.

—Gerald —dije, porque hablo con Gerald cuando estoy pensando—. Creo que está triste.

Gerald, famosamente, no tenía opinión.

Harold pasó arrastrando los pies y golpeó el cristal como siempre lo hace, dos golpes rápidos, y levanté un dedo para indicar cinco minutos más, y Harold asintió y se acomodó en el banco de afuera con la facilidad de un hombre que tiene cinco minutos de sobra para el resto de su vida.

Volví a mirar al otro lado de la calle.

El hombre seguía allí.

Aquí está la cosa sobre mí, que June dice que es un defecto de personalidad y mi abuela llamaba un don y yo llamo simplemente la forma en que soy: no puedo ver a una persona parada sola en el frío con aspecto triste sin hacer algo al respecto. Soy consciente de que esta no es una compulsión universalmente compartida.

Soy consciente de que la mayoría de las personas pueden pasar junto a alguien sentado solo en un banco o parado en la niebla sin que todo su cuerpo se oriente hacia esa persona como una aguja de brújula que ha identificado su norte magnético como la soledad humana.

Soy consciente de que June, que es mi mejor amiga y me quiere, una vez dijo "Margo, tu empatía no tiene límite de velocidad y un día te va a llevar directamente a un precipicio", y yo dije "Eso es dramático", y ella dijo "Le diste un rollo de canela a un agente de control de estacionamiento que estaba en proceso de multar tu furgoneta", y yo dije "Parecía que estaba teniendo una semana difícil", y ella dijo "Todavía estaba escribiendo la multa", y yo dije "La multa y el rollo eran cosas separadas".

El punto es que tengo un problema.

A los rollos de canela les quedaban cuatro minutos. El café estaba recién hecho. Ya había quemado dieciocho cruasanes esa mañana y mi día, realistamente, solo podía mejorar.

Puse dos rollos en una bolsa de papel, serví un café en uno de nuestros vasos para llevar, añadí la tapa y salí.

El frío me golpeó como siempre lo hace en Dusk Falls en octubre, es decir, me golpeó como un mensaje personal del Pacífico Noroeste de que el verano había terminado y que iba en serio con esto. Crucé la calle Clement con mi delantal y mis zuecos cubiertos de harina, sosteniendo una bolsa de papel y un café. Me he equivocado con mis instintos exactamente una vez, y su nombre era Devon, y estoy eligiendo no pensar en Devon antes de las siete de la mañana.

El hombre me oyó acercarme cuando todavía estaba a varios metros de distancia. Se giró, y quisiera decir que lo hizo lenta y dramáticamente como un hombre en una película, pero en realidad se giró como lo hacen las personas cuando han registrado un sonido de una dirección específica y ya han calculado lo que es antes de completar el movimiento. Era más rápido de lo que esperaba. Estaba más alerta de lo que alguien parado inmóvil en la niebla a las cinco de la mañana tenía derecho a estar.

También era, de cerca, bastante impactante de esa manera particular de los hombres que son completamente inconscientes de ello. Cabello oscuro, un poco más largo que pulcro, mandíbula definida, llevaba una chaqueta oscura sobre una camisa oscura. Me miraba de la manera en que imagino que los científicos miran a las variables inesperadas.

—Hola —dije—. Parecías tener frío.

Miró la bolsa y el café. Luego a mí. Tenía la expresión de un hombre que intenta determinar si lo que estaba sucediendo era algo real o una alucinación.

—Soy Margo —dije—. Soy la dueña de la panadería. —Señalé detrás de mí hacia Sugar and Spite—. Son rollos de canela. El café es de tueste oscuro. No estaba segura de cómo lo tomas, así que lo dejé negro, pero hay sobres de azúcar en la bolsa.

No dijo nada.

—No tienes que aceptarlos —dije—. Solo... parecía que quizás no habías comido.

Me miró un momento más. Su expresión no cambió de ninguna manera que pudiera identificar, pero algo en ella se desplazó, alguna recalibración apenas visible, como una puerta que había estado completamente cerrada moviéndose un centímetro. Extendió la mano y tomó la bolsa y el café.

No dijo gracias. No sonrió. Se quedó allí con la bolsa de papel y el café y me miró con esos ojos complicados como si estuviera archivando algo en un gabinete al que yo no iba a tener acceso.

—Bueno —dije—. Genial. Que tengas una buena mañana.

Me di la vuelta y regresé cruzando la calle.

Harold me observaba desde el banco con la expresión que pone cuando hago algo que encuentra a la vez poco sorprendente y vagamente preocupante. Tiene mucha práctica con ella.

—¿Lo conoces? —preguntó Harold, mientras yo abría la puerta principal.

—No —dije.

—¿Deberías estar alimentando a extraños en la oscuridad?

—La farola estaba justo ahí, Harold, no estaba realmente oscuro.

—Margo.

—Parecía hambriento. O triste. Una de las dos cosas. —Empujé la puerta para abrirla y el calor de la panadería salió a nuestro encuentro, levadura y mantequilla y café, que es el olor de toda mi vida—. Entra antes de que te congeles. Tengo rollos.

Harold entró. Se acomodó en su mesa habitual junto a la ventana, la que tiene la pata ligeramente inestable que sigo pensando en arreglar y Harold sigue diciendo que no me moleste porque la inestabilidad le da carácter. Le serví su café y revisé el horno, y cuando volví a mirar por la ventana delantera, el hombre había desaparecido.

No. Espera.

Estaba en la esquina, alejándose, sin prisa, con las manos en los bolsillos, el vaso de café en una mano y la bolsa de papel en la otra. Dobló la esquina hacia la calle Aldren y desapareció.

—Hmm —dije.

—Es nuevo —dijo Harold, porque Harold conoce a todos en Dusk Falls y la identificación de una persona que no conoce es, para Harold, información significativa.

—Eso creo —dije.

Harold sorbió su café. Miró hacia la ventana donde había estado el hombre. Me miró a mí. Su expresión hizo esa cosa que hace, esa cosa que significa que Harold está a punto de decir algo que resultará ser más cierto de lo que yo quisiera, y dije—: No lo hagas.

—No he dicho nada.

—Ibas a decir algo.

Harold bebió su café con la serena paciencia de un hombre que sabe que no necesita decirlo.

Volví a mi cocina.

—Gerald, volvió por el vaso de café. —Una pausa—. Quiero decir, no lo hizo. Se lo llevó. Pero se llevó ambas cosas, lo que significa que quería ambas cosas, lo que significa que el gesto valió la pena. No dijo gracias.

Gerald permaneció en su tarro.

—Lo sé —dije—. Lo sé. Probablemente no sea nada.

Serví el rollo de Harold.

La cara del hombre seguía haciendo algo en el fondo de mi mente.

—Probablemente no sea nada —dije de nuevo, y le llevé el desayuno a Harold.

Capítulo dos

El rollo era irrelevante



Nadie cruza la calle a las cinco de la mañana.

Ese es el punto de las cinco de la mañana. Es un acuerdo mutuo entre el mundo y las personas despiertas en él. Tú me dejas en paz, yo te dejo en paz, no hacemos contacto visual, fingimos que esto no nos está pasando a ambos.

Cole llevaba once minutos de pie en la calle Clement cumpliendo completamente con este acuerdo cuando la puerta de la panadería se abrió y una mujer salió como si el acuerdo no se aplicara a ella.

Llevaba zuecos.

¡A cuatro grados!

Tenía harina en su delantal en tres lugares diferentes y caminaba hacia él con un vaso de café y una bolsa de papel y la expresión de alguien que ha tomado una decisión que considera muy razonable y que estaría genuinamente desconcertada si intentaras explicarle por qué no lo era.

Cole tuvo tiempo de marcharse. Tuvo bastante tiempo. Ha pensado en esto desde entonces, con cierta frustración, porque él es una persona que se va cuando irse es la opción correcta, e irse era

obviamente la opción correcta, y sin embargo sus pies no hicieron absolutamente nada. Culpó a la niebla. Culpó a la hora. No ha encontrado una mejor explicación.

Ella se detuvo demasiado cerca. Muchísimo más cerca. El tipo de cercanía que significaba que o bien no tenía ninguna conciencia de peligro o tenía una visión del mundo profundamente optimista, y cuando ella abrió la boca, él sospechó que era ambas.

—Hola. Parecías tener frío.

Él miró el vaso. Miró la bolsa. La miró a ella.

Tenía los ojos de la persona favorita de alguien. El tipo de ojos que recordaban tu pedido y preguntaban por tu madre y te hacían sentir, de alguna manera, que tu presencia en la tierra era un acontecimiento bienvenido. Cole había perfilado a cientos de personas. Nunca había perfilado a nadie cuya cualidad observable principal fuera que parecía genuinamente complacida de que otras personas existieran.

Le resultó alarmante.

—Soy Margo —dijo ella—. Soy la dueña de la panadería. —Una pausa—. Son rollos de canela. El café es tostado oscuro, lo dejé negro, pero hay azúcar en la bolsa si la necesitas.

Lo dijo como si le estuviera dejando instrucciones. Como si él fuera una persona que podría necesitar que le explicaran el concepto de un rollo de canela.

Tomó la bolsa y el vaso.

También ha pensado en esto desde entonces. No tenía intención de tomarlos. Su mano tomó una decisión unilateral y el resto de él llegó tarde para objetar. Ella dijo algo más, algo alegre y completamente sin intimidación, y luego se dio la vuelta y cruzó la calle de regreso con sus ridículos zuecos, y lo último que él registró antes de que ella atravesara la puerta fue el azúcar glas en su clavícula que ella no tenía idea que estaba ahí.

Cole se quedó en la acera con un rollo de canela y miró el espacio donde ella había estado.

Muy bien.

Regresó al coche.

Aguantó seis minutos antes de abrir la bolsa, lo que no iba a hacer, y el olor que salió de ella era tan agresivamente bueno que se quedó sentado en el asiento del conductor por un momento simplemente sosteniendo la cosa, lo que tampoco iba a hacer. Mantequilla. Azúcar moreno. Algo debajo que no pudo identificar inmediatamente.

Le dio la vuelta.

Ella había puesto el relleno con manga pastelera en lugar de untarlo, lo que llevaba más tiempo y no suponía ninguna diferencia para la mayoría de las personas pero marcaba una verdadera diferencia en el producto final, y el hecho de que lo hubiera hecho así para un rollo de canela anónimo a las cinco de la mañana para un extraño que probablemente nunca volvería a ver decía algo sobre ella que Cole no podía archivar ordenadamente.

Se lo comió en tres bocados y se quedó con la bolsa vacía.

El cardamomo. Eso era lo que había debajo. Usado en una proporción que cortaba el dulzor justo antes de que se volviera excesivo. Cole no había comido desde la tarde anterior, lo que no era inusual, pero no era por eso que el rollo estaba bueno. El rollo estaba bueno porque quien lo había hecho lo había considerado. Se había preocupado, de alguna manera pequeña, por lo que iba a ser antes de que estuviera terminado.

Abrió su cuaderno y escribió: *Anomalía. Dueña de panadería, Margo. Civil. Sin indicadores de amenaza. Sin conciencia de patrones. Ejercer precaución respecto a: proximidad.*

Lo miró.

Escribió: *Rollo: sabe bien. Irrelevante.*

Subrayó irrelevante.

Condujo a casa.

Pensó en el rollo dos veces más antes de llegar, lo que era molesto. Pensó en el cardamomo, lo que era peor. Hizo café en la cocina gris de la calle Aldren y se quedó de pie en la encimera bebiéndolo y sin pensar en el hecho de que el de ella había sido mejor, y luego abrió la página de Alan Cross en su cuaderno y leyó todo con la atención concentrada que aportaba a las partes de su vida que tenían sentido.

Alan Cross tenía cincuenta y ocho años. Era dueño de la mayor parte del bloque comercial en la calle Clement y tres propiedades residenciales en el lado este de la ciudad y una cabaña de vacaciones cerca de la costa que visitaba en julio y que se suponía que nadie más conocía. También era dueño, de manera algo menos oficial, de una parte significativa de la buena voluntad de la ciudad, que había comprado a lo largo de veinte años escribiendo cheques para la escuela, la biblioteca y el cuerpo de bomberos voluntarios.

Alan Cross no era un hombre que hubiera cometido un solo error. Era un hombre que había tomado una decisión con pleno conocimiento de sus consecuencias, y luego había pasado veintidós años siendo un miembro bien querido de su comunidad mientras esas consecuencias seguían existiendo en el mundo.

Cole cerró el cuaderno.

Pensó en el rollo de canela una vez más, brevemente, lo que era una vez más de lo que había anticipado.

Lo archivó bajo irrelevante y se fue a dormir un poco.



Estaba de vuelta en la calle Clement a las siete y cuarenta y cinco.

Alan Cross llegó a las siete y cincuenta en un Buick que necesitaba que le revisaran el neumático delantero izquierdo. Aparcó en su lugar habitual, salió, se quedó junto al coche un momento revisando su teléfono con la postura de un hombre que se consideraba muy importante para mucha gente, y caminó hacia la entrada lateral con su café de gasolinera. Cole estaba al otro lado de la calle, detrás del toldo de la floristería, y Cross no levantó la vista ni una vez. Las personas como Alan Cross nunca levantaban la vista. Estaban demasiado acostumbradas a que el mundo se organizara a la altura de sus ojos.

Cole lo vio entrar. Anotó la hora. Hizo una nota sobre el vaso de café, que era un detalle y los detalles o eran útiles o eran ruido y este era ruido, pero lo anotó de todos modos porque había

descubierto que nunca sabías a qué categoría pertenecía algo hasta más tarde.

Se estaba dando la vuelta para irse cuando lo olió.

Mantequilla, azúcar moreno cortando el aire frío de la mañana como si hubiera sido enviado para encontrarlo.

Miró hacia la izquierda.

El escaparate de la panadería brillaba contra la mañana gris y a través de él podía ver al anciano del banco, con las manos alrededor de su taza, leyendo algo. Y podía ver a Margo, apenas visible más allá del mostrador, moviéndose por la cocina con su delantal, hablando con algo que no podía ver desde aquí. Una planta quizás. La pared. La observó por un momento.

Completamente irrelevante, subrayado.

Se marchó.

Capítulo tres

Le he puesto nombre y no puedo retractarme



Lo que pasa con ponerle nombre a alguien en tu cabeza es que, una vez que lo haces, se pega como fondant en un pastel caliente y no puedes despegarlo sin importar qué.

Su nombre es Hombre del Rollo de Canela.

Sé que ese no es su nombre real. No estoy confundida al respecto. Pero lo nombré ayer por la mañana mientras lo veía doblar la esquina hacia la calle Aldren con mi taza de café, y ahora ese nombre vive en el lugar donde debería ir su nombre real y sinceramente no hay nada que pueda hacer al respecto. June lo va a acortar. June acorta todo. Será HRC para el jueves y también tendré que vivir con eso.

Estoy glaseando los daneses de la mañana cuando lo veo de nuevo.

Tengo una técnica donde mantengo los ojos en lo que estoy haciendo pero mi visión periférica está haciendo un trabajo completamente separado, como dos empleados con diferentes descripciones de trabajo operando dentro del mismo cuerpo, y mi visión periférica lo detecta en la esquina de Clement y Birch a las

cinco cuarenta y uno y mis manos siguen glaseando daneses como si no estuvieran afectadas por esta información.

No están para nada inafectadas por esta información.

Está simplemente parado allí otra vez. Mismo lugar, más o menos. Mismo abrigo. La misma cualidad de absoluta quietud que la mayoría de las personas solo logran cuando están dormidas o han sido sorprendidas hasta la parálisis temporal. Excepto que no parece sorprendido. Parece como si estar completamente quieto en el frío antes de las seis de la mañana es algo que hace a propósito, que claramente lo es, y no puedo decidir si eso es tranquilizador o alarmante y me quedo brevemente con ambas opciones.

Gerald, desde el estante, no ofrece nada.

—Lo veo —le digo a Gerald.

Termino la fila de daneses. Empiezo con la siguiente. Reviso el horno. Limpio la encimera. Hago todas estas cosas en el orden correcto y con toda mi atención profesional mientras mi cerebro está haciendo algo completamente diferente y francamente vergonzoso en segundo plano, que es construir un caso para justificar por qué sería algo totalmente normal y para nada extraño llevarle una segunda taza de café a un hombre que he conocido una vez, que no me dio las gracias, que no dijo ni una palabra, y a quien le he puesto el nombre de un producto horneado.

El caso, resulta, es bastante convincente.

El café ya está hecho. Solo se enfriaría de otro modo. Es prácticamente un desperdicio no hacerlo. De todos modos voy a salir, necesito revisar el cartel de pizarra antes de que abramos porque la semana pasada un pájaro defecó sobre la palabra *martes* y tuve que borrar y reescribir todo. Así que voy a salir. El café simplemente me acompaña. Son dos hechos separados que casualmente ocurren al mismo tiempo.

Sirvo el café. Lo miro en mi mano. Miro a Gerald.

—No lo hagas —le digo.

Salgo.

HRC todavía está en la esquina, y por medio segundo pienso que se va a ir antes de que llegue, el pensamiento se desliza rápido y desagradable, y luego él no se mueve y siento algo

vergonzosamente cercano al alivio, que es mucha emoción para tener sobre un hombre cuyo nombre no conozco y que no dio las gracias por la primera cosa que le di.

Me oye venir. Se gira. Esos ojos otra vez, haciendo esa cosa como si estuviera leyendo algo en un idioma en el que es casi fluido y se ha topado con una palabra inusual.

La palabra inusual soy yo, creo.

—Hola —digo—. Tueste oscuro otra vez.

Mira la taza.

—Estás en la esquina cada mañana —digo, porque ya me he comprometido con esto y bien podría seguir—. Voy a seguir trayéndote café. Probablemente deberías saberlo de antemano.

Algo se mueve por su rostro. No exactamente una reacción. La sugerencia de una, como una reacción que ocurre varios pisos por debajo de la superficie y apenas detectable desde el nivel de la calle. Extiende la mano y toma la taza. Nuestros dedos no se tocan. Noto que no se tocan de una manera que indica que estaba prestando demasiada atención a si iban a hacerlo.

—Hay una mesa —digo, señalando las dos mesitas de hierro frente al local que saqué en septiembre a pesar del frío porque la estética es importante—. Si quisieras sentarte.

Mira la mesa y luego va y se sienta.

Me quedo ahí por un segundo sosteniendo el fantasma de la taza de café ahora ausente en mi mano, sin haber esperado realmente eso, y luego voy a revisar el cartel de pizarra, que está bien, sin situación de pájaros, y cuando regreso él todavía está ahí, con ambas manos alrededor de la taza, mirando hacia la calle Clement.

Me siento frente a él.

—Soy Margo —digo, aunque se lo dije ayer y probablemente lo sabe—. Por si no se te quedó.

—Se me quedó —dice.

Y ahí está. Una frase ofrecida voluntariamente. Siento los ojos de Harold sobre nosotros a través de la ventana y me niego a mirar.

—No sé tu nombre —digo.

Está callado por un momento. —Cole —dice.

—Cole —lo pruebo.

Le queda de una manera en que los nombres a veces les quedan a las personas tan completamente que no puedes imaginarlos siendo llamados de otra manera, como si hubiera sido asignado por alguien que lo miró y dijo definitivamente eres un Cole.

—¿Eres nuevo, o solo estás de paso?

—Intermedio.

—¿Intermedio entre nuevo y de paso?

—Intermedio entre cosas.

Lo miro. Él mira hacia la calle Clement. Tiene muy buena estructura de mandíbula y manos que te hacen pensar que ha hecho algo físico con ellas en algún momento, no de manera obrera, sino de manera cuidadosa, y soy consciente de que estoy catalogando esto como catalogo la proporción de mantequilla en una nueva receta, es decir, con más enfoque del que la situación técnicamente requiere.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunto.

—Cosas que llevan tiempo.

Esto no es información. Debería encontrarlo evasivo. En cambio, lo encuentro interesante, lo cual es un defecto personal del que he sido consciente durante algunos años.

Nos sentamos ahí. Yo hablo.

Esto es lo que hago, hablo, no porque necesite llenar el silencio sino porque genuinamente me gusta hablar y genuinamente me gustan las personas y tengo mucho que decir sobre la mañana y el pueblo y el hecho de que Gerald empujó su tapa otra vez anoche y la encontré en el suelo a las cuatro cuarenta y cinco y pasé dos minutos ofendida con un frasco de harina fermentando. Cole no habla. Pero escucha. Eso es lo que me mantiene en la mesa y no dentro donde hace calor. Escucha como si estuviera interesado en la información y no solo esperando un hueco para decir algo de vuelta.

Le cuento sobre Harold y el banco y los zapatos de treinta años. Le cuento sobre aquella vez que un oso negro se metió en el contenedor de basura detrás de la panadería a las tres de la mañana y lo observé desde la ventana de la cocina durante veinte minutos porque estaba demasiado interesada como para llamar a control

animal. Le cuento sobre el acto de desafío más reciente de Senator y la expresión de Cole cambia, dispuesta en un orden que sugiere que una sonrisa ha ocurrido recientemente en esa zona y podría volver a ocurrir.

Once minutos. Harold me dijo después que fueron once minutos, porque Harold los cronometró, porque es Harold.

Cole pone la taza vacía sobre la mesa, se levanta y mete la mano en el bolsillo de su abrigo.

Deja el cambio exacto sobre la mesa.

No un cambio aproximado o redondeado. El precio exacto de un café mediano en Sugar and Spite hasta el último centavo, algo que yo no le había dicho, y abro la boca para decirle que obviamente no iba a cobrárselo, pero ya se está alejando, bajando por la calle Clement con ese andar pausado suyo, con las manos de nuevo en los bolsillos.

Me quedo sentada en la pequeña mesa de hierro a cuatro grados con la cantidad correcta de cambio en mi mano y lo miro.

Harold se materializa en la puerta detrás de mí con ese sentido de la oportunidad sobrenatural que reserva para los momentos en que más necesito público.

—Ni lo digas —digo, sin darme la vuelta.

—No he dicho nada —dice Harold.

—Ibas a decir algo.

—Iba a preguntar si puedo tomar otro café.

Me levanto. Recojo la taza. Vuelvo adentro pasando junto a Harold y me coloco detrás del mostrador y pongo el cambio exacto en la caja registradora y miro a Gerald sentado en su tarro mirándome con la paciencia de un hombre (o masa madre) que ha vivido lo suficiente como para encontrar todo esto muy predecible.

—No es nada —le digo.

La tapa de Gerald está bien puesta por una vez.

Ni siquiera él me cree.



June llega a las ocho y cuarto con su enorme bolso y la energía de una mujer que ya ha sido una persona completa durante varias horas y ahora trae esa energía a mi panadería, que es el tipo de cosa que amas de tu mejor amiga y para la que también ocasionalmente necesitas prepararte.

Se deja caer en la silla frente al mostrador y acepta el latte que ya le he preparado porque conozco el horario de June como conozco los estados de ánimo de Patricia, y lo envuelve con ambas manos y me mira con la atención que normalmente reserva para propiedades con historiales de propiedad complicados.

—Tienes una cara —dice.

—Siempre tengo una cara, June.

—Una cara específica. Una cara que he visto antes. —Inclina la cabeza—. Esa es la cara de Devon.

—Esta no es en absoluto la cara de Devon.

—Es la cara pre-Devon. La de antes de que se convirtiera en la cara de Devon. La cara de extraño interesante.

Limpio el mostrador. El mostrador ya está limpio.

—Hay una persona nueva en el pueblo —digo—. Estaba parado en la esquina a las cinco de la mañana y parecía tener frío y le llevé un bollo y un café, y luego esta mañana estaba allí de nuevo y le llevé otro café y se sentó en la mesa de afuera durante once minutos y me escuchó hablar sobre Gerald sin mirar su teléfono ni una sola vez, y luego dejó el cambio exacto —el precio exacto, June, hasta el último centavo, sin que se lo dijera— y se fue caminando, y no sé su apellido ni de dónde es ni qué hace aquí. Su nombre es Cole. Eso es todo lo que tengo.

June sostiene su latte con ambas manos y me mira durante un largo momento.

—Cole —dice.

—Cole.

Está muy callada, que es lo más alarmante que June puede estar. June callada es una pantalla de carga.

—Le diste a un extraño dos cafés —dice—, te sentaste afuera con él a cuatro grados, ¿y el detalle que actualmente vive en tu cabeza es que sabía el precio?

—Es un detalle notable.

—Es un detalle notable —repite June, lentamente, como si esto fuera una pista y no un detalle encantador—. O ha estado aquí antes, o le preguntó a alguien, o...

—Es solo una de esas personas que investiga las cosas —digo—. O le preguntó a Harold.

—O ha estado vigilando la panadería —dice June.

La miro.

—Solo digo —dice June.

—Estás siendo dramática.

—Soy agente inmobiliaria, Margo, la cantidad de verificaciones de antecedentes que hago en un mes te haría sentir mal, no estoy siendo dramática, estoy siendo minuciosa. —Vuelve a coger su taza—. Apellido.

—No lo sé.

—De dónde es.

—No lo sé.

—A qué se dedica.

—Entre cosas.

June deja su taza muy despacio. —Margo.

—June.

—Es solo una persona —digo, antes de que ella pueda—. De paso. Entre cosas. Es solo una persona callada, un poco extraña, probablemente triste, que está de paso por Dusk Falls y le di café y se sentó conmigo durante once minutos y ahora se ha ido y eso es todo.

June me mira durante un largo momento con la expresión que pone cuando sabe algo que ha decidido no decir todavía.

—¿Qué? —digo.

—Nada —dice—. Solo me parece interesante que sepas que fueron once minutos.

—¿Quieres un danish o no?

—Obviamente quiero un danish.

Le doy el danish. Ella se lo come y no dice nada más sobre Cole y yo no digo nada más sobre Cole y Gerald se queda en su estante observándonos a ambas con su habitual hermetismo mientras

pienso, en el fondo, en una parte de mi cerebro que no estoy reconociendo, en cómo once minutos de silencio pueden sentirse, de alguna manera, como una conversación.

Capítulo Cuatro

Ella Me Dio Otro



Me senté en la mesa.

Esa es la parte a la que sigo volviendo. No los once minutos —los cronometré automáticamente, igual que cronometro todo— sino el hecho de que ella señaló un mueble y yo me senté como un perro al que le hubieran dicho que se quedara quieto.

A cuatro grados. En una silla de hierro. Porque ella mencionó que era una opción.

El anciano nos observó todo el tiempo desde dentro. Lo seguí periféricamente, su expresión decía: *Ya he visto esta película antes y sé exactamente cómo termina, chico.*

Ni siquiera fingió que no lo hacía. Simplemente se sentó allí con su café enfriándose y su periódico sin hacer nada y nos miró a través del cristal.

Molesto.

También lo encontré perspicaz, una combinación que respeto a regañadientes y que anoté y no voy a ignorar. Las personas

perspicaces notan cosas y Harold me ha notado y eso es ahora una variable.

Margo me dijo su nombre. También me habló de sus zapatos — treinta años, mismo estilo, el sonido que hacen al arrastrarlos por el pavimento. También me contó sobre un oso en el contenedor de basura a las 3 de la madrugada y no pregunté y no quería que se detuviera.

Anotado.

Todo queda anotado.

El azúcar glas de ayer había desaparecido. La quemadura en su antebrazo derecho era reciente, pequeña, probablemente de la rejilla del horno. No la mencionó. Ni siquiera sabía que estaba presionando su dedo contra ella mientras hablaba. Solo este contacto inconsciente con el daño más reciente en su cuerpo, como comprobándolo. Como diciendo *sí, sigue ahí, vale, continuemos*.

He pensado en eso más que en el oso. He pensado en eso más que en la mayoría de las cosas esta semana, lo cual no es información con la que esté haciendo algo.

Nada de eso fue al cuaderno.

En el cuaderno puse: *Rutina de AC sin cambios. Anomalía: contacto repetido, Margo Calloway, panadería, Calle Clement. Limitar interacción futura.*

Subrayé *limitar* dos veces.

Hice café que no era tan bueno como el de ella, lo cual es simplemente un hecho ahora, al parecer.

Bien.

He aceptado que nada que salga de esta cocina va a ser tan bueno como lo de ella, lo cual es algo extraño de haber aceptado dado que tengo cosas más importantes que calibrar. Me quedé en la ventana que da a la valla y leí la página de Cross por cuarta vez. No porque algo hubiera cambiado sino por lo que hizo ayer.

Vendió el edificio.

El achaparrado de ladrillo junto a la panadería, con toldo verde.

Vi a un tipo fotografiarlo desde la acera ayer por la tarde. Comprobé su matrícula. Me llevó una hora rastrear la sociedad holding —registro en Nevada, diseñada para ser opaca, estructura

fantasma estándar. Lo investigué de todos modos. Encontré a Sheryl Baines al otro lado.

Cross está conectado con Sheryl Baines de una manera que no era visible antes.

Mi cronología está equivocada.

No me gusta una cronología equivocada.

Cross juega al golf todos los jueves a las ocho. Lo he confirmado durante tres semanas. Pero la semana pasada mencionó fuera del restaurante —más alto de lo que pretendía, gente como Cross nunca piensa en quién está escuchando— que el partido de esta semana se trasladó al miércoles porque Paulson va a Phoenix.

Hoy es miércoles.

6:42 AM.

Cogí mi chaqueta.



NO PASÉ POR LA PANADERÍA.

Por la calle paralela, detrás de la floristería, a través del aparcamiento municipal. Cuatro minutos añadidos a la ruta. Tenía toda la mañana. Desde el aparcamiento puedo ver que ha cambiado el cartel de tiza. Algo de calabaza. No puedo leer la segunda palabra desde aquí.

No necesito hacerlo, sigo caminando.

Cross salió del hoyo nueve a las once cuarenta y tomó su camino habitual de regreso al coche.

Pista de mantenimiento detrás de la línea de árboles. Siempre he pensado que era una elección extraña para un hombre que supuestamente juega al golf por el aspecto social. La conclusión a la que seguía llegando era que Cross tenía dos personalidades y lo sabía, y la que caminaba por la pista de mantenimiento era la que había tomado la decisión original hace veintidós años, y esa necesitaba el ocasional minuto a solas.

La pista corre paralela a la línea de árboles durante unos ochenta metros antes de curvarse hacia el aparcamiento este. Hay

un cobertizo de mantenimiento en el punto medio, sin cerrar, lo que había confirmado el martes. Pinos en tres lados. El cuarto lado se abre a la calle del campo, pero el hoyo nueve va en la otra dirección y a las once cuarenta los jugadores más cercanos están en el doce. Lo había comprobado. El cobertizo había sido comprobado. Todo había sido comprobado.

Así es como se ven tres semanas de preparación. Se ve como si nada ocurriera por accidente.

Ya estaba dentro de la línea de árboles cuando él apareció por la curva. Estaba desplazándose por su teléfono, algo que le había observado hacer en dos de los tres jueves anteriores. Gente como Cross deja de mirar hacia arriba cuando empieza a firmar cheques para consejos escolares. El mundo se les ha confirmado como seguro.

Salí cuando estaba a dos metros del cobertizo.

Se sobresaltó. Levantó la mirada. Procesó: hombre, al aire libre, sin contexto inmediato. Su rostro se organizó reflexivamente en afable, la expresión de un hombre acostumbrado a encontrarse con personas que saben quién es.

—Alan —dije.

La afabilidad se mantuvo exactamente el tiempo que le llevó entender que yo sabía su nombre y él no sabía el mío. El calor desapareció como una luz con un interruptor.

—¿Te conozco?

—No.

Cerré la distancia antes de que terminara de decidir qué significaba eso.

La inyección va en la parte superior de su brazo, a través de la camisa de golf. Rápido. Limpio. La siente... mira hacia abajo, confundido, luego de nuevo hacia mí. Su boca se abre.

La succinilcolina actúa en menos de un minuto. Paraliza el músculo voluntario, incluido el diafragma. El corazón sigue funcionando un rato, pero sin oxígeno, se detiene. Simple fallo del sistema.

Cross cae contra la pared del cobertizo a las 11:47. Su pulso se detiene dos minutos después.

Lo compruebo dos veces para confirmar. La droga se descompone en compuestos que ocurren naturalmente en el cuerpo. En la autopsia, es casi imposible de detectar.

El sistema que ha mantenido a Cross funcionando durante cincuenta y ocho años simplemente se detiene.

Tenía el perfil para ello. Había conseguido sus registros médicos hace seis semanas. Dos incidentes previos. Una receta que surtía de manera inconsistente. El médico forense encontrará a un hombre que no fue lo suficientemente cuidadoso con su salud.

No del todo inexacto.

Se desplomó contra el lateral del cobertizo. Comprobé la hora. Comprobé su pulso. Confirmado.

Lo coloqué contra la pared del cobertizo en un ángulo que sugiere a un hombre que se sentó cuando sintió que algo venía. Le enderecé el cuello de la camisa. Todavía tenía el teléfono en la mano y lo dejé ahí, un hombre aferrando su teléfono es un hombre que sintió que algo iba mal y buscó lo más cercano.

El punto de inyección estará ahí, pequeño, pero Cross jugaba al golf. Los golfistas tienen lesiones menores. Pequeños moretones. El contexto lo explicará, o ni siquiera será notado. He hecho esto lo suficiente como para saber qué se ve y qué no.



Estaba de vuelta en la casa gris de la calle Aldren a la una y diecisiete.

Me lavé las manos en el fregadero de la cocina. Me cambié la camisa. Puse la otra en la bolsa bajo el lavabo del baño, la até y la trasladé a la bolsa más grande en el armario del pasillo. Me ocuparé de eso esta noche. Me bajé las mangas, puse la tetera al fuego y me senté a la mesa de la cocina con el cuaderno abierto en la página de Cross.

Tracé una línea sobre el nombre.

Limpia y horizontal y definitiva.

Sheryl Baines.

Leí las notas sobre ella con la tetera hirviendo y la plana luz de octubre entrando por la ventana.

Su rutina se ha reducido a un patrón fiable con dos variables que todavía estoy rastreando. La venta del edificio tendrá que ser considerada. Actualizo la página.

La tetera termina.

Preparo té, porque me quedé sin granos de café esta mañana y no los he reemplazado. Es un descuido que no habría cometido hace una semana. Me niego a examinarlo demasiado de cerca.

Me quedo sentado con el té.

El cuaderno había caído abierto en la columna de anomalías. No fue intencional, los cuadernos se abren en las páginas que han sido más visitadas, lo cual es un dato. Lo miré como miraría cualquier dato.

Margo Calloway. Limitar interacción adicional.

Pienso en la quemadura en su antebrazo. La forma en que hablaba de Gerald y no se había dado cuenta de que la tocaba distraídamente, un dedo presionado en el borde.

Tomo mi bolígrafo.

Miro la página.

Dejo el bolígrafo y bebo el té.

Intento no pensar en nada. Esto solía funcionar. Disciplina mental confiable, desarrollada durante años, actualmente funcionando aproximadamente al cero por ciento de eficacia.

Bien.

Me levanto y conduzco hasta la gasolinera en la Ruta 7, venden granos de café. La gasolinera no está en la calle Clement. La calle Clement está en la dirección opuesta. Esta es una compra práctica de suministros sin ninguna otra consideración.

Vuelvo a casa, preparo café y me siento de nuevo. Abro el cuaderno en una página nueva y escribo lo que necesitaba escribir: *Jueves. Baines. Comprobar ventana climática.*

Pensé en lo de calabaza en el cartel de tiza, ya habría vendido la mayor parte a estas horas.

Capítulo Cinco

¿Te enteraste de lo de Alan Cross?



Aquí está la cosa complicada sobre los pasteles de condolencia. Tienes que sentirlos de verdad. No puedes simplemente hacer algo técnicamente correcto, ponerlo en una caja y llamarlo condolencia; la gente puede saborear la diferencia, o al menos yo puedo saborear la diferencia y supongo que otras personas tienen la misma lengua que yo. Los pasteles de condolencia requieren sinceridad. Requieren que pienses en la persona para quien los estás haciendo y pongas algo de ese pensamiento en la masa. Esto está bien cuando te agradaba la persona. Es significativamente más complicado cuando la persona que murió era Alan Cross.

No me desagradaba Alan Cross. Nunca tuve un problema real con Alan Cross personalmente. Era más bien algo atmosférico general. Una sensación que tienes cuando alguien es muy amable contigo en persona y no puedes encontrar una sola razón para desconfiar de ellos, y sin embargo tu cuerpo ha archivado algo que tu cerebro aún no ha procesado. Como si algo no encajara, simplemente no sabes qué.

Compraba un croissant aquí todos los viernes. Siempre decía *maravilloso* cuando se lo entregaba, que es una palabra que encuentro ligeramente sospechosa cuando se usa aislada.

Ahora está muerto, ataque al corazón, muy repentino, muy triste, y su hija Renee tiene veintitrés años y es genuinamente encantadora y viene los sábados y pide los rollos de cardamomo y deja buenas propinas, así que estoy haciendo pasteles de condolencia para Renee, que los merece, y hacia Renee estoy dirigiendo todos mis sentimientos genuinos, y cualquier cosa atmosférica complicada que tuviera sobre su padre la estoy doblando cuidadosamente y dejando a un lado porque está muerto y los muertos se libran de las cosas atmosféricas.

Gerald me está mirando como si supiera lo de las cosas atmosféricas.

—Es para Renee —le digo.

Todo el pueblo está haciendo esa cosa que hacen los pueblos pequeños cuando alguien muere, que es reunirse y especular y llevar guisos y decirse *qué impacto* unos a otros en la oficina de correos y en el restaurante y fuera de la ferretería, y lo interesante, lo que nadie está diciendo en voz alta, es que bajo el impacto hay algo más. Una cualidad silenciada en el duelo. Como cuando una canción termina y la habitación queda en silencio pero nadie se apresura a poner algo más. Solo sentados con el silencio por un segundo.

Rita de la floristería vino por su café habitual de media mañana y se quedó en el mostrador y dijo *terrible noticia lo de Alan* en el tono de alguien que cumple con una obligación social y luego inmediatamente cambió para preguntar si iba a hacer un menú de tartas de noviembre este año, y dije que sí, y ella dijo *maravilloso*, lo que confirmó mi sospecha sobre la palabra.

Harold no dijo nada al respecto, lo que viniendo de Harold es su propio tipo de declaración.

Estoy envolviendo la caja de pasteles con el papel marrón y el cordel que uso para las entregas cuando la campanilla sobre la puerta hace lo suyo y levanto la mirada y es Cole.

Mis manos siguen moviéndose con el cordel.

Se acerca al mostrador sin ninguna urgencia o vacilación aparente.

—¿Lo de siempre? —digo, consciente de que es gracioso decirle esto a alguien a quien le he dado café solo dos veces, pero ha estado aquí dos veces y ha pedido lo mismo dos veces y eso es, técnicamente, lo de siempre.

Algo se mueve en su rostro. No exactamente una sonrisa. El fantasma de una, quizás. Evidencia de una sonrisa en el registro geológico.

—Sí —dice.

Le sirvo su café. La panadería está más silenciosa de lo normal, con el silencio posterior a la noticia de Alan Cross, y puedo oír los sonidos de la cocina haciendo lo suyo por la tarde, el horno haciendo tictac, Patricia siendo confiable, Senator siendo Senator.

—¿Te enteraste de lo de Alan Cross? —pregunto, porque todos le están preguntando a todos y sería más extraño no hacerlo.

Cole envuelve la taza con ambas manos.

—Me enteré —dice.

Dos palabras. Esa es toda la respuesta. *Me enteré*. No *terrible noticia* o *qué impacto* o *pobre Renee* o cualquiera de las otras cosas que el pueblo ha estado diciendo en bucle desde esta mañana. Solo *Me enteré*, en un tono que es completamente neutral.

Miro sus manos alrededor de la taza.

Están quietas.

—¿Erais cercanos? —pregunto—. ¿Con Alan?

—No.

—Nadie lo era, realmente —digo, y luego me detengo, porque es una cosa terrible para decir sobre un hombre muerto, y miro a Cole para ver si lo notó.

Lo notó. Me está mirando con lo que creo que podría ser diversión, o los huesos de ella, y siento que el calor sube por la parte posterior de mi cuello y digo, para cubrirlo—: Quiero decir. Era muy querido. Era muy. Siempre decía *maravilloso* sobre los croissants.

—Maravilloso —repite Cole.

—Tú también lo dices así.

—Nunca he dicho maravilloso en mi vida.

—Eso es de alguna manera peor —digo—. Es toda una palabra de la que simplemente has optado por no usar.

Bebe su café. Mira por la ventana hacia la calle Clement y yo lo miro mirándola y pienso en los pasteles de condolencia en el mostrador y los rollos de cardamomo de los sábados de Renee y Alan Cross diciendo *maravilloso* todos los viernes con esa cosa atmosférica por debajo, y pienso en las manos de Cole quietas alrededor de la taza, y pienso: *este pueblo*.

Este pequeño, brumoso, todos-conocen-a-todos, guiso-en-un-funeral pueblo. Vine aquí después de que Devon me vaciara como un melón podrido y se suponía que me quedaría un año y descubriría qué vendría después y aquí estoy dos años después con masas madre a las que he puesto nombre y un anciano que cronometra mis conversaciones y una panadería que huele como la mejor decisión que he tomado jamás, y ahora está esta persona, esta extraña y no-maravillosa persona, sentada en mi mostrador bebiendo mi café.

No sé qué hacer con él.

No estoy segura de que deba hacer algo.

—¿Volverás mañana? —digo, en lugar de todo eso.

Me mira.

—Los rollos de canela de calabaza estarán listos mañana —digo—. Llevo tres semanas trabajando en la proporción de especias y Gerald cree que lo he complicado demasiado, pero Gerald no es objetivo con las proporciones de especias.

Se queda callado un momento y luego deja el importe exacto en el mostrador, recoge su taza y dice: —¿Tu masa madre?

—Sí.

Me mira.

—Tiene opiniones —digo.

Me mira un segundo más con esa expresión y luego se va. La campanilla de la puerta hace lo suyo. Me quedo en el mostrador con el importe exacto en la mano, los pasteles de condolencia a mi izquierda, Gerald en la estantería detrás de mí y el cajón en mi

cabeza llenándose cada día más, y miro hacia donde estaba Cole y pienso: *No dijo que volvería. Tampoco dijo que no lo haría.*

Miro a Gerald.

La tapa de Gerald está haciendo algo que en un ser consciente describiría como intencionado.

—Cállate, Gerald —digo, y voy a terminar de envolver la caja de Renee.

Capítulo seis

No soy una persona sociable



Volví por el rollo de calabaza.

Esa es la única razón. Dijo que llevaba tres semanas con la proporción de especias y tengo un interés profesional en saber si el cardamomo reaparece o si va en una dirección diferente, lo cual es algo completamente razonable sobre lo que sentir curiosidad y no tiene nada que ver con ninguna otra cosa. Tengo curiosidad por el rollo. Voy a comerme el rollo e irme a casa y actualizar la página de Baines y ese es el alcance total de lo que es esta mañana.

Estuve allí a las cinco cuarenta y tres.

Me vio venir a través de la ventana y ya tenía la taza en el mostrador antes de que yo llegara a la puerta, lo que debería haber parecido eficiente y en cambio se sintió como algo para lo que no tenía una palabra precisa, y entré y ella dijo —Gerald tenía razón sobre la proporción de especias, no le digas que te lo dije— y me entregó el rollo como si lleváramos años haciendo esto, y tal vez sea así, han pasado nueve días, he perdido la cuenta de cuándo esto empezó a sentirse como algo que hago en lugar de algo que estoy decidiendo hacer.

El rollo tenía mantequilla tostada.

Me quedé de pie junto a su mostrador y le di un mordisco y primero sentí la mantequilla tostada y luego la calabaza y después la combinación de especias.

Ella me observaba con la barbilla apoyada en la mano, esperando.

—¿Y bien? —dijo.

—Gerald estaba equivocado —dije.

Hizo un sonido que he estado catalogando separadamente de sus otros sonidos porque le sale involuntariamente, esta cosa breve y luminosa, cuando algo la toma por sorpresa de una manera positiva. Lo que viene antes de una risa. Lo he escuchado cuatro veces. He dejado de fingir que no estoy contando.

Estaba alcanzando mi café cuando la puerta se abrió y entró Harold.

Me registró antes de quitarse el abrigo. —Has vuelto —me dijo.

—He vuelto —dije, era evidente que estaba allí.

Extendió su mano. La estreché. Su apretón era el de un hombre que había estrechado muchas manos y había calibrado exactamente cuánto revelarte sobre sí mismo.

—Harold Finch —dijo.

—Cole.

—¿Solo Cole?

—Por ahora.

Me miró por un momento y luego sonrió y se volvió hacia Margo y dijo —Lo de siempre, cariño— y tomó su mesa junto a la ventana.

Margo me dirigió una mirada desde detrás del mostrador que decía *no le hagas caso y le hago caso completamente* al mismo tiempo.

Me quedé durante veintidós minutos.

Harold habló sobre el clima durante seis de ellos. No haciendo conversación sobre el clima, sino hablando realmente de ello, del sistema de presión que venía de la costa, de la calidad particular de la niebla esta semana en comparación con la anterior, de la forma en que la luz estaba haciendo algo diferente por las tardes que significaba que el frío iba a llegar temprano este año. Casi no dije

nada. Harold no parecía requerirlo. Margo se movía detrás del mostrador y añadía cosas a la conversación desde la distancia.

Fueron los veintidós minutos más desorientadores que he tenido en la memoria reciente, posiblemente nunca, y he tenido algunos minutos genuinamente desorientadores.

Dejé el cambio exacto y caminé de regreso por la calle Clement hacia el lado de la ciudad donde vivía Baines con el análisis meteorológico de Harold instalado en mi cabeza junto con el rollo de mantequilla tostada y el sonido que hace Margo cuando algo la toma por sorpresa y pensé, con la claridad de una persona que ha cometido un grave error de juicio operativo: *He dejado que esto llegue demasiado lejos.*

La mesa. Ese fue el error. No debería haberme sentado a la mesa.

Ahora Harold conoce mi cara. Ahora estoy comiendo rollos de calabaza y discutiendo sistemas de presión costera con un hombre de setenta años que encuentro inconvenientemente perspicaz.

Me levanté el cuello del abrigo.

Tenía trabajo que hacer.



Sheryl Baines vivía en el lado este de Dusk Falls en una casa que había sido pintada de amarillo en algún momento de los noventa y nunca repintada. Conducía un Subaru blanco. Era voluntaria en la biblioteca los lunes y sábados. Tenía una hermana en Bend que la llamaba todos los domingos a las once y un perro llamado Pepper que necesitaba paseos dos veces al día a las seis y a las cuatro, lo que significaba que Sheryl Baines estaba fuera y sola y moviéndose en una ruta predecible dos veces al día sin variación, lo cual era, desde un punto de vista puramente logístico, un horario muy cooperativo.

Había sido la administradora del consejo escolar durante dieciséis años. Se había jubilado hace tres años con una pequeña ceremonia y un pastel y una fotografía enmarcada de ella con el

director actual y dos personas que Cole reconoció de sus otras páginas. Mantenía la fotografía en su repisa. La había visto a través de la ventana delantera durante el paseo de las seis y cuarto. Ella sonreía en la foto, amplia y sin reservas, la sonrisa de alguien que creía estar siendo celebrada.

Veintidós años es mucho tiempo para cargar con algo.

Algunas personas lo cargan y les cambia, les remodela, puedes verlo si sabes lo que estás buscando. Baines no era así. Baines lo había dejado en algún lugar y se había alejado y había seguido alejándose y se había vuelto muy buena en eso de alejarse. Cole había pasado suficiente tiempo observándola a través de ventanas y a través de distancias para saber que dormía bien. Comía bien. Cuidaba su descolorida casa amarilla con la leve atención de una mujer que había seguido adelante.

Seguir adelante no era lo mismo que saldar cuentas.

Actualizó la página cuando llegó a casa. Revisó el pronóstico. Anotó el sistema de presión que Harold había mencionado, los datos costeros lo confirmaban, y se quedó pensando en eso por un segundo porque era algo extraño, recibir información útil de un hombre que había conocido por un rollo de calabaza en una panadería en la calle Clement.

Pensó en el apretón de manos de Harold.

Pensó en la cara de Margo cuando Harold se sentó, esa mezcla particular de cariño y leve exasperación que las personas solo tienen por los humanos que han elegido mantener. Pensó en la forma en que ella se había movido detrás del mostrador durante esos veintidós minutos, nunca entrando completamente en la conversación y nunca completamente fuera de ella, y pensó en el cajón que había estado llenando toda la semana y en el hecho de que en algún momento los cajones se llenan y tienes que lidiar con lo que hay dentro.

Abrió el cuaderno.

Escribió: *Baines. Paseo de las seis y cuarto. Pepper. Ruta constante.*

Pasó a la página de anomalías.

Miró su nombre.

No escribió nada.

Lo miró durante un rato.

Cerró el cuaderno, fue a preparar café, recordó que los granos estaban frescos esta vez, y se quedó de pie junto a la ventana mirando hacia la valla mientras lo bebía y pensaba en una mujer que hablaba con su masa madre.

El café estaba excelente.

Aun así no era tan bueno como el de ella.

No esperaba que lo fuera.

Capítulo Siete

Él Me Ayudó a Cargar Cosas



La furgoneta hace un ruido justo antes de morir.

Este pequeño sonido con entonación ascendente, casi educado, como si estuviera comprobando si esto realmente está sucediendo, y entonces sucede, estoy en la esquina de Clement y Aldren con veinte kilos de cajas de pasteles y veinte minutos hasta el almuerzo de otoño de la Asociación Comunitaria de Dusk Falls y mi furgoneta me está haciendo preguntas existenciales desde la acera.

—Vale —digo, a la furgoneta, a mí misma, a la situación en general.

La situación en general no responde nada útil.

Me bajo. Miro la furgoneta.

No tengo ningún conocimiento útil sobre lo que falla en los vehículos porque crecí en Portland donde tomabas el autobús y estabas agradecido y el concepto de ser propietaria de una furgoneta fue algo que me sucedió a los veintiséis años junto con la panadería y la deuda y los cultivos de masa madre y la implosión

general de mi vida, para nada de lo cual estaba técnicamente capacitada y todo lo cual estoy descubriendo sobre la marcha.

La furgoneta es gris y vieja y se llama Gertrude, lo que June dice que es lo más triste que ha escuchado jamás y yo digo que es simplemente práctico, y Gertrude tiene opiniones sobre las mañanas frías que intento respetar pero no siempre puedo acomodar.

Hoy Gertrude ha puesto el pie en el suelo.

Llamo a Tommy del taller.

Tommy dice que puede venir a las tres. Le digo a Tommy que el almuerzo es a las once y él dice que lo siente y suena como si lo sintiera y sentirlo no mueve veinte kilos de cajas de pasteles al centro comunitario en la calle Birch, que está a seis manzanas de distancia, lo que es factible a pie si eres una persona con una fuerza razonable en la parte superior del cuerpo y sin dignidad que proteger y con sentimientos muy fuertes sobre no decepcionar a la Asociación Comunitaria de Dusk Falls, que me ha estado haciendo pedidos durante dos años y cuya presidenta, Barbara Okafor, es el tipo de mujer que será amable sobre un fallo de catering en público y lo recordará en privado hasta el fin de los tiempos.

No puedo decepcionar a Barbara Okafor.

Abro la parte trasera de la furgoneta.

Hay cuatro cajas y son grandes y la mañana está fría y la calle Birch está a seis manzanas y llevo puesto mi delantal porque olvidé quitármelo cuando salí de la panadería, lo que te dice todo sobre mi estado mental en ese momento, y levanto dos cajas y son pesadas y miro las otras dos cajas y hago los cálculos y los cálculos son dos viajes como mínimo, lo que significa veinticuatro minutos como mínimo, lo que significa que voy a llegar tarde y Barbara Okafor va a ser amable al respecto.

Estoy a mitad de componer internamente mi disculpa a Barbara cuando: —Necesitas ayuda.

No dejo caer las cajas.

Esto es un logro que quiero que se reconozca.

Me doy la vuelta y Cole está parado en la acera mirando la furgoneta y luego las cajas y luego a mí con la expresión que pone cuando ha evaluado una situación y ha llegado a una conclusión y

está esperando, con paciencia limitada, a que todos los demás se pongan al día.

—¿Adónde vas? —dice.

—Al centro comunitario en Birch.

Él recoge las otras dos cajas.

Así sin más. Sin un *¿estás segura?* o un *déjame ayudarte* o cualquiera de esos lenguajes de negociación que la gente usa cuando están ofreciendo algo y dejándose una salida. Recoge las cajas y me mira e inclina ligeramente la cabeza en dirección a la calle Birch, y me quedo allí por un segundo completo sosteniendo mis dos cajas y mirándolo sostener sus dos cajas y pienso: *nadie hace eso. Nadie simplemente recoge las cajas.*

Devon habría ofrecido llamar a alguien.

—Vale —digo.

Caminamos.

Él no dice nada.

Yo digo cosas, porque digo cosas, porque el silencio está bien y es cómodo y en realidad me gusta el silencio pero mi boca toma decisiones diferentes cuando estoy estresada y ahora mismo estoy estresada por Gertrude y las cajas y Barbara Okafor y el hecho de que hay una persona caminando a mi lado que apareció de la nada y recogió mis cajas sin que se lo pidiera, así que hablo. Hablo sobre el almuerzo y Barbara y el menú de otoño y el hecho de que hice una tarta de pera y cardamomo de la que estoy orgullosa y que Gerald ha estado inusualmente cooperativo esta semana, lo que me parece sospechoso, Gerald no coopera sin una agenda.

Cole no dice nada.

Pero está escuchando. Ahora conozco la diferencia entre alguien que no escucha y alguien que escucha sin responder, y Cole es lo segundo, absorbe todo, puedo sentirlo, esta atención completa que debería ser incómoda viniendo de una persona que conozco desde hace menos de dos semanas y en cambio es simplemente. Es el tipo de atención que te hace querer decir la cosa real en lugar de la cosa aproximada.

No sé qué hacer con eso.

—¿A qué te dedicas? —pregunto. Estamos en Birch ahora, a dos manzanas de distancia—. Para trabajar. Dijiste que estabas entre cosas.

—Sí —dice.

—Eso no fue realmente una respuesta.

—No —está de acuerdo.

Lo miro de reojo. Él mira hacia adelante, cajas niveladas, ni siquiera ligeramente sin aliento, lo que es molesto porque mis brazos están haciendo serias quejas.

—¿Estás siendo misterioso a propósito —digo—, o es simplemente algo ambiental?

Algo sucede en la comisura de su boca. Esa cosa del registro geológico.

—Ambiental —dice.

—Al menos es natural —digo—. Devon era misterioso a propósito y eso resulta ser una señal de alarma significativa.

No sé por qué dije eso. Genuinamente no sé por qué dije eso. Salió de la cosa real en lugar de la cosa aproximada y ahora está en la calle Birch y no puedo retirarlo y Cole está caminando a mi lado sin decir nada y digo, rápidamente: —Era mi ex. No necesitamos. Eso fue solo. Honestidad ambiental. Sucede.

Cole está callado por un momento.

—¿Era él —dice Cole, y hay algo en eso y no termina la frase y no necesito que lo haga porque la frase se completó sola.

—Al final, sí —digo—. Al principio parecía una persona. Es toda una historia.

Cole no dice nada durante media manzana. Luego: —Deberías confiar en lo ambiental.

Lo miro.

Él mira al frente, con las cajas niveladas, el cuello del abrigo levantado, la mandíbula haciendo esa cosa. Lo dice como si estuviera hablando del clima. Como si fuera simplemente un hecho que ha puesto sobre la mesa.

El centro comunitario aparece a nuestra izquierda y me alegro mucho de verlo, muy consciente de que mis brazos arden y de que

un calor ha subido sin permiso y ahora vive en mis mejillas sin contrato de alquiler.

Barbara Okafor abre la puerta antes de que lleguemos al escalón. Me mira. Mira a Cole. Mira las cajas. —Margo —dice, con la calidez de una mujer que ha visto llegar ayuda en formas inesperadas antes y lo considera obra de Dios independientemente de la forma.

—Gertrude se averió —digo.

—Bueno. —Barbara mantiene la puerta abierta—. Menos mal que tenías a alguien.

Pongo mis cajas en la mesa del interior. Cole pone sus cajas en la mesa junto a las mías. Lo presento a Barbara, quien le estrecha la mano con ambas suyas y le agradece con la sinceridad de una mujer que dirige una organización de voluntarios, lo que significa que te agradece como si lo sintiera porque realmente lo siente, cada vez, nunca se ha desgastado para Barbara Okafor.

Cole acepta esto con lo que estoy bastante segura es una incomodidad genuina, que es lo más identificable que le he visto hacer nunca.

Volvemos juntos a la furgoneta. Gertrude está en la esquina con aspecto de no sentir remordimiento alguno. Cole la mira un momento, mira la calle, mete las manos en los bolsillos, y pienso que va a despedirse e irse, lo cual estaría bien, eso estaría bien.

—¿Un café? —digo en cambio.

Me mira.

—De todos modos tengo que esperar a Tommy del taller —digo—. Y acabas de cargar dos cajas durante seis manzanas sin que te lo pidiera y sin quejarte, lo cual es una cualidad que respeto y deseo recompensar con cafeína.

La comisura de su boca otra vez.

—Sí —dice.

Volvemos a Sugar and Spite y le preparo un café y me preparo uno para mí y Harold no está por la mañana, hay tranquilidad, la tranquilidad de media mañana entre las horas punta, y nos sentamos en la barra y pongo el rollo de calabaza restante frente a él sin preguntar y él se lo come sin reconocer que he hecho algo

agradable, lo que se ha convertido, de alguna manera, en la forma en que Cole acepta las cosas, y estoy empezando a entender que esto no es descortesía.

Es simplemente él.

Toma el café solo. Carga cajas cuando hay cajas que cargar. Me dice que confíe en mis instintos con el mismo tono que usaría para hablar de un sistema meteorológico. Es la persona más extraña y más auténtica que he conocido en Dusk Falls, que es un pueblo de cuatro mil personas e incluye a un hombre que mantiene abejas en su tejado y a una mujer que ha estado escribiendo una novela desde 1994.

Lo miro sentado en mi barra con su café.

Él me devuelve la mirada y no aparta la vista, cosa que la mayoría de la gente hace y él no, y pienso en lo que dijo en la calle Birch y pienso en el cajón de mi cabeza y pienso: *Margo, eres un absoluto desastre.*

Gerald, desde el estante, ofrece una opinión basada en su tapa.

Ya lo sé, le digo, sin abrir la boca.

Capítulo Ocho

He Escrito Su Nombre en el Cuaderno y Voy a Tacharlo



El perfil sobre Margo Calloway comenzó como una precaución. Eso es lo que me dije a mí mismo cuando escribí su nombre en la columna de anomalías con la intención limpia y administrativa de un hombre que archiva algo para no tener que pensar más en ello. El sistema ha funcionado durante once años en nueve ciudades y nunca he tenido que revisar algo archivado porque el archivo era el final del asunto.

El perfil tiene once páginas.

No voy a examinar ese número. El número es lo que es. Necesitaba información, reuní información, las páginas son un subproducto de la minuciosidad y la minuciosidad es una virtud profesional y esa es la explicación completa y definitiva de por qué hay once páginas sobre una mujer que hace rollos de calabaza y habla con harina fermentada.

Esto es lo que sé.

Creció en Portland, la segunda de dos hijos, padres aún juntos, todavía en la misma casa donde creció, el tipo de crianza que produce o bien a alguien profundamente adaptado o a alguien que nunca ha aprendido que la calidez no es un lenguaje universal. Margo es del segundo tipo. No ingenua. Solo convencida a nivel celular de que si sigue siendo cálida con las cosas, eventualmente las cosas le devolverán la calidez. Lo aterrador es que mayormente funciona. Harold le devolvió la calidez. Todo el pueblo le devolvió la calidez. Yo cargué dos cajas por seis manzanas un martes por la mañana.

Tiene un título en ciencia de los alimentos de Portland State que usa todos los días sin llamarlo así. La proporción de cardamomo, la mantequilla dorada, el relleno con manga pastelera a las cinco de la mañana para un desconocido que nunca había conocido. Esa es alguien que entiende la química y aun así le importa. Ambas cosas a la vez. Encuentro esa combinación difícil de categorizar y he dejado de intentarlo.

Llegó a Dusk Falls hace dos años después de Devon.

Devon. Todavía no tengo un apellido. Esta es una laguna en el perfil que pretendo cerrar y no porque tenga alguna razón profesional para cerrarla, porque el perfil no es un documento profesional, lo cual es un problema del que soy consciente y que no estoy resolviendo actualmente. Devon estaba en Portland. Estuvieron juntos durante dos años. Era, según la evidencia disponible, el tipo de persona que interpreta profundidad sin tenerla, que es el tipo de fraude más costoso porque cuando descubres la actuación, el costo ya ha salido de ti.

La voz de su amiga se escucha claramente.

No estaba lo suficientemente cerca de la ventana como para pretender escucharla. Estaba en la calle Clement evaluando el lado Baines de la manzana y su amiga estaba dentro de la panadería y la ventana estaba abierta unos cinco centímetros. *Lo de Devon*, estaba diciendo, y luego mucho más sobre Devon, y me quedé en la acera durante los once minutos que le tomó a June expresar completamente su posición sobre Devon y sus diversas cualidades y

ahora he añadido *Devon, apellido desconocido, Portland* al perfil como un punto de datos y no por ninguna otra razón.

El punto de datos es: ella confió en alguien que se hizo parecer confiable y pagó por ello en la moneda de las personas que invierten genuinamente, que es que la pérdida llega hasta el fondo.

He pensado en *deberías confiar en lo que te dice el instinto*, que dije en la calle Birch el martes pasado en un tono que pretendía ser neutral y no resultó neutral, y la forma en que me miró cuando lo dije, esa cosa rápida de reojo como si estuviera comprobando si lo decía en serio o si eran solo palabras llenando espacio, y lo decía en serio, lo cual es su propio problema porque muy pocas cosas que digo a la gente las digo en serio y no tengo la costumbre de decir cosas en serio a Margo Calloway en calles públicas.

Abrí el cuaderno en la página de anomalías esta noche.

Miré su nombre.

Tomé el bolígrafo.

Lo de tachar un nombre es que no deshace el nombre. El nombre sigue ahí, debajo, todavía se puede leer, la línea a través de él es solo una declaración de intención que la página misma no tiene que honrar. He tachado otros nombres y se quedaron tachados. La línea significaba algo porque hice que la línea significara algo. La línea solo es tan buena como la persona que la dibuja.

Dejé el bolígrafo.

Pasé a una página nueva.

Escribí: *Lo que sé sobre Margo Calloway que es operativamente relevante*. Luego enumeré las cosas que eran relevantes: horarios de la panadería, clientes habituales, líneas de visión desde el mostrador hasta la calle, la situación de la furgoneta, el hecho de que hace entregas los martes y jueves y por lo tanto no está en la panadería entre las diez y las once, su relación con el Subcomisario Reyes que viene todos los viernes y se queda más tiempo de lo que dura un café.

Miré la lista.

Ocupaba seis líneas.

Volví a las once páginas.

Hay una página que es solo sonidos que hace. No voy a hablar de esa página.

Cerré el cuaderno y fui a pararme junto a la ventana de la cocina para mirar la valla y beber mi café y pensar en Sheryl Baines, que estaba paseando a Pepper ahora mismo en el frío en el lado este del pueblo, confiable como un reloj, cooperativa como siempre. Tenía una ventana la próxima semana. El pronóstico era despejado. Todo estaba en orden y según lo programado y el trabajo iba a estar terminado y luego iba a subirme al coche y alejarme de Dusk Falls y de la casa gris en la calle Aldren y de Harold y sus sistemas meteorológicos y de la panadería que olía a mantequilla y azúcar.

Iba a alejarme de Margo Calloway, que lleva quemaduras en los antebrazos que no nota y confía en extraños en la oscuridad y hace cosas que saben como si alguien hubiera pensado cuidadosamente en lo que iban a ser antes de que estuvieran terminadas, e iba a hacerlo sin dificultad porque me he alejado de todo en once años sin dificultad y esto no es diferente.

Esto no es diferente.

Volví al cuaderno.

Lo abrí en la página de anomalías.

Tomé el bolígrafo.

Debajo de su nombre, debajo de *sin indicadores de amenaza, limitar interacción adicional*, escribí dos palabras y luego dejé el bolígrafo y cerré el cuaderno y no lo volví a abrir esa noche.

Las dos palabras eran: *ella es diferente*.

Me fui a la cama.

Me quedé un rato mirando el techo de la casa gris, que tenía una grieta fina que iba desde la lámpara hacia la pared este, y pensé en Devon, apellido desconocido.

Pensé en sentarme a la mesa.

El error.

Miré la grieta en el techo durante mucho tiempo.

Por la mañana volvería al cuaderno y tacharía todo, las dos palabras y su nombre y las once páginas y la página de la que no estoy hablando, y trazaría una línea limpia a través de todo y la línea significaría algo porque yo haría que significara algo.

Por la mañana.

Capítulo nueve

Lo invité a la noche de trivia, lo que June dice que fue un error



Lo invité por impulso.

Así es como ocurren la mayoría de mis decisiones y he hecho las paces con ello. No soy exactamente una persona impulsiva, pienso las cosas, las considero. Solo que hago todo eso muy rápido y luego actúo antes de que se complete el último diez por ciento del proceso, lo que June dice que es ser impulsiva y yo digo que es ser eficiente y hemos acordado estar en desacuerdo sobre esto desde 2019.

Cole estaba en el mostrador el jueves por la mañana, con ambas manos alrededor de su taza, observando cómo la calle Clement no hacía nada en particular, y le dije: —Hacemos trivia en el pub los jueves por la noche en el Rusty Lantern. A las siete. Deberías venir. Me miró.

—Hay premios —dije—. Bueno. Tarjetas de regalo. Para la ferretería, principalmente, porque Dennis Platt lo patrocina y Dennis Platt vende artículos de ferretería, pero lo importante es ganar.

—No —dijo Cole.

—Vale —dije—. Empieza a las siete.

Dejó el cambio exacto y se fue, y lo vi subir por la calle Clement y pensé: *no va a venir*.

Dijo que no. Es una persona que dice lo que piensa y dijo que no y de todos modos le dije la hora de inicio como si esa fuera información útil para dejarle a una persona que ha rechazado una invitación, lo cual no es algo normal, lo que June señalará cuando se lo cuente, lo que no voy a contarle.

Se lo conté a June a las diez y cuarto.

Se quedó de pie junto al mostrador con su café con leche de avena y me miró con la expresión que despliega cuando tiene mucho que decir y está eligiendo cuidadosamente su punto de entrada. June es una comunicadora muy estratégica. Es por eso que es buena en bienes raíces y ocasionalmente agotadora como mejor amiga.

—Le dijiste la hora —dijo.

—Solo estaba siendo informativa.

—Después de que dijera que no.

—La información no caduca cuando alguien dice que no, June.

Bebió su café con leche. Miró al techo. Me miró de nuevo. — Margo. Cariño. Mi mejor amiga a quien adoro. ¿Qué sabemos realmente sobre este hombre?

—Toma el café solo. Es bueno con las manos. Llevó mis cajas seis manzanas sin que se lo pidiera y sin quejarse.

—No es eso a lo que me refería.

—Está de paso —dije—. Está entre una cosa y otra. Escucha cuando hablo y no finge interés, es interés real, y lo invité a la noche de trivia porque la noche de trivia es divertida y él parece alguien que no ha hecho nada divertido en años, posiblemente nunca, y quería ver qué haría con algo divertido. Eso es todo. Esa es toda la razón.

June me miró durante un largo momento.

—De todos modos no va a venir —dije—. Dijo que no.

—Claro —dijo June, en el tono de una mujer que guarda su material para más tarde.



El Rusty Lantern huele a madera vieja y patatas fritas y al calor cervecero de un lugar que ha sido un pub durante cuarenta años y tiene la intención de ser un pub durante cuarenta más. Me encanta. Nuestro equipo somos June y yo, Tommy de la mecánica y Priya, que enseña cuarto grado y es absolutamente despiadada en las categorías de ciencias, lo cual no es una cualidad que predecirías de alguien que hace sus propias tarjetas de cumpleaños con plantillas.

Nos llamamos Trivia Newton John. Esta fue mi contribución y todos estuvieron de acuerdo inmediatamente y lo considero uno de mis mejores momentos.

Las siete en punto. Estamos en nuestra segunda ronda, el concurso no ha comenzado, June le está contando a Tommy sobre una disputa de propiedades en el lado este con la energía de alguien que encuentra las disputas de propiedades genuinamente emocionantes, que es lo que le pasa, y Priya está leyendo la tarjeta de preguntas plastificada de la semana pasada que Dennis siempre deja en la mesa, y yo estoy mirando hacia la puerta.

No estoy mirando hacia la puerta.

Estoy mirando hacia el área general del pub que casualmente incluye la puerta.

Siete y tres.

Siete y cinco.

Priya me dice algo y yo digo "*mm*" que no es una respuesta a nada de lo que dijo y me lanza una mirada y vuelve a la tarjeta plastificada.

Siete y ocho.

Cole entra.

Se queda de pie en la puerta por un momento, asimilando la sala, y ahora sé que esto es simplemente lo que hace, este barrido completo y silencioso, pero aún así lo hace parecer un hombre que ha llegado a algún lugar y está decidiendo si cumple con sus estándares, lo cual es ligeramente inquietante y en privado muy divertido. El Rusty Lantern son cuarenta años de madera pegajosa y

tarjetas de regalo de la ferretería de Dennis Platt. El listón no está alto. Ni literal ni figuradamente.

Sus ojos me encuentran.

Saludo con la mano. Me sale más entusiasta de lo que pretendía.

Se acerca. Se sienta en la silla vacía a mi lado, la que no estaba guardando, la que simplemente estaba vacía, y June mira la silla y luego a mí.

—Todos, este es Cole —digo—. Cole, estos son todos.

—Hola Cole —dice Priya.

—Hola —dice Cole.

Tommy ofrece su mano y se saludan y Tommy vuelve a la disputa de propiedades como un hombre que ha evaluado correctamente que Cole no es una persona de charla trivial y ha decidido que esto está bien. Podría besar a Tommy por esto.

June dice “June”, y extiende su mano, y Cole la estrecha, y los ojos de June lo escanean rápidamente y yo finjo no verlo.

Dennis comienza el concurso. Seis rondas, ocho preguntas cada una, treinta segundos por pregunta, sin teléfonos, Dennis deja esto muy claro cada semana mientras mira a Alan Hooper en la esquina que hizo trampa en 2022 y nunca ha sido perdonado.

Cole abre la hoja de preguntas.

La lee una vez.

La primera ronda es de historia. Priya se encarga de la mayor parte. Cole responde a la pregunta napoleónica antes de que nadie más haya terminado de leerla y Tommy dice “bien” y Cole no dice nada y yo observo esto desde aproximadamente diez centímetros de distancia con la sidra caliente que June puso frente a mí sin tocar porque estoy ocupada notando cosas que no tengo por qué notar.

La forma en que lee la hoja.

La forma en que está relajado sin estar suelto, acomodado en la silla como una persona que ha evaluado las salidas y las ha encontrado satisfactorias y ahora puede estar quieto.

La forma en que respondió la pregunta sobre Napoleón como si fuera un recibo que le habían dado y ya conocía el total.

La segunda ronda es de cultura pop y Cole no dice nada durante seis preguntas y luego dice la respuesta a la pregunta siete en voz baja, medio segundo antes de que Dennis la lea en voz alta, y me giro para mirarlo y él ya está mirando la siguiente pregunta y no se da cuenta de que lo estoy mirando o finge no hacerlo.

La tercera ronda es de ciencia. Priya es un arma. Respondemos siete de ocho.

Cuarta ronda. Conocimiento general. Dennis lee: "En patología forense, el livor mortis se refiere a qué proceso post-mortem".

Priya abre la boca.

Cole dice: "La acumulación de sangre en los puntos más bajos del cuerpo debido al asentamiento gravitacional después de que la circulación se detiene. Comienza una o dos horas después de la muerte, se fija entre las ocho y doce horas".

La mesa queda en silencio.

No un silencio dramático. Solo un momento de silencio, dos segundos.

"Eso es correcto", dice Dennis, desde el otro lado de la sala, en un tono que sugiere que nunca antes había recibido una respuesta completa a esa pregunta.

Miro a Cole.

Está leyendo la siguiente pregunta en la hoja.

Bajo la mesa, la rodilla de June presiona contra la mía una vez. Una vez muy deliberada. Presiono de vuelta con una rodilla que significa *ya lo sé* y la suya vuelve con una rodilla que significa *¿de verdad?* y la mía dice *June, lo digo en serio* y la suya dice *hablaremos de esto más tarde* y entonces Dennis lee la siguiente pregunta y ambas levantamos la mirada como si nada hubiera pasado porque hemos estado manteniendo conversaciones completamente a través del contacto de rodillas desde que teníamos diecisiete años y nunca nos han descubierto.

Quedamos segundos. Trivia Newton John queda en segundo lugar, que es lo habitual, porque el equipo de Dennis Hooper tiene un as bajo la manga en forma de su sobrino que vino de visita una vez en 2021 y aparentemente nunca se fue, y la tarjeta regalo de la ferretería va para ellos otra vez, lo que Tommy se toma con filosofía.

Cole fue responsable de once respuestas correctas.

June anuncia que tiene que levantarse temprano y se va con la eficiencia de una mujer que está creando espacio para que algo suceda y observando desde la distancia, que es una especialidad de June, y Tommy se va con ella y Priya se va con ellos y entonces somos Cole y yo en la cálida luz cervecera del Rusty Lantern con Dennis recogiendo vasos a nuestro alrededor y termino mi sidra y Cole termina la suya, tomó una, solo una, y digo: "Dijiste que no".

"Dije que no", admite.

"Y luego viniste".

"Me dijiste la hora", dice, y ahí está, apenas perceptible, ese movimiento geológico en la comisura de su boca, y lo miro y pienso en patología forense y cambio exacto y dos cajas seis manzanas y *me dijiste la hora* como si esa fuera una razón, como si mi dejar una puerta abierta fuera toda la razón que necesitaba.

Devon nunca habría venido.

Devon habría tenido una razón construida para sonar como consideración hacia mí.

Caminamos de regreso por la calle Clement en el frío. Llevo mi chaqueta y mis botas y estoy hablando de algo, del concurso probablemente, de la cara de Priya en la ronda de ciencias, de algo, y Cole camina junto a mí con las manos en los bolsillos, lo suficientemente cerca como para que nuestros brazos casi se toquen, sin tocarse. La niebla está haciendo su cosa de octubre, las farolas formando círculos suaves en ella, y Dusk Falls a las nueve de un jueves está tranquilo, esta respiración baja y asentada de un pequeño pueblo que se prepara para dormir.

Llegamos a mi puerta.

La panadería está oscura abajo y mi apartamento arriba tiene una lámpara encendida en la ventana que dejo prendida porque no me gusta llegar a casa en completa oscuridad, algo que nunca le he dicho a nadie y sin embargo Cole mira hacia arriba por un segundo como si ya lo supiera.

Se detiene a una casa de distancia de la mía.

Doy dos pasos más y me doy la vuelta y él está ahí parado en la acera con una farola poniendo un círculo de luz amarilla a su

alrededor y la niebla haciendo lo suyo y él me está mirando.

"Buenas noches, Margo", dice.

No *lo pasé bien* o *gracias por la invitación* o algo con una puerta en ello. Solo mi nombre, buenas noches, limpio y completo, como una línea trazada bajo la noche.

"Buenas noches, Cole", digo.

Se va.

Me quedo en mi escalón y lo observo caminar por la calle Clement en la niebla hasta que no puedo verlo más, lo que tarda más de lo que debería porque miro más tiempo del que debería, y luego entro y subo las escaleras y entro al cálido y pequeño apartamento sobre la panadería y atravieso la puerta de la cocina.

Gerald está en la encimera desde la hornada de esta mañana, con la tapa bien puesta, haciendo lo suyo.

"Vino", le digo.

Gerald lo sabe.

Pongo la tetera y me quedo en la ventana mirando la niebla y pensando en un hombre que sabe qué es el livor mortis y carga cajas y se detiene a una casa de distancia y pienso: *Margo. Estás en un gran problema.*

Capítulo Diez

Dejó Pasteles en Mi Puerta



La caja estaba simplemente ahí.
Pequeña, marrón, atada con el cordel blanco que ella usa,
colocada en el centro de mi escalón como si siempre hubiera
estado allí.

Me quedé parado con las llaves en la mano.

Alguien había estado en mi puerta.

Margo había estado en mi puerta.

Estos dos hechos llegaron a mi cerebro en el orden equivocado y
tuve que reorganizarlos y luego reflexionar sobre la versión
reorganizada por un momento porque la versión reorganizada tenía
implicaciones y las implicaciones tenían implicaciones y al final de
todas las implicaciones estaba la incómoda constatación de que ella
sabía dónde vivía, lo cual yo sabía que ella sabía porque Dusk Falls
tiene cuatro mil habitantes y yo soy la única persona que
actualmente alquila la casa gris, pero saber que ella lo sabía y estar
en el escalón con la caja eran dos cosas diferentes y la caja lo hacía
real de una manera que el saber no lo había hecho.

Miré arriba y abajo de la calle.

Vacía. Niebla. Un gato en el muro dos casas más abajo que me miró con la evaluación de una criatura que ha decidido que no valgo la energía.

Recogí la caja.

Todavía estaba caliente.

Entré. Puse la caja sobre la mesa de la cocina. Me quité el abrigo. Miré la caja desde el otro lado de la cocina de la manera en que miras algo a lo que te estás dando un momento antes de interactuar, algo que hago con cosas que requieren un manejo cuidadoso y que aparentemente había comenzado a hacer con productos horneados.

La nota estaba metida bajo el cordel.

Su letra era lo que habría predicho de ella, parecía como si alguien le hubiera enseñado a escribir pulcramente y ella hubiera tenido demasiada prisa desde entonces.

Por si no has comido. No le des muchas vueltas. —M.

No le des muchas vueltas.

Puse la nota sobre la mesa.

La miré.

Le di muchas vueltas.

No al pastel, no estoy completamente trastornado, sino a la parte de *por si no has comido*, que era o bien una cortesía general, la misma calidez ambiental que extiende a extraños en la oscuridad a las cinco de la mañana, lo que ella hace, la suposición a nivel celular de que todos a su alrededor podrían necesitar algo y ella podría tenerlo, en cuyo caso no era nada, era solo Margo siendo Margo, lo cual ya es suficiente problema sin que signifique algo adicional.

O se había dado cuenta.

Se había dado cuenta de que me muevo por el día como si comer fuera algo que recuerdo hacer cuando es conveniente y olvido cuando no lo es. Se había dado cuenta y había hecho algo al respecto de la manera práctica y no ceremonial en que hace las cosas, sin conversación, sin oferta que requiera que yo acepte o decline, solo una caja en el escalón, solo *por si acaso*, solo una

puerta dejada abierta por la que yo podría pasar o no y ella no lo convertiría en un asunto de ninguna manera.

Me senté a la mesa.

Abrí la caja.

Dos croissants. Todavía calientes. Y debajo de ellos, envuelto por separado, algo que no reconocí inmediatamente, plano y glaseado, y le di la vuelta y era la tarta de pera del almuerzo de la asociación comunitaria. La que había mencionado en la calle Birch con la voz que usa la gente cuando está orgullosa de algo y no quiere hacer alarde de estar orgullosa. *Una tarta de pera y cardamomo de la que estoy orgullosa.*

Me había guardado una.

La miré.

Estoy en problemas no era un pensamiento nuevo a estas alturas. Ya había tenido ese pensamiento. Lo había tenido varias veces en varias áreas diferentes de mi cerebro y lo había escrito en dos palabras y lo había subrayado y luego lo había mirado durante una hora.

El problema era que estando de pie junto a la encimera de la cocina a las nueve de la noche sosteniendo una tarta de pera que alguien había guardado para mí sin que yo la pidiera y sin merecerla y sin haber dado ninguna indicación de quererla, el pensamiento había dejado de ser algo que estaba manejando a distancia y se había convertido en algo que sucedía dentro de mi pecho en tiempo real sin previo aviso y sin un buen lugar donde ponerlo.

Me comí ambos croissants, de pie junto a la encimera, porque no había comido desde las once y ella lo había sabido de alguna manera y tenía razón, lo que se estaba convirtiendo en un patrón que encontraba tanto impresionante como profundamente inconveniente.

Luego me senté de nuevo y miré la tarta de pera por un rato.

La comí lentamente. El cardamomo de nuevo, por supuesto, y la pera estaba pochada en vino tal vez, lo justo para cambiar lo que era sin perder lo que era, y me senté en la cocina a las nueve de la noche comiendo una tarta de pera solo y pensé: Tengo once páginas en un cuaderno sobre esta mujer y me dejó pasteles y una nota que

decía no le des muchas vueltas, y lo catastrófico es que de todas las cosas que me han pedido que no haga en mi vida, esta es la primera con la que he querido cumplir.

Simplemente no lo hagas, dijo ella. No le des muchas vueltas.

Miré la caja vacía.

Miré la nota. —*M.*

Ni siquiera su nombre completo. Doblé la nota. La puse en el bolsillo de mi abrigo.

Esta no fue una decisión que tomé conscientemente. Mi mano lo hizo y me di cuenta después, de la misma manera que noté que mi mano tomaba la bolsa de papel el primer día antes de que el resto de mí estuviera de acuerdo, y pensé en la mañana en que iba a tachar todo y cómo esa mañana aún no había llegado y seguía sin llegar y cuántas mañanas habían pasado ya desde que la había programado.

Abrí el cuaderno.

Encontré la página.

Ella es diferente. Lo miré durante mucho tiempo.

Escribí, debajo, con letra más pequeña: *no le des muchas vueltas.*

Dejé el bolígrafo.

Miré aquello.

Cerré el cuaderno.

Me fui a la cama y me quedé allí en la oscuridad mirando la grieta en el techo y pensé en Margo en la calle Clement a las cinco de la mañana con sus zuecos hacia un extraño que podría haber sido cualquier cosa, cualquier tipo de peligroso, cualquier tipo de equivocado, y pensé en la forma en que lo había hecho con la misma confianza absoluta e incuestionable con la que hace todo, como si el mundo estuviera mayormente lleno de cosas que tienen buenas intenciones si simplemente vas y las encuentras.

Pensé en lo que significaría ser recibido así.

Miré la grieta.

Se extendía desde la lámpara hacia la pared este, igual que siempre, solo la casa siendo vieja y asentándose en sí misma como hacen las cosas cuando han estado en un lugar el tiempo suficiente.

Yo nunca había estado en un lugar el tiempo suficiente.

Capítulo Once

June Tiene Una Teoría y Me Niego a Escucharla



Lo busqué en Google a las once y cuarto de un viernes por la noche como una persona sin absolutamente ninguna dignidad que proteger.

En mi defensa, June empezó.

Me envió un mensaje a las nueve. Era un enlace al portal de registros públicos del DMV de Oregón y debajo, simplemente: *busca su matrícula*. Miré fijamente el mensaje durante dos minutos. Puse el teléfono boca abajo. Lo volví a coger.

Le escribí *June, no voy a buscar su matrícula*, y ella dijo *¿por qué no?* y yo dije *porque es una locura* y ella dijo *el conocimiento no es una locura, Margo, el conocimiento es protección* y yo dije *buenas noches, June* y volví a poner el teléfono boca abajo y luego me senté en mi sofá en mi piso encima de la panadería y miré al techo un rato.

Luego lo busqué en Google.

Cole Mercer.

Este es el nombre que me dio, apellido por Harold que preguntó directamente y con la alegre autoridad de un hombre que considera

la información personal una forma de intercambio cívico. Cole Mercer. Lo tecleé y pulsé buscar y me quedé allí bajo la luz azul de mi portátil como una persona completamente normal que definitivamente no tiene sentimientos sobre el resultado.

Había un Cole Mercer que era un contable de sesenta y tres años en Cincinnati. Un Cole Mercer que tenía una presencia muy activa en un foro de pesca con caña. Un Cole Mercer que había ganado una competición regional de ortografía en 2009 y cuya madre había publicado sobre ello en Facebook y nunca más volvió a publicar.

Eso era todo.

Sin LinkedIn. Sin Instagram. Sin fotos etiquetadas, sin nada etiquetado, sin huella digital de ningún tipo perteneciente a un Cole Mercer que tuviera treinta y pocos años y viviera en una casa gris en la calle Aldren en Dusk Falls, Oregón. Pasé por el contable dos veces solo para estar segura.

Probé diferentes combinaciones. *Cole Mercer Oregón. Cole Mercer Dusk Falls. Cole Mercer abrigo oscuro cambio exacto* que obviamente no es una búsqueda real pero se me estaban acabando las opciones.

Nada.

Cerré el portátil.

Me quedé sentada.

Vale, aquí está la explicación racional, en la que creo firmemente y sin reservas: algunas personas simplemente no tienen una gran presencia en internet. Algunas personas son privadas. Algunas personas atraviesan su vida sin documentar cada parte en Instagram, lo cual es admirable, lo cual respeto enormemente y en lo que yo misma he fracasado desde 2015.

Abrí el portátil de nuevo.

Probé su nombre con Portland. Seattle. San Francisco. Probé cada ciudad del Noroeste del Pacífico que se me ocurrió en orden alfabético, lo que se desmoronó alrededor de Tacoma, y me quedé allí sentada un viernes con mi portátil calentándose sobre mis rodillas y la sensación inquietante de que o bien estaba a punto de

encontrar algo que no quería encontrar o confirmar que realmente no había nada que encontrar.

Nada.

El Cole Mercer pescador del foro me miraba desde los resultados de búsqueda y yo le devolvía la mirada y pensaba: quizás June tiene razón. No lo de las matrículas. Lo de las matrículas es una locura. Pero el principio general de la cuestión, la pregunta de quién es Cole fuera de mi mostrador y mi café.

No lo sé.

Conozco su sensación. Sé que está entre cosas y que las cosas llevan tiempo y esa es cada pieza de biografía que ha ofrecido en tres semanas.

Cierro el portátil.

Me voy a la cama.

Me quedo allí durante veinte minutos en la oscuridad pensando en nada en particular y entonces mi cerebro dice, muy quedamente: *ni siquiera sabes qué estaba haciendo en la calle Clement a las cinco de la mañana* y entonces digo, en voz alta, a mi techo: —Estaba dando un paseo.

Mi techo no confirma esto.

Me duermo.



Este miércoles es productivo y cálido, la panadería llena y ruidosa a las ocho, Harold en su mesa con su periódico, Rita de Petal Pushers llevándose su café para llevar, la fila saliendo por la puerta durante cuarenta minutos seguidos, lo que significa que no pienso en nada excepto en lo que estoy haciendo, que es lo que más me gusta de los miércoles ocupados, la forma en que el trabajo llena cada espacio disponible en tu cabeza y el resto simplemente tiene que esperar fuera.

Renee Cross entra a las nueve y media.

Ha estado viniendo con bastante frecuencia desde que murió su padre, rollo de cardamomo, café pequeño, la mesa de la esquina

junto a la ventana que recibe lo mejor de la luz de la mañana. La he estado observando de la manera en que observo a las personas que me caen bien y por las que me preocupo en silencio, lo cual ella no sabe, lo cual no necesita saber. Parece que está bien.

Le paso el rollo de cardamomo antes de que lo pida.

Lo mira y luego me mira a mí y sonríe.

Lo entiendo, pienso. Entiendo por qué Cole sigue volviendo.

June llega a las diez. Entra, deja su bolso, acepta su café con leche y se sienta en la barra con la expresión de una mujer que pasó el viernes por la noche pensando en algo y ha llegado a conclusiones.

—Sheryl Baines ha muerto —dice.

Dejo la manga pastelera. —¿Qué?

—Ayer. La encontraron esta mañana. Un caminante temprano se encontró con su perro en el sendero del arroyo, simplemente sentado junto a ella. No quería irse. —June hace un pequeño gesto con la mano—. Del corazón, creen. Igual que Alan.

El ruido de la panadería continúa a nuestro alrededor, la fila, la máquina de café, Harold pasando una página.

—Son dos —digo.

—En seis semanas —dice June.

Nos miramos.

—No están relacionados —digo—. Alan tenía casi sesenta y Sheryl era...

—También no joven —dice June—. También conectada con la misma gente.

—June.

—Solo estoy observando.

—Siempre estás "solo observando".

—Y siempre tengo razón —dice. Bebe su café con leche. Mira el mostrador. Me mira—. Cole entró mientras estabas en la cocina antes.

Mis manos vuelven a la manga pastelera.

—Dijo que no estabas aquí y se fue —dice June—. No pidió nada.

Trazo una línea muy uniforme de queso crema a lo largo de un pastel y pienso en eso y pienso en la noche del viernes y en el Cole Mercer pescador de lubinas del foro.

—Solo vino a ver si yo estaba aquí —digo.

—Sí —dice June.

—Eso es...

—Sí —dice June—. Lo es.

Trazo otra línea.

—June.

—Lo sé.

—Solo vino a comprobar.

—Margo.

—Qué.

Deja su taza. Me mira con quince años de mejor amistad detrás de sus ojos, todos presentes a la vez. —Quiero que tengas cuidado —dice, y es la voz de quien me conoce desde que teníamos diecisiete y me acompañó durante lo de Devon y la implosión vital y la mudanza y todo lo demás.

La miro.

—Me hace sentir como yo misma —digo, algo que no tenía planeado decir.

June me mira durante un largo momento.

—Lo sé —dice, y esta vez es en voz baja—. Eso es lo que me preocupa.

Capítulo Doce

El Problema Con Dusk Falls Es Que Te Observa



Pepper es un buen perro.

Es uno de esos terriers pequeños y desaliñados que se cree un lobo. Tiene un collar rojo, una placa con su nombre y el número de Sheryl, y una idea muy obstinada de cómo debe ir este paseo. 6:15 cada mañana, como un reloj. El mismo hidrante, los mismos tres arbustos.

Conoce la ruta mejor que Sheryl, probablemente, él es quien la establece.

Los he estado observando el tiempo suficiente como para empezar a contar los días que ella lleva sin arreglar el segundo botón de ese abrigo gris.

Ella siempre lleva ese auricular puesto —el derecho— porque el frío le hace doler el oído izquierdo.

Sé que la luz de movimiento de la casa azul no me alcanzará si me mantengo a diez pies de distancia del cobertizo. Sé que la ciudad todavía no ha podado el roble que está bloqueando la cámara de la calle en Birch. He vivido en este hueco tanto tiempo que probablemente podría recorrerlo con los ojos vendados.

Eso es lo que pasa con este trabajo. Te quedas en las sombras el tiempo suficiente y empiezas a sentir que formas parte del vecindario. Pero el vecino finalmente está aquí.

6:15.

Escucho el clic de las uñas de Pepper en el pavimento. Luego Sheryl. Puedo oír el sonido metálico de un podcast escapando de su oído.

Se quita el auricular.

No sé qué la alerta. La forma de una sombra donde no debería haber una. Su rostro cambia. He visto esa mirada en una docena de ciudades. No es solo miedo. Es reconocimiento. No de mí —ella no conoce mi cara— sino de la factura que finalmente hay que pagar. Lo que hizo antes de mudarse a Dusk Falls, siempre supo que esta mañana era una posibilidad, parece casi aliviada de que la espera haya terminado.

Entonces, el instinto de supervivencia se activa. Se da la vuelta y sale corriendo.

Es rápida para tener sesenta y un años, el instinto de supervivencia es una droga increíble. Cierro la distancia antes de que pase el cobertizo.

Es entonces cuando Pepper golpea mi tobillo izquierdo como un furioso tren de carga de cuatro libras. Siento sus dientes a través de la lana de mi calcetín. Es un esfuerzo tremendo para un perro tan pequeño. La mayoría de la gente en mi línea de trabajo simplemente lo patearía contra la cerca. No puedo hacerlo. El pequeño tiene más corazón que cualquier otra persona en este pueblo.

Sheryl pisa un trozo de escarcha cerca de las raíces del roble. Cae con fuerza. Sin gritos, solo un golpe patético y húmedo cuando sus manos golpean el concreto. Se arrastra para darse la vuelta, jadeando por aire, con las palmas destrozadas y sangrando.

Me agacho junto a ella.

De cerca, está temblando tan fuerte que puedo oír el castañeteo de sus dientes. Mi propio corazón está tranquilo. Es un contraste extraño, estar tan cerca de alguien cuyo mundo está terminando mientras el tuyo es solo otro martes.

—Sheryl —digo.

Intenta decir algo —un "por favor", tal vez— pero se le queda atascado en la garganta.

Alcanzo mi tobillo. Tengo que ser cuidadoso; no quiero lastimar su mandíbula. Pellizco la parte posterior del cuello de Pepper y aplico la presión justa para que suelte. Lo dejo en el suelo, y se queda allí, gruñendo, parado entre ella y yo. No tiene ninguna posibilidad, y lo sabe. Se queda de todos modos.

Me acerco a Sheryl. Mi mano va a la parte posterior de su cuello, justo donde la línea del cabello se encuentra con la columna. Su cabello está húmedo por la niebla. Presiono el inyector contra su piel. Hay un pequeño *siseo*, casi nada.

La sustancia actúa rápido, pero no instantáneamente. Para cualquier otra persona, ella simplemente tropezó, se golpeó la cabeza y su corazón falló.

Me está mirando fijamente, sus ojos siguiendo mi rostro, sus pupilas completamente dilatadas. Se está desvaneciendo, pero logra mirar al perro. Él sigue allí de pie, temblando, protegiéndola de un hombre al que no puede detener.

Su voz es apenas un fantasma de sonido. —El perro...

—Alguien lo encontrará —digo.

Lo digo en serio. Me aseguraré de que alguien lo haga.

Nos quedamos así por un minuto. Yo sosteniéndola firme, ella mirando al cielo oscuro mientras las luces en su cabeza se apagan una por una. Hay silencio. Solo el sonido del viento y el roble goteando sobre el camino.

Finalmente, deja de moverse.

Pepper sigue allí. Está sentado ahora, mirándome con esos ojos negros e impasibles. Él sabe.

Lo miro por un segundo. Todavía tiene un trozo de mi calcetín atrapado entre los dientes.

—Buen perro —murmuro.

Extiendo la mano y recupero el hilo de lana. Esta vez no me muerde. Simplemente se vuelve hacia ella, acomodándose para esperar a alguien que no se va a levantar.

Me levanto y me dispongo a irme. Su auricular está tirado en el suelo, con algún tipo hablando sobre el mercado inmobiliario.



La casa estaba fría cuando regresé. Me quedé en la cocina y dejé correr el agua caliente y me lavé las manos, luego me cambié a una camisa limpia.

Hice café. Era el genérico del supermercado, insípido y amargo, no tan bueno como el de la panadería, pero cumplía su función.

Me senté a la mesa y abrí el cuaderno.

Sheryl Baines. Tracé una línea sobre su nombre. Un trazo horizontal y firme.

Miré las dos líneas ahora, Cross y Baines, y pasé a la siguiente página. Julian Grant. Sesenta y seis años. Juez jubilado. El último. El hombre que hizo posible todo esto y que ha pasado veintidós años siendo un miembro respetado y discreto de esta comunidad, que tiene una hija que lo visita en días festivos y la costumbre de almorzar solo en el restaurante los miércoles, que vive en una casa que da al arroyo en el lado norte del pueblo.

Queda uno.

Debería estar pensando en Grant. Tengo la página de Grant abierta frente a mí y el trabajo es claro y secuenciado y después de Grant me voy y la casa gris en la calle Aldren vuelve a ser una casa vacía que huele a velas y Phil Garrett vuelve a poner el cartel de alquiler y Dusk Falls sigue siendo Dusk Falls sin mí en él.

Estoy pensando en la panadería.

Estoy pensando en la panadería.

Estoy pensando en si ya estará abierta, que lo estará, abre a las seis y son las siete y veinte, y si ella estará allí, que lo estará, siempre está allí, probablemente cubierta de harina y discutiendo con Gerald sobre la temperatura del horno. Fui esta mañana, antes de la ruta de las seis y cuarto.

Caminé por la calle Clement en la oscuridad a las cinco y cuarenta y me quedé en la esquina mirando la luz que salía de la ventana de la panadería y pensé: última vez. Después de Grant me voy. No debería ir en absoluto. Hay reglas sobre la exposición

innecesaria, y quedarme parado en una esquina mirando una ventana como una polilla es una tremenda violación.

Volví a mirar la página de Grant. Mi café se estaba enfriando. Pensé en ese terrier de cuatro libras sentado en la oscuridad, esperando a una mujer que nunca iba a despertar. Leal hasta la muerte.

Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y toqué la nota que ella me había dado. *No le des muchas vueltas.*

El cuaderno seguía abierto en la página de Julian Grant. Mi tarea final.

Capítulo Trece

Él Vino a Arreglar el Horno (Nadie Se lo Pidió)



Viernes por la mañana, 5:45 AM, y mi horno es un maldito mentiroso.

Que se muriera podría soportarlo. Morir es un corte limpio, un fusible fundido, una chispa. ¿Pero mentir? La pantalla digital está ahí, mostrando con arrogancia 350 grados, mientras el aire dentro está completamente desquiciado.

Sé que miente porque acabo de sacar la primera bandeja de pasteles daneses y están completamente mal. No es un error *mío*. Llevo dos años haciendo esto; conozco mis propios errores. Sé a qué sabe un laminado apresurado. Sé cuando he escatimado en mantequilla. Esto no es culpa mía.

Me quedo de pie en la cocina a las seis de la mañana con un pastel danés arruinado en la mano y miro al horno.

El horno me devuelve la mirada.

—Muy bien —le digo.

Llamo a la empresa de reparaciones. La empresa dice que el martes. Le digo a la mujer al teléfono que el martes es dentro de cuatro días y ella dice que lo entiende, y lo dice con el tono de

alguien que entiende profesionalmente pero no personalmente, que es el tipo de comprensión más frustrante. Cuelgo.

Miro a Gerald. La tapa de Gerald está bien colocada, lo que significa que él también piensa que esto es malo y no va a fingir lo contrario.

Cuatro días.

Puedo aguantar cuatro días. Tengo el pequeño horno de sobremesa que uso para tandas pequeñas y pruebas, caben seis pasteles a la vez. Va a ser una mañana larga y miserable disculpándome con los clientes habituales y ofreciendo mitad de precio por los restos "rústicos" (quemados).

Tiro el pastel danés arruinado a la basura y empiezo a destrozar mentalmente todo mi horario de preparación. Estoy tan absorta en los cálculos que ni siquiera registro el olor a pavimento mojado que entra por la puerta trasera entreabierta hasta que Cole está simplemente... ahí parado. Lleva una bolsa de lona que nunca había visto antes, mirando el horno con la atención concentrada que le dedica a todo, como si el horno fuera un problema que ya está a medio resolver.

—El horno está roto —digo, información completamente innecesaria para darle a un hombre que está de pie frente a mi horno averiado.

No respondió de inmediato. Se acercó, se agachó frente al cristal y observó cómo parpadeaba la pantalla digital. Abrió la puerta y una bocanada de aire errático y tibio le dio en la cara.

No se inmutó, mantuvo la mano desnuda plana en el interior, sintiendo el calor ambiental.

—La resistencia está radiando, pero la distribución de calor está haciendo bucles —murmuró, más para sí mismo. Sacó la mano y miró de reojo el cubo de basura—. ¿Perdiste la tanda de la mañana?

—Los pasteles daneses.

Emitió un sonido grave con la garganta. Era áspero, casi ofendido en mi nombre. Viniendo de Cole, eso equivalía más o menos a una protesta formal de cualquier otra persona.

—Es el termostato —dijo—. El sensor le está mintiendo a la resistencia.

Abre la bolsa de lona en el suelo de mi cocina y miro lo que hay dentro, herramientas... un juego completo, no un juego de encontré-un-destornillador-en-un-cajón, y me apoyo en la encimera de preparación y lo miro a él en el suelo de mi cocina a las seis y cuarto de la mañana.

—Cole.

—Mm.

—¿Por qué tienes herramientas?

—Todo el mundo debería tener herramientas.

—¿Sabías que el horno estaba roto?

Me mira desde el suelo. —No había olor a horneado esta mañana.

Vuelve al horno.

Me quedé mirándolo fijamente. Notó la ausencia de levadura y azúcar en el aire, supuso lo peor, fue a casa, cogió una bolsa de herramientas y entró por la puerta trasera. No tenía vocabulario para este hombre.

—No puedes simplemente entrar así —dije, apoyándome en la encimera de preparación.

—La puerta estaba abierta.

—Para dejar salir el humo. Eso no es una invitación.

Hizo una pausa, con un destornillador en la mano, y levantó la mirada. La luz de la mañana entraba gris y plana por la ventana. Tenía una leve mancha de grasa oscura o suciedad en la mandíbula. Su expresión era perfectamente neutral, pero sus ojos estaban fijos en los míos, y de repente la cocina se sintió demasiado pequeña.

—¿Quieres café? —pregunté, apartando la mirada primero.

—Después.

Preparo café de todos modos. Lo hago como a él le gusta, negro, sin azúcar, en la taza grande porque tiene manos grandes y las tazas pequeñas siempre se ven ligeramente trágicas en manos grandes, y lo dejo en el borde de la encimera de preparación donde pueda alcanzarlo cuando esté listo. Empiezo a poner en marcha el pequeño horno de sobremesa, integrándolo en el flujo de trabajo de la mañana, hablando con Gerald sobre el horario revisado como

siempre hablo con Gerald sobre las cosas que necesito pensar en voz alta.

—Los cruasanes no van a funcionar en el horno pequeño —le digo a Gerald—. Vamos a hacer los rollos de cardamomo y las galletas de mantequilla y las cosas de almendra y lo vamos a llamar una selección curada y actuaremos como si lo hubiéramos planeado.

Gerald considera esto.

—No me mires así —susurré—. Es la única manera.

—Los pasteles de almendra son mejor opción —dijo una voz desde el suelo.

Di un respingo, había conseguido olvidar, durante unos tres segundos, que Cole estaba actualmente desmontando mi horno a mis pies.

—¿Estabas escuchándome hablar con mi masa madre?

—No estás exactamente susurrando. —Todavía no levantó la mirada, sus manos firmes dentro de las entrañas del horno—. Haz solo los rollos. Cabrán en el de sobremesa. Le dará algo que comprar a la gente mientras termino aquí.

Miré la parte posterior de su cabeza. No lo hacía sonar como un gran plan; lo hacía sonar como sentido común. No era panadero, pero entendía lo que era un plazo.

—Bien —dije—. Primero los rollos. De acuerdo.

Estuvo ahí abajo durante cuarenta minutos.

Cole está en mi cocina durante cuarenta minutos.

Cuarenta minutos que paso aproximadamente a quince centímetros de él en una cocina que no es grande, moviéndonos uno alrededor del otro en esa danza particular de dos personas compartiendo un espacio pequeño, y él es muy cálido, eso es algo para lo que no estaba preparada, no lo pensarías al verlo pero emite calor como un radiador, y dos veces nuestros brazos se rozan y ambas veces lo siento hasta el hombro y ambas veces él no reacciona y odio que no reaccione y también entiendo que su falta de reacción probablemente sea fundamental para ambos en este momento.

Se levanta a las seis y cincuenta y cinco.

Cierra la puerta del horno. Gira el dial a trescientos cincuenta y ambos nos quedamos ahí mirándolo y después de un momento el calor que emana cambia de calidad, se equilibra, se convierte en lo que trescientos cincuenta grados se supone que debe sentirse, y pongo mi mano como él lo hizo, extendida, y lo siento.

—Oh —digo—. Realmente lo arreglaste.

Cole había recogido su taza. Bebió lentamente, observándome por encima del borde. He tratado con tipos como Devon, que habrían montado todo un espectáculo con esto —sacando pecho, esperando una estrella de oro. Cole simplemente me miraba. No era una “mirada”, era solo su total y silenciosa atención. Hacía que mi piel se sintiera una talla demasiado pequeña.

—¿Dónde aprendiste a reparar electrodomésticos industriales? —pregunté—. No creo que seas un técnico de reparaciones.

—No lo soy —dijo, dejando la taza.

—Entonces, ¿cuál es tu trabajo diario? ¿A qué te dedicas realmente?

Comenzó a guardar sus herramientas en la bolsa de lona una por una.

—Soy contratista. Seguridad y evaluación de riesgos, principalmente. Busco las cosas que podrían salir mal antes de que ocurran.

—¿Como los termostatos de los hornos?

—Como cualquier cosa que tenga un punto débil. —Cerró la cremallera de la bolsa.

Observé sus manos. Eran firmes, eficientes. Me di cuenta de que estaba mirando fijamente y levanté la vista hacia su rostro. Tenía una mancha de grasa en la línea de la mandíbula que lo hacía parecer más alguien que pertenecía a mi cocina.

—¿Te quedarás a desayunar? —pregunté.

La pregunta salió antes de que pudiera pensarla bien, pero no quería que se fuera todavía.

Cole miró la bolsa, luego el horno, y después a mí.

—Sí —dijo—. Me quedaré.

Nos sentamos en el escalón trasero de hormigón en el aire cortante de finales de octubre. Tenía un plato de rollos de

cardamomo calientes equilibrado sobre mis rodillas, y el vapor de nuestro café desaparecía en la niebla. Cole comía como si estuviera reabasteciendo una máquina —rápido, concentrado—, pero se mantuvo cerca. Nuestros hombros se tocaban, solo una presión constante a través de nuestras mangas.

Ninguno de los dos se apartó. Me quedé sentada allí bajo el tenue sol de la mañana, pensando que no me molestaba en absoluto que él estuviera aquí.

Capítulo Catorce

Ella Me Preguntó De Qué Tenía Miedo



Debería haberme marchado después del desayuno. Tenía que asesinar a un juez jubilado al otro lado de la ciudad, y mi horario se estaba ajustando. Me levanté del escalón trasero, le entregué a Margo mi plato vacío, y le dije que tenía cosas que hacer. Ella dijo *vale* y volvió adentro. Eso debería haber sido el final.

Entonces el camión de reparto retrocedió hacia el callejón.

El conductor dejó dos enormes cajas de Henderson's en el pavimento y salió disparado. Margo salió por la puerta trasera. Miró las cajas. Miró sus manos cubiertas de harina. Dejó escapar un suspiro tan increíblemente cansado que por un momento consideré perseguir al conductor y meterlo en una trituradora de madera.

—No tienes que hacer eso —dijo, viéndome dejar mi abrigo de nuevo en el escalón. Usó el tono de una mujer que realmente lo decía en serio.

La ignoré, recogí las cajas y las llevé adentro. Pesaban unos cuarenta kilos cada una. No me importaba. Ella era pequeña, olía a vainilla, y el juez jubilado no iba a ir a ninguna parte.

Entonces el soporte de la estantería se aflojó.

Era el que estaba sobre la encimera de preparación, sosteniendo los pesados cuencos de cerámica. El anclaje de pared se estaba saliendo del viejo yeso, creando una vulnerabilidad inaceptable. Margo lo miró con la expresión de una mujer añadiendo un desastre más a una lista que ya era demasiado larga.

Desempaqué mi bolsa otra vez. Arreglé el soporte. Habría arreglado los cimientos de todo el edificio si ella hubiera mirado mal las tablas del suelo.

Para cuando terminé, eran las once y llegó la avalancha de media mañana. Me senté en la barra del lado de los clientes, vibrando con mi tercer café negro, y la observé trabajar.

Se movía por la cocina con una eficiencia implacable, lanzando pasteles y embolsando cruasanes como si estuviera repartiendo cartas en un casino de Las Vegas.

Estaba hipnotizado. Era vergonzoso.

La avalancha disminuyó hacia el mediodía. Yo seguía sentado allí.

Entonces, preparó el almuerzo.

No lo pedí. Un minuto estaba calculando mentalmente el ángulo óptimo para disparar a Julian Grant, y al siguiente, ella apareció con dos humeantes cuencos de sopa. Me lanzó una mirada que comunicaba claramente mis dos opciones: podía comer la sopa, o ella podía obligarme a comer la sopa.

La seguí hasta el escalón trasero y tomé el cuenco.

Era de calabaza. Ni siquiera me gusta la calabaza. Pero la comí, porque ella la había preparado. También había hecho tostadas, y las había cortado en diagonal. Las tostadas en diagonal son una trampa. Es algo que la gente hace cuando se preocupa por ti, y antes de que te des cuenta, estás comprando una minivan y adoptando un golden retriever.

Miré la tostada como si fuera un artefacto explosivo, y luego le di un mordisco.

—Harold piensa que eres aceptable —dijo ella.

—¿Harold te dijo eso?

—Harold no me dice cosas. Simplemente deja de advertirme sobre ellas. —Subió las rodillas, equilibrando el cuenco sobre sus muslos—. Has pasado de *definitivamente un asesino en serie* a un encogimiento de hombros. En términos de Harold, eso es básicamente una brillante referencia de carácter.

Seguí comiendo mi calabaza. —¿Cómo es ese encogimiento de hombros?

Ella lo hizo. Barbilla metida, boca plana, un hombro levantándose en un veredicto de indiferencia gruñona y provinciana. Era tan preciso que sentí que la comisura de mi boca se contraía. Intenté reprimir la sonrisa, pero mi cara estaba actualmente recibiendo órdenes de ella, no de mi cerebro.

Nos sentamos allí en el frío. Había silencio. Ese tipo de silencio cómodo y pesado que solo se consigue con alguien que no siente la necesidad de llenar el aire con ruido inútil.

Estaba en mi segunda pieza de tostada diagonal.

—¿A qué le tienes miedo? —preguntó.

Sin preámbulos. Solo una caída limpia en el silencio. Estaba mirando hacia el callejón, evitando mis ojos.

Al escuadrón de sicarios del cártel que cabreé en Chicago. —A nada —dije.

Giró la cabeza. Me lanzó la mirada completa, la grande, bonita y devastadora. —Todo el mundo tiene miedo a algo, Cole.

—Empíricamente falso.

—Cole.

Miré la tostada. Pensé en once años de sangre y moteles baratos. Pensé en mi lista de objetivos, llena de nombres muertos. Antes estaba vacío. Solía moverme por esta vida como un fantasma que acechaba mi propio cuerpo.

—Equivocarme —dije.

La mayoría de la gente daba un paso atrás cuando mi voz se volvía plana así. Margo simplemente asintió, como si hubiera adivinado correctamente el ingrediente secreto de su masa madre.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Cuando el trabajo importa. Cometer un error. *Mancharse de sangre.*

Ella giró lentamente el cuenco en sus manos.

—¿Lo hace? El trabajo. ¿Te importa?

—Sí. —Mentí. *Solía importarme.*

Ella asintió de nuevo. El viento atrapó el vapor de su sopa.

—El mío es quedarme en un lugar —dijo en voz baja—.

Quedarme en un lugar el tiempo suficiente para amarlo, y luego perderlo de todos modos.

Pienso en Portland y Devon y una mujer que llegó a un pueblo en el que no tenía intención de quedarse y se quedó de todos modos, construyendo algo con sus manos cada mañana antes de que saliera el sol, hablando con tarros de harina fermentando, poniendo una lámpara para no volver a casa a oscuras.

—Te quedaste —digo.

—Lo sé. —Una pausa—. Esa es la parte que me asusta.

Miro hacia el final de la calle Clement. Un gato cruza por el extremo más alejado, sin prisa. La capa de nubes se está moviendo desde la costa tal como Harold dijo que lo haría, la luz volviéndose más plana, el frío encontrando su filo de nuevo.

Ella amaba este pueblo.

Se había quedado aquí a pesar de estar aterrorizada por perderlo, despertándose cada día a las 4:00 de la madrugada para alimentar con pasteles a viejos gruñones como Harold. Quería decirle que no iba a perder nada. Quería decirle que si alguien intentaba quitarle esta panadería, yo personalmente los enterraría bajo las tablas del suelo.

Pero no puedes decirle eso a una mujer normal un viernes por la tarde.

Así que me quedé sentado. Dejé que el viento soplara el vapor de la sopa hacia un lado, y no dije nada.

Finalmente, ella se levantó, tomó mi cuenco vacío y volvió adentro.

Necesitaba irme. El asesinato de Grant me estaba esperando.

Entré y agarré mi abrigo de la silla. Ella estaba en la encimera de preparación, amasando enérgicamente. No levantó la mirada, pero dijo: —Gracias por lo del horno.

Miré la parte posterior de su cabeza. Tenía una mancha de harina en el pelo.

—Gracias por la sopa —dije.

Me fui antes de hacer algo completamente descabellado, como besar la parte posterior de su cuello enharinado.

Caminé de regreso a mi casa de alquiler con las manos metidas en los bolsillos. *¿A qué le tienes miedo?* Tenía miedo a la forma en que cortaba las tostadas, y a la lámpara que dejaba encendida, y al hecho de que estaba arruinando mi carrera como asesino bien pagado por arreglar las estanterías de su cocina.

Me senté en mi mesa barata. Abrí mi cuaderno en la página de Julian Grant.

Me quedé mirándola durante una hora. No escribí ni una sola palabra.

Capítulo Quince

Vale, no es solo un cliente habitual



Estoy decorando un pastel de boda a las dos de la tarde cuando me lo admito a mí misma.

No en voz alta. No a Gerald, no a June, no a Harold, no al pastel de boda, que es para Paula y Derek Hutchins y merece ser decorado por alguien cuya cabeza esté completamente en la habitación. Estoy decorando el segundo nivel, con crema de mantequilla de merengue suizo, rosa pálido, elección de Paula, y estoy haciendo las pequeñas líneas curvas a lo largo de la base que requieren concentración y pulso firme y las estoy haciendo perfectamente porque mis manos saben cómo hacer esto sin mí, lo han estado haciendo durante dos años, no me necesitan presente, y mi cerebro está en algún lugar de la calle Birch.

Caminando. Con dos cajas. Junto a un hombre que las recogió sin que se lo pidieran.

Estropeo una línea.

La arreglo.

La estropeo de nuevo.

Dejo la manga pastelera y miro el pastel y miro a Gerald y digo, a la cocina en general, a la tarde de octubre, a las últimas semanas en su totalidad: —Bien. Vale. Está bien.

Gerald ni siquiera se molesta con la tapa. Él lo sabe.



Este es el inventario de lo que sé sobre Cole a la fría luz de un viernes por la tarde con crema de mantequilla en mis manos.

Toma el café solo. Carga cosas sin que se lo pidan. Arregló mi horno un viernes por la mañana porque el olor a horneado había desaparecido y él lo notó. Respondió a una pregunta de patología forense en la noche de trivia sin dudar y luego leyó la siguiente pregunta como si no acabara de hacer que toda la mesa quedara en silencio. No tiene presencia en internet. Vino a comprobar si yo estaba aquí cuando no estaba y se fue sin pedir nada. Se sentó en mi escalón trasero comiendo sopa de calabaza y dijo *equivocarse* cuando le pregunté de qué tenía miedo y la forma en que lo dijo, como si las consecuencias fueran enormes, como si equivocarse significara algo que no podía deshacerse.

Vuelvo a coger la manga pastelera. Miro el segundo nivel.

Lo de Devon era que tenía sentido sobre el papel. Era coherente. Tenía una narrativa. Me dijo quién era en frases completas y limpias y las frases sumaban una persona y esa persona era alguien que yo entendía y me gustaba. Primero vino la comprensión. El sentimiento llegó después, como ocurre cuando te han presentado suficiente información para llegar a una conclusión razonable.

Con Cole tengo casi nada de información y el sentimiento ya estaba ahí a las cinco y veinticinco de un martes por la mañana cuando tomó una bolsa de papel sin dar las gracias y dobló la esquina y yo me quedé en el frío con mi delantal y pensé: *vaya*.

Sé lo que significa ese “vaya”. He sabido lo que significa “vaya” desde que tenía veintidós años. Ahora tengo veintiocho y pensaba que me había vuelto mejor en no escuchar al “vaya” y en cambio esperar las frases y la narrativa y la persona que sumaba

correctamente, y aquí estoy en mi cocina con un pastel de boda y una manga pastelera y el “vaya” dirigiendo toda la operación.

Soy una idiota.

Una idiota feliz, lo que es casi peor.

Termino el segundo nivel. Empiezo con el tercero. Paula quiere las pequeñas flores de azúcar alrededor de la parte superior y ya tengo cuarenta hechas, colocadas en la bandeja a mi izquierda, y las coloco una por una en la disposición que acordamos y pienso en Cole. *Quedarse en un lugar el tiempo suficiente para amarlo y luego perderlo de todos modos.*

Me había mirado cuando dije eso.

No la mirada que la gente te da cuando has dicho algo que les parece interesante. La mirada que la gente te da cuando has dicho algo que ya sabían y escucharlo en voz alta les hizo algo que no esperaban.

Coloco una flor de azúcar en el pastel.

June entra a las tres y me dice que ha estado en el coche un rato pensando en algo y ha llegado a una conclusión.

Mira el pastel.

—Paula va a llorar —dice.

—Paula llora con los anuncios.

—Eso es un cumplido para el pastel.

Deja su bolso y se apoya en el mostrador y me mira con la mirada de June, esa que ya no se molesta en suavizar después de quince años.

—Sheryl Baines —dice.

Sigo colocando flores. —Lo sé.

—Dos en seis semanas, Margo.

—Lo sé.

—Conectados con Alan Cross desde hace veinte años.

—No sabes eso.

—En realidad sí lo sé. Revisé los registros de propiedad. —Lo dice como siempre dice las cosas que ha investigado, sin drama, lo que de alguna manera es más alarmante que si lo hubiera dicho dramáticamente—. Cross, Baines y Julian Grant. Todos estuvieron

involucrados en la rezonificación de la calle Aldren en 2002. Esa que desplazó a unos treinta residentes del lado este.

Dejo la manga pastelera.

—Rezonificaron la mitad del lado este —dice June—. Y esos tres lo facilitaron. Y ahora dos de ellos están muertos.

Miro el pastel.

—Por causas naturales —digo.

—Por causas naturales muy convenientes.

—June.

—No estoy diciendo nada.

—Estás diciendo muchas cosas.

—Estoy diciendo que dos personas conectadas al mismo evento histórico han muerto en seis semanas y creo que deberíamos prestar atención. —Me mira—. Y creo que deberías prestar atención a quién apareció en este pueblo y ha estado en la calle Clement cada mañana desde entonces.

La cocina está muy silenciosa.

Oigo a Gerald. Los pequeños sonidos ambientales de las masas madre haciendo su trabajo. El horno haciendo tictac. Afuera, la calle Clement, la tarde del viernes, la luz particular.

Cole llegó unas semanas antes de que Alan Cross muriera.

Vuelvo a coger la manga pastelera.

—Arregló mi horno —digo.

—Margo.

—Arregló mi horno. Cargó mis cajas. Vino a la noche de trivia. Dejó el cambio exacto y se quedó a tomar sopa y le preguntó a Harold sobre el sistema meteorológico que venía de la costa.

—Todas esas cosas pueden ser ciertas —dice June, con suavidad, con esa voz que es solo June—, y aun así puede haber cosas que no sabes.

Miro la flor de azúcar en mi mano.

Lo que no deja de rondarme, lo que no logro encajar por más vueltas que le dé, es que Devon tenía sentido. Devon tenía las frases y la narrativa y la imagen completa y coherente de una persona, y cada parte estaba construida. Cada parte era una actuación

montada para mi beneficio, para que yo llegara a la conclusión a la que llegué y sintiera lo que sentí y me quedara.

Cole no me ha dado casi nada.

Y cada pequeña cosa que me ha dado se ha sentido verdadera.

No sé cómo explicarle eso a June. No sé cómo explicar la diferencia entre una persona que te muestra todo y una persona que te muestra un poco, y cómo ese poco puede sentirse más que el todo. No sé cómo explicar el escalón trasero y la sopa y el equivocarse.

Coloco la última flor de azúcar.

Doy un paso atrás.

El pastel es hermoso. Paula va a llorar. Hice un buen trabajo y apenas estuve presente, he estado haciendo un buen trabajo en todo mientras mi mente estaba en otro lugar completamente distinto, en el escalón trasero con un cuenco enfriándose en mis manos.

—Te escucho —le digo a June.

Ella me mira.

—Te escucho —repito—. Solo que no estoy lista para hacer nada al respecto todavía.

June mira el pastel. Me mira a mí. Hace ese pequeño suspiro de una mujer que elige sus batallas con la paciencia de alguien que ha estado eligiendo sus batallas conmigo durante quince años y tiene un buen historial a largo plazo.

—De acuerdo —dice.

Recoge su bolso. Me aprieta el brazo al pasar, un apretón firme, de esos que significan *estoy aquí* e *idiota* a partes iguales.

La puerta se cierra tras ella.

Miro a Gerald.

—Ni lo digas —le advierto.

No lo hace.

Cubro el pastel. Entonces pienso en su hombro contra el mío.

Pienso: Ya estoy metida en esto. Sea lo que sea. Ya estoy metida y ser precavida ahora es como ponerse el cinturón de seguridad cuando ya estás boca abajo.

Así que... me quito el delantal.

Capítulo Dieciséis

Hay Alguien Más en Dusk Falls



Lo noto el miércoles.

No porque haga algo. Sino porque no hace lo suficiente.

Está en el lado norte de la calle Clement a las siete y cuarenta, apoyado contra la pared fuera de Petal Pushers con un vaso de café y su teléfono en la mano, y a las siete y cuarenta y dos sigue ahí, y a las siete y cincuenta sigue ahí, y el vaso de café no se ha movido y el teléfono tampoco, y tiene la cualidad de un hombre que está interpretando una actividad en lugar de realizarla.

Paso junto a él dos veces. No me registra ninguna de las dos veces. Esto es lo que se escribe en rojo en la parte trasera de mi cerebro, no que esté ahí, sino que no me registra, porque yo soy una persona que es registrada, he pasado once años siendo invisible a plena vista y conozco la textura de ello, y este hombre no es invisible, es ruidoso de la manera en que son ruidosas las personas que no han aprendido la diferencia entre estar quieto y estar presente, simplemente no está prestando atención a las cosas correctas.

Está prestando atención a la panadería.

Me doy cuenta de esto en la segunda pasada. Sus ojos la rastrean en los intervalos entre su actuación con el teléfono. No toda la calle, solo la panadería, la ventana, la puerta, el callejón lateral donde Margo saca los cubos de basura los martes por la mañana.

Vuelvo a casa.

Me siento a la mesa.

No abro la página de Grant.



Su nombre es Dean Walcott. Me toma cuatro horas y dos llamadas telefónicas a personas a las que preferiría no deberles nada, y para las seis de la tarde tengo suficiente. Walcott, cuarenta y tres años, última dirección conocida en un pueblo a tres horas al sur que abandonó apresuradamente después de una situación que no llegó a los periódicos porque la mujer involucrada no quería que lo hiciera.

Antes de eso, otros dos pueblos, el mismo patrón general de sucesos cada vez, escalando, volviéndose más descuidado, el tipo de hombre que ha estado haciendo algo el tiempo suficiente como para sentirse con derecho a ello y no el suficiente como para ser bueno en ello, que es la configuración más peligrosa que existe.

Miro su fotografía en la pantalla de mi portátil.

No está aquí por mí. Nuestros caminos no tienen intersección lógica y he sido lo suficientemente cuidadoso durante once años como para que el calor aleatorio no me siga. Está aquí por sus propias razones y sus razones lo han puesto en la calle Clement fuera de la panadería con un café frío y un teléfono que no está mirando, y me siento con esta información en la cocina durante mucho tiempo.

Luego cierro el portátil.

Abro la página de Grant.

Julian Grant tiene una rutina que ahora conozco de memoria, el almuerzo del jueves en el restaurante, el paseo por el arroyo a las cuatro, las luces apagadas a las diez y media. Tengo una ventana el

jueves por la tarde, el tramo entre el almuerzo y el paseo donde se detiene en la farmacia de la calle Birch y luego atraviesa el parque, y el banco norte del parque se encuentra en una zona muerta entre dos ángulos de cámara que el departamento de informática de un solo hombre de Dusk Falls no ha notado y no lo hará porque ha estado presentando el mismo informe de mantenimiento desde 2019 y el pueblo sigue perdiéndolo.

Uno más y estoy en el coche.

Leo la página dos veces.

Cierro el cuaderno.

Lo abro de nuevo.

No voy a escribir su nombre. No voy a abrir la página de anomalías y añadir una entrada sobre Walcott porque la página de anomalías es para mi trabajo y Walcott no es mi trabajo y la panadería no es mi trabajo y Margo Calloway profesional y categóricamente no es mi trabajo y el hecho de que estuviera vigilando el callejón lateral, el callejón de los cubos, el callejón al que ella va sola los martes por la mañana a las siete y cuarto, es solo información que tengo y no una razón para hacer algo.

Cierro el cuaderno.

Me pongo el abrigo.

Salgo.



Camino primero por el lado norte de Clement. Luego por el sur. Luego por el callejón junto a la panadería, todo el recorrido, hasta la parte trasera, la zona de carga, el ángulo desde la calle, cada hueco y esquina y zona muerta, y lo hago como hago todo, que es completa y sin prisas. La panadería está cerrada y oscura abajo y la lámpara está encendida en el piso de arriba, esa que ella deja encendida, y me quedo en el callejón junto a los cubos por un momento y miro hacia la lámpara y siento el frío particular de una persona que ha hecho once años de salidas limpias parada en un callejón en el que no tiene ninguna razón operativa para estar.

Walcott fue descuidado el miércoles.

Será más descuidado para el viernes una vez que haya estado aquí el tiempo suficiente para sentirse cómodo, siempre se ponen cómodos, y cómodo es cuando ocurren las malas decisiones. Sé esto como sé todo lo que sé, de ver que sucede, de entender que la paciencia es la variable que la mayoría de la gente subestima hasta que es lo que les cuesta.

No soy paciente con esto.

Me quedo en el callejón con la lámpara sobre mí volviéndose naranja contra la oscuridad y no soy paciente con esto en absoluto, lo cual es nuevo, lo cual es un desarrollo nuevo y muy inconveniente en una semana que ya ha tenido varios, y miro los cubos y el ángulo desde la calle y el hueco en la valla de atrás donde una persona podría pararse y pienso: el jueves es Grant. El jueves me habré ido para el viernes por la mañana. Walcott tiene una semana quizás antes de que lo que sea que vino a hacer aquí tome forma.

Una semana es tiempo suficiente.

Miro la lámpara.

Vuelvo a casa.

Me siento a la mesa de la cocina y no abro el cuaderno y miro la valla a través de la ventana y pienso en la fotografía de Walcott, su cara, la cualidad de un hombre que ha dejado de pensar en otras personas como personas. He conocido el tipo. Me han confundido con el tipo.

No soy el tipo.

Nunca he tenido que explicárselo a nadie porque nunca he estado cerca de nadie el tiempo suficiente para necesitarlo, pero pienso en ello, la línea que he trazado y cómo la tracé y por qué, y se mantiene, siempre se ha mantenido, pero sentado en la cocina sabiendo que Walcott está a dos calles de distancia mirando el callejón de los cubos, la línea se siente más delgada de lo habitual.

Abro el cuaderno.

Escribo en una página nueva, no en la página de anomalías, una página separada: *Walcott. Patrón: escalando. Cronología: acelerando. Evaluar diariamente.*

Miro la página.

Debajo escribo: *Próxima semana Jueves. Grant. Luego fuera.*
Miro eso.

Cierro el cuaderno y me quedo ahí en el silencio de la casa y pienso en irme y lo que significa irme, el coche apuntando a una carretera sin destino específico, la siguiente casa gris en el siguiente pueblo gris, el cartel de alquiler de Phil Garrett volviendo a colocarse en la calle Aldren.

Pienso en *equivocarme* y lo que equivocarme podría significar en una semana donde hay dos líneas en mi cuaderno y un hombre con un café frío vigilando un callejón de contenedores y una página más antes de dejar atrás este pueblo como todos los demás pueblos, limpio, invisible, desaparecido.

Pienso en todo ello durante mucho tiempo en la oscuridad.

Luego guardo el cuaderno en el cajón y me voy a la cama y pienso: *Jueves.*

Solo jueves.

Después del jueves ya decidiré qué significa marcharse.

Capítulo Diecisiete

Creo que alguien estuvo en el callejón



El martes por la mañana salgo a poner los cubos de basura en la acera y la puerta al final del callejón está abierta.

Me detengo.

La cierro todas las noches. La he cerrado todas las noches durante dos años porque el pestillo se atasca y tienes que levantar la puerta ligeramente mientras empujas o no encaja, algo que me llevó cuatro meses aprender y que ahora hago sin pensar, levantar y empujar, cada noche, igual que cierro la entrada, compruebo el horno y le digo buenas noches a Gerald por orden de importancia. La puerta no se abre sola. El pestillo es demasiado rígido.

Me quedo en el callejón con el cubo en la mano mirando la puerta abierta y el camino más allá, vacío, solo el camino, solo la parte trasera de los edificios de Birch mostrando su lado feo, y el aire frío de la mañana entrando por el hueco.

Saco el cubo.

Levanto la puerta y empujo y el pestillo encaja con su habitual chasquido y vuelvo adentro y me quedo en la mesa de preparación y

miro a Gerald y Gerald me mira y digo, muy razonablemente: "Vale, pero podría haber sido un zorro".

La expresión de Gerald, en la medida en que una masa madre puede tener una expresión, sugiere que encuentra esto extraño.

"Los zorros son listos", le digo. "Han grabado a zorros abriendo cubos de basura en Londres. Hubo todo un segmento de la BBC".

Gerald mantiene su expresión.

"No fue un zorro", digo.

Preparo los pasteles de la mañana.

Abro la panadería.

Harold entra a las seis, puntual como siempre. Le deslizo su café por el mostrador y miro fijamente por la ventana a la niebla de Clement Street. Todo se ve exactamente como siempre —gris, húmedo y obstinadamente dormido. Pero mi cerebro simplemente grita una palabra en un bucle interminable y paranoico: *Puerta*.

Paso todo el día marinando con la persistencia de un cerebro que ha decidido que esto es lo único que va a hacer hoy, independientemente de lo que yo necesite de él.

El asunto es que no soy una persona miedosa. No soy alguien que oye un ruido por la noche y se queda rígida catalogando cada posible escenario de invasión doméstica en orden ascendente de violencia.

Crecí en Portland. He caminado sola hasta mi coche a medianoche y me han hablado agresivamente desconocidos y una vez confronté a un hombre que estaba registrando mi coche en un aparcamiento y le dije que parara, lo que en retrospectiva fue extremadamente estúpido y en el momento pareció lo obvio. El miedo y yo tenemos una relación cordial pero no íntima. Sé que existe. Nos saludamos ocasionalmente. No almorzamos juntos.

Pero la puerta estaba abierta y yo la cerré y esas dos cosas no pueden ser ciertas a la vez y mi cerebro ha estado dando vueltas alrededor de ese hueco todo el día y no puedo hacer que pare.

Sonrío durante la hora punta de la mañana. Vaporizo leche de avena para el café con leche de June cuando viene antes del trabajo, y tengo unas ganas desesperadas de inclinarme sobre la máquina de

espresso y susurrar: *Oye, mi perímetro ha sido violado por un críptido o un mapache muy alto*, pero no lo hago.

Cubro a Barbara Okafor y finjo educadamente que me importa el calendario de tartas de noviembre mientras internamente redacto mi testamento.

A las ocho de la noche, mis nervios están completamente destrozados. Me rindo y llamo a June.

"Emergencia", digo. "Trae vino".

Está en mi apartamento de arriba en doce minutos exactos, irradiando la energía caótica de una mujer que ha estado manifestando una crisis desde aproximadamente las 4:00 PM solo para evitar hacer la colada. No sabía *por qué* se la necesitaba; solo sabía que había llegado su momento.

Nos sentamos en mi mesa de la cocina. Le explico la situación de la puerta. June escucha con ambas manos aferradas a su copa, sin dar un solo sorbo. Esto es malo. June solo deja de beber vino cuando alguien está embarazada, divorciándose o a punto de protagonizar un documental sobre crímenes reales.

"Vale, vamos a analizarlo con lógica", dice, adoptando instantáneamente su modo de podcaster. "¿Podría ser que simplemente... no la cerraras bien?"

"No".

"¿Estás absolutamente segura? Porque el error humano..."

"June, he cerrado esa puerta cada noche durante dos años. Es un pestillo de hierro. Tienes que levantarlo, empujarlo y soltarlo. No puedes accidentalmente 'no cerrarla' a menos que de repente pierdas toda función motora".

Por fin da un trago, entrecerrando los ojos por encima del borde de su copa. "¿Se movió algo? ¿Dentro del callejón? ¿Dejaron muñecas espeluznantes? ¿Dibujaron runas con sangre?"

"No. Los cubos están exactamente donde los dejé. No tocaron nada". Trazo el borde de mi propia copa, sintiéndome de repente completamente ridícula. "Probablemente no sea nada. Un borracho tomando un atajo. Algunos adolescentes haciendo travesuras".

June me mira fijamente. Es exactamente la mirada que le da a la pantalla cuando la protagonista de una película de terror decide ir a

investigar el extraño ruido en el sótano vistiendo solo una camisola de seda. La mirada de *qué-dulce-idiota*.

“Claro”, murmuro, dando un enorme trago a mi Pinot. “No es absolutamente nada”.

“Vale”, dice June.

Es un *vale* muy específico. Es exactamente el mismo *vale* que me dio hace tres años cuando anuncié que me iba a vivir con mi ex, Devon. Es un *vale* paciente, agresivamente presente que se traduce aproximadamente como: *Te escucho, estás en negación, pero traeré una pala cuando necesites enterrar el cadáver*. Es reconfortante. También es profundamente irritante.

Acabamos con el vino. Hablamos sobre la inminente condena matrimonial de nuestra amiga Paula este sábado, las tiránicas exigencias de tartas de Barbara Okafor, y una disputa sobre límites de propiedad en el lado este que June está manejando con la alegría salvaje de un tiburón profesional. El Pinot hace su trabajo.

La cocina se vuelve borrosa y cálida. Afuera, el viento aúlla como un extra en una película de casas encantadas, haciendo temblar los cristales de las ventanas, pero cuando June se va a las diez, estoy prácticamente flotando. Soy una adulta racional. Fue un borracho tomando un atajo. Fue un adolescente. Fue un mapache intentando gentrificar el callejón.

Cierro la puerta principal tras ella, echando los tres cerrojos, naturalmente, porque soy racional pero no estúpida.

Me quedo de pie junto a la ventana de mi cocina. La calle Clement es un pueblo fantasma bañado en ese espeluznante resplandor anaranjado de las farolas de sodio, con la niebla deslizándose sobre el asfalto como hielo seco. Miro la calle vacía durante un minuto. Luego miro el teléfono sobre la encimera.

Lo cojo. No sé por qué lo cojo.

Mi pulgar se cierne sobre la pantalla, desplazándose directamente hasta el nombre de Cole, que June me hizo guardar en algún momento durante la noche de trivia, operando con la despiadada eficiencia de una mujer que se niega a dejar que un hombre misterioso de hombros anchos se escape de los dedos de su mejor amiga.

Miro fijamente su nombre. Pienso en la puerta. Pienso en los dos cadáveres, literalmente reales, encontrados en la zona este del pueblo. Y luego pienso en un hombre sin rastro en redes sociales que casualmente conoce la definición de *livor mortis* y lleva un kit de asesinato —perdón, un *equipo profesional*— en su coche.

Golpeo el teléfono contra la formica, dejándolo boca abajo.

Miro a Gerald.

—Ya lo sé —digo en voz alta.

Él simplemente permanece ahí en su tarro de cristal, fermentando con aire crítico.

—No voy a llamarle —le digo a la masa madre—. Eso sería una locura. La puerta la abrió un borracho. O el viento. No voy a llamar a un hombre aterradoramente competente que acabo de conocer porque mis bisagras se movieron en la dirección equivocada.

La tapa de Gerald permanece perfectamente inmóvil. Él tampoco me cree.

—No le estoy llamando porque una puerta estuviera abierta —le digo a Gerald—. Eso no es motivo para llamar a alguien. Es motivo para comprar un cerrojo mejor. Soy una mujer adulta y no voy a llamar a un hombre a las diez de la noche porque me asusta una puerta, no soy así, nunca he sido esa persona, sobreviví a Devon y a la explosión y a mudarme a un pueblo donde no conocía a nadie y a aprender a hacer masa madre desde cero y a ti, Gerald, te sobreviví a ti, y no voy a llamar a Cole Mercer por una puerta.

Gerald sigue en su tarro.

—Me voy a la cama —digo.

Me quedo tumbada en la oscuridad, escuchando al viento intentar arrancar mi ventana del marco. Pienso en la puerta. Pienso en el nombre de Cole brillando en mi pantalla. Pienso en el cargado *vale* de June.

Debato si levantarme para comprobar los cerrojos otra vez. Ya los he comprobado dos veces. Esto no impide que mi cerebro sugiera entusiasmado una tercera.

Me doy la vuelta y vuelvo a encender la lámpara de la mesita. De todos modos odio la oscuridad absoluta. La bombilla proyecta un

cálido resplandor ámbar sobre el edredón, empujando las sombras de vuelta a las esquinas donde pertenecen. Fuera, el viento aúlla.

Fue un borracho, me digo a mí misma, subiéndome las mantas hasta la barbilla. Fue un niño. Fue un zorro con ambiciones inmobiliarias.

Cierro los ojos.

Dejo la lámpara encendida. Solo por esta noche.

Capítulo Dieciocho

La Última Página



Julian Grant es una criatura de hábitos.

Todos los jueves a la 1:00 PM, ocupa el reservado de la esquina en el restaurante local. Pide el pastel de carne. Lee un periódico físico doblado en cuartos rígidos y precisos. Deja un treinta por ciento de propina, y le dice *gracias* a la camarera. Tiene los modales suaves y pausados de un hombre que se dio cuenta hace dos décadas de que su alma se estaba pudriendo, y decidió compensarlo siendo el tipo más amable del pueblo.

Lo he estado siguiendo durante tres semanas. Si ignoras el hecho de que destruyó treinta familias por un pago, es un gran tipo.

Hace veintidós años, Grant fue el juez que firmó la orden que arrasó el barrio Hartley en el lado este de Dusk Falls. Entregó el terreno a Alan Cross y Sheryl Baines, se llevó su parte, y luego pasó el resto de su vida fingiendo que no había sucedido.

A las 2:40 PM, termina su café. Dobla su periódico, se abrocha su abrigo de lana con dedos rígidos y artríticos, y camina hacia el sendero junto al arroyo.

Es noviembre, y los árboles están desnudos. El arroyo fluye bajo y silencioso. Es el tipo de paseo que un hombre da cuando lleva algo pesado y necesita que el aire frío le adormezca los hombros.

Oye mis pasos y levanta la mirada, y su rostro hace algo para lo que no estaba preparado.

Alivio. Exhala lenta y profundamente, sus hombros caen, y se gira para mirar el agua.

—Me preguntaba cuándo vendría alguien —dice.

Odio cuando sienten alivio. Arruina el desapego necesario. Hace un mes, simplemente le habría metido una bala silenciada en el pecho desde la línea de árboles y me habría ido a almorzar. Ahora, gracias a los efectos alteradores del cerebro provocados por una tostada diagonal y una mujer que huele a vainilla, camino y me siento en el banco junto a él.

Observamos una garza gris parada en las aguas poco profundas.

—La familia Hartley —dice Grant, con voz áspera en el aire frío.

—Sí.

Asiente lentamente. —Raymond Hartley murió hace dos años. ¿Lo sabías?

—Estaba en el expediente.

—Su esposa todavía vive en Bend —dice Grant, mirando sus manos nudosas en su regazo—. Le envió dinero. Anónimamente, a través de un abogado. Cada mes desde 2004. —Hace una pausa, su garganta trabajando—. No lo arregla.

—No —digo—. No lo arregla.

—He pensado en ellos todos los días.

Miro el arroyo. Pienso en mi cuaderno. Tres nombres. Cross, Baines, Grant. Soy la factura que llega. Este es el trabajo. Es limpio, es transaccional, y siempre ha tenido perfecto sentido para mí.

Pero estoy sentado en este banco helado, y todo lo que puedo oír es la voz de Margo en los escalones traseros. *¿A qué le tienes miedo?*

Tengo miedo de equivocarme. Miro a este hombre triste y roto, y por primera vez en once años, las líneas entre los monstruos y las víctimas se sienten borrosas. Grant hizo algo terrible, y pasó veinte

años en un purgatorio autoimpuesto por ello. Margo probablemente sentiría lástima por él. Margo probablemente le llevaría sopa.

Aparto ese pensamiento. Margo no está aquí, y no soy un trabajador social. Soy la consecuencia.

—¿Tienes hijos? —pregunta Grant en voz baja.

—No.

Asiente, como si eso tuviera perfecto sentido. Como si este fuera exactamente el tipo de vida solitaria y estéril que debería tener la Parca. La garza de repente abre sus alas, elevándose del agua y desapareciendo entre los árboles grises de la orilla opuesta. Grant la observa marcharse como si supiera que es el último pájaro que verá.

Gira la cabeza y me mira. No hay pánico en sus ojos. Solo agotamiento.

—¿Es rápido? —pregunta.

—Sí —digo.

Asiente una última vez. Cierra los ojos y vuelve su rostro hacia el arroyo.

Meto la mano en el bolsillo de mi abrigo. Deslizo mi mano por detrás de su cuello, mi pulgar encontrando la base de su cráneo. El microinyector sisea contra su piel.

Grant se estremece una vez, exhala profunda y pesadamente, y luego simplemente se detiene.

Parece un anciano que se quedó dormido mirando el agua.

Retiro mi mano. El viento se mueve entre los robles desnudos.

Me levanto. Dejo a Julian Grant en el banco, meto las manos en mis bolsillos, y comienzo el largo camino de regreso a una vida que de repente se siente demasiado complicada.



Me senté en la deprimente mesa laminada de mi casa de alquiler. Abrí el cuaderno. Tracé una línea gruesa y pesada sobre el nombre de Julian Grant.

Tres nombres. Tres líneas. Contrato completo.

Normalmente, este es el momento exacto en que mi cerebro formatea el disco duro. No pienso en los objetivos. Definitivamente no pienso en el profundo alivio en el rostro de un anciano justo antes de detener su corazón. Soy un profesional. Se supone que debo estar vacío. Pero el desapego clínico y psicopático que he cultivado durante once años estaba actualmente fallando, completamente arruinado por una mujer con harina en el pelo.

Cerré el cuaderno de golpe. Era hora de hacer las maletas.

Procedimiento operativo estándar: limpiar las superficies con lejía, tirar el teléfono desechable al arroyo, y salir de Dusk Falls antes de que salga el sol. Dejar que el casero se quede con la fianza. He hecho esto una docena de veces. Marcharse es la parte más fácil del trabajo. Solo pones el coche en marcha y olvidas el código postal.

Agarré mis llaves. Me puse el abrigo.

Y entonces mis traidoras piernas me llevaron en la dirección exactamente opuesta a mi coche, directamente a Clement Street.

Me quedé en la fría acera frente a la panadería como un completo acosador. La pequeña lámpara amarilla sobre la puerta trasera brillaba en la niebla. Ella la había dejado encendida.

Grant me había preguntado si tenía hijos. Estaba buscando pruebas de humanidad, tratando de averiguar si tenía alma. Le dije que no, porque mi vida no estaba diseñada para construir cosas. Mi vida estaba diseñada para terminirlas. Era un fantasma que ocasionalmente asesinaba personas. Los fantasmas no compran casas, y definitivamente no se enamoran.

Pero allí de pie en la oscuridad, no estaba pensando en ser un fantasma. Estaba pensando en tostadas diagonales. Estaba pensando en una mujer que discutía con tarros de levadura y daba sopa caliente a hombres que irrumpían en su cocina. Una mujer con absolutamente cero instinto de supervivencia que probablemente intentaría acariciar a un oso rabioso si pareciera lo suficientemente triste.

Miré la luz sobre la puerta.

Tenía una maleta que hacer. Tenía que cruzar la frontera estatal. Era un contratista profundamente temido en el submundo criminal.

Mi controlador probablemente esperaba que me reportara.

Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo y me quedé mirando la panadería.

La lámpara seguía encendida.

Capítulo Diecinueve

Estaba Fuera de Mi Panadería a las 2 de la Madrugada



Hornear es lo que hago cuando no puedo dormir. Esto no es una metáfora ni un mecanismo de afrontamiento, o tal vez sí lo es pero es uno funcional así que me niego a patologizarlo. Cuando mi cerebro no se detiene, bajo las escaleras y pongo mis manos en algo que requiere suficiente atención para que todo lo demás tenga que esperar fuera, y esperar fuera es lo mejor que puedo pedirle a un cerebro que funciona como el mío, que es continuamente, a todo volumen, en múltiples pistas simultáneamente, como una radio que no puede encontrar el interruptor de apagado.

Esta noche ese algo es focaccia.

La focaccia es la elección correcta porque requiere tiempo y manos, especialmente hacer los hoyuelos, presionar los dedos en la masa una y otra vez en filas, y hay algo en esa repetición que actúa sobre la parte ansiosa de mi cerebro como una manta con peso actúa sobre el cuerpo, solo esta presión constante y uniforme que dice: estás aquí, estás haciendo algo, ese algo es real, el resto puede esperar.

El resto esta noche es la puerta.

Que probablemente no fue nada.

Que he decidido que no fue nada, firmemente, con convicción, dos veces antes de acostarme, y mi cerebro recibió esta información y dijo muchas gracias y luego esperó hasta las dos de la madrugada y comenzó a reproducirlo en bucle.

He estado abajo desde la una y cuarenta y cinco. Gerald está en el estante siendo Gerald, Patricia está siendo cooperativa como se anunciaba, y Senator está haciendo lo que Senator siempre hace a las dos de la madrugada, que es absolutamente nada y aun así de alguna manera lo hace parecer intencionado. Tengo la radio encendida a bajo volumen, solo la emisora nocturna, alguien hablando muy quedamente sobre algo que no estoy siguiendo, y los hoyuelos van bien, y estoy casi, casi en ese lugar donde el pensamiento se silencia.

Levanto la mirada a través de la ventana frontal porque siempre miro a través de la ventana frontal, por reflejo, el mismo reflejo que lo captó aquella primera mañana, y Cole está parado al otro lado de la calle.

Mis manos se detienen en la masa.

Lleva su abrigo, las manos en los bolsillos, parado en la acera de Clement Street a las dos de la madrugada de la misma manera que estuvo allí aquel primer martes en la niebla, y el déjà vu me recorre rápido y extraño, excepto que esta vez sé su nombre y cómo toma su café y el sonido que hace cuando algo que digo lo toma por sorpresa, y esta vez sé que ha estado regresando cada mañana.

Lo miro por un momento.

No se mueve.

Miro a Gerald.

La tapa de Gerald no está haciendo nada inusual.

—Ya lo sé —digo—. Lo sé, lo sé.

Me lavo las manos.

Sirvo café en la taza grande, negro, sin azúcar, y voy a la puerta principal y la desbloqueo y salgo al frío en calcetines y con el cárdigan de mi abuela que uso para hornear de noche y que tiene un agujero en el codo izquierdo que he estado pensando en remendar desde agosto.

Cole me observa cruzar la calle y se queda completamente inmóvil de la manera en que se queda inmóvil cuando lo tomo por sorpresa, esta pausa de cuerpo entero como un sistema que suspende brevemente todos los procesos no esenciales.

—Hola —digo. Extiendo la taza.

Mira la taza. Me mira a mí en calcetines sobre el pavimento frío a las dos de la madrugada. Mira el cárdigan con el agujero en el codo.

Toma la taza.

—¿Por qué estás aquí fuera? —digo.

—Camino por la noche.

—¿Todas las noches?

Una pausa. Del tipo que significa que la respuesta es sí y está decidiendo si decir sí. —La mayoría de las noches —dice.

Lo miro. Sostiene la taza con ambas manos como siempre lo hace, como si el calor fuera algo de lo que quiere asegurarse, y la calle está vacía e iluminada de naranja a nuestro alrededor y la niebla está baja esta noche, posada cerca del suelo, y Cole me está mirando con esa mirada que he estado fallando en clasificar correctamente durante tres semanas y que ya no pretendo no entender.

La entiendo.

La he entendido desde hace un tiempo.

El entender y el saber qué hacer con ello son dos cosas diferentes. No planeé esta situación, salí aquí porque él estaba parado en el frío y yo tenía café y esos dos hechos se organizaron en una conclusión obvia como siempre ocurre con Cole, como todo con Cole tiene una conclusión obvia a la que sigo llegando un poco antes de estar lista para ella.

—¿Estás vigilando la panadería? —digo.

Su mandíbula hace eso. El ligero movimiento de una persona decidiendo algo. —Me gusta esta calle por la noche —dice.

—Cole.

Bebe el café. Mira Clement Street por encima del borde de la taza y luego me mira a mí y espero porque he aprendido que esperar es lo que funciona con Cole, esperar y no llenar el silencio,

dejarlo llegar al borde de las cosas a su propio ritmo, y a la mayoría de las personas tengo que arrastrarlas al borde de las cosas y con Cole solo tengo que pararme cerca del borde y él llega.

—Estás despierta hasta tarde —dice.

—Focaccia —digo—. Horneo cuando no puedo dormir.

—¿Qué te impide dormir?

La puerta, casi digo. Alguien abrió mi puerta y yo la cerré y estaba abierta y he estado pensando en ello durante cuatro días y no sé por qué no me deja tranquila, no sé por qué mi cuerpo lo registró como importante, no sé por qué sigo volviendo a ello cada vez que estoy acostada en la oscuridad con la lámpara encendida.

Lo miro.

—No lo sé —digo—. Esa es la parte que me molesta. No lo sé y no puedo convertirlo en algo que se pueda nombrar y soy mejor con las cosas que tienen nombre.

Me ajusto el cárdigan más apretado.

—June piensa que estoy bien. Harold no lo sabe. Gerald no cuenta porque Gerald encuentra todo alarmante por principio. Y estoy parada en la calle en calcetines a las dos de la madrugada, lo cual no es un comportamiento normal ni siquiera para mí.

Cole mira hacia mis pies.

A mis calcetines, que son los que tienen pequeños croissants estampados que June me regaló para Navidad el año pasado y que ahora lamento porque socavan la gravedad de la conversación.

—Bonitos calcetines —dice.

Lo miro.

Su boca está haciendo esa cosa. Esa cosa geológica. Excepto que ha ido más allá de lo habitual, más allá de los huesos de una sonrisa, realmente ahí, realmente en su rostro, y dura unos tres segundos y hace algo en mi pecho que no tengo la focaccia para procesar ahora mismo.

—No mires mis calcetines —digo.

—Has salido con ellos puestos.

—Estaba trayendo café. Era urgente.

—Urgente —repite, no como si no me creyera, más bien como si estuviera sosteniendo la palabra a contraluz.

—El café se estaba enfriando.

Me mira. Lo miro. La niebla se asienta baja en Clement Street y la panadería está cálida e iluminada detrás de mí y él está de pie bajo la luz anaranjada sosteniendo la taza grande y mirándome como si yo fuera el problema más interesante que jamás ha decidido no resolver y pienso en la verja y dos personas muertas en el lado este del pueblo y un hombre sin presencia en internet que camina por esta calle casi todas las noches.

Debería preguntar.

Debería preguntar eso que los ojos de June han estado preguntando cada vez que me mira, la pregunta que vive en el cajón que no he abierto. Debería preguntarlo aquí, a las dos de la mañana, con mis calcetines de croissants, mientras la focaccia espera dentro.

—Cole —digo.

—Margo —dice él.

Lo miro.

Él me devuelve la mirada.

La pregunta flota en el frío entre nosotros y él no se acerca a ella y yo tampoco y después de un momento digo: —Entra. La focaccia necesita otros veinte minutos y hace frío y tienes una taza vacía.

Mira la taza. Vacía.

Mira la panadería.

Me mira a mí.

—Sí —dice.

Así que entramos, al cálido aroma a harina de la panadería a las dos de la mañana, y le sirvo otro café y vuelvo a los hoyuelos, dedos en la masa, firmes y parejos, y Cole se sienta en la barra y envuelve sus manos alrededor de la taza y me observa trabajar, y la radio murmura. A pesar de todo lo que aún no sé, estoy completamente feliz de que esté aquí.

Capítulo Veinte

Ella Sabe Que Algo Va Mal y No Está Huyendo



Ella lo sabe.

No todo. No la libreta ni las tres líneas ni el banco junto al arroyo. Pero conoce la forma, el contorno, como se conoce la forma de algo en una habitación oscura sin poder nombrarlo. Lo ha sabido durante un tiempo. He observado cómo se mueve en ella, ese conocimiento silencioso que sigue eligiendo no utilizar, y he estado esperando la noche en que todo cambie, en que me mire desde el otro lado del mostrador de la panadería y haga la pregunta que vive en sus ojos, la pregunta que sigue apartando.

En lugar de eso, me hizo un hueco en su mesa de preparación a las dos de la madrugada. Llevaba un cárdigan demasiado grande y calcetines con pequeños croissants de dibujos animados.

Estaba horneando focaccia por estrés. Aparentemente, esto es lo que hacemos ahora. Soy un activo letal altamente entrenado que ha evadido con éxito a las fuerzas del orden internacional y a tres cárteles, y en ese momento estaba sentado en un taburete viendo a una pequeña panadera hacer agresivamente agujeros en una plancha de masa.

Di un sorbo a mi café. Estaba en un gran problema.

No del tipo *mi controlador va a poner una orden de ejecución sobre mí*. Del tipo permanente. Del tipo que termina con una cuenta bancaria conjunta y un golden retriever.

Lo que pasa con Margo es que no tiene ningún andamiaje táctico. En mi línea de trabajo, todos llevan una máscara. Observas las microexpresiones, el medio segundo de retraso entre la mentira y la actuación. Margo no actúa. Es completa y aterradoramente genuina. La ansiedad, la calidez, los calcetines de pasteles... todo está ahí, sin filtros. Sentado en la cálida luz ámbar de su cocina, de repente me di cuenta de lo increíblemente pesado que era mi propio andamiaje. He estado usando el abrigo de "sociópata vacío" durante once años. Por primera vez, realmente quería quitármelo.

—Estás callado —dijo ella, sin levantar la vista de la masa.

—Siempre estoy callado.

—Esta noche es un tipo diferente de silencio.

Mantuvo los ojos en el pan. Era una brillante táctica de interrogatorio. No me estaba observando, dándome el espacio psicológico para decir accidentalmente la verdad. Es el tipo de inteligencia emocional que normalmente me hace querer abandonar el estado inmediatamente.

En cambio, mi boca se abrió y cometió traición contra toda mi carrera.

—Me voy pronto —dije.

Sus manos no se detuvieron. Presionar, tirar, fila por fila.

—¿Cuánto de pronto? —preguntó.

—No estoy seguro.

Miré fijamente mi taza. Era lo más sincero que había dicho en voz alta en una década. Hace tres días, irme era una certeza matemática. El trabajo estaba hecho. La casa de alquiler necesitaba ser blanqueada y abandonada. Pero sentado aquí a las 2:15 de la madrugada, la idea de subirme a mi coche y alejarme hacía que mi pecho se sintiera como si se estuviera hundiendo.

El silencio se prolongó. Ella simplemente seguía trabajando la masa, sin presionar, dándome suficiente cuerda para ahorcarme.

—Margo —dije.

—Mm.

Miré mi café. Miré hacia el estante superior, donde Gerald, la masa madre, burbujeaba en su tarro de cristal. Juro por Dios que ese tarro me estaba juzgando.

Volví a mirar las manos de Margo. No podía decírselo. Necesitaba un ancla táctica a este edificio inmediatamente.

—Vas a matar ese pan —dije.

Margo no levantó la vista. —Es focaccia. Necesita hoyuelos.

—No le estás haciendo hoyuelos. La estás castigando.

Dejé mi taza de café. La he visto hornear lo suficiente como para conocer su línea base. Esta no era su línea base. Tenía los hombros tensos, la mandíbula apretada.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Solo la miré.

Después de unos diez segundos de silencio absoluto, suspiró, bajando los hombros. Sacó las manos de la masa.

—El martes por la mañana —dijo en voz baja, limpiándose las manos en el delantal—. Cuando salí a poner los cubos en la acera, la puerta del callejón trasero estaba abierta.

—¿Pensaste que habías olvidado cerrarla?

—No. Ese es el problema.

Me miró, con los ojos tensos por la ansiedad persistente.

—La cierro todas las noches. El pestillo se atasca. Tienes que levantar la puerta ligeramente mientras empujas o no encaja. Me llevó cuatro meses descubrirlo, y ahora lo hago automáticamente. El viento no puede abrirla. Tiene que ser abierta.

Mantuve mi rostro completamente neutral. Sabía exactamente por qué la puerta estaba abierta.

—Me quedé allí mirándola en la oscuridad —murmuró, abrazándose a sí misma—. Y volví adentro, y literalmente miré a Gerald y le dije que probablemente solo era un zorro muy inteligente.

Dejó escapar una risa seca, sin humor.

—Sé que no fue un zorro, Cole.

Estaba genuinamente asustada. Mi pecho hizo algo incómodo. El impulso de cazar al tipo que había causado esa mirada en su rostro era abrumador.

—Hay un tipo alojado en el motel de la Ruta 7. Ha estado merodeando por Clement Street. No te estaba apuntando específicamente a ti, pero notó la panadería, y el lunes por la noche, probó la cerradura de tu puerta. Por eso estaba abierta.

Margo miró la focaccia durante un largo momento.

Su rostro hizo algo que nunca había visto antes, estaba tomando la información, examinándola y archivándola.

—De acuerdo —dijo.

—Ya no será un problema —añadí, solo para ser absolutamente claro.

No preguntó qué significaba *eso*. Simplemente me miró.

—¿Cómo sabías siquiera que había alguien en el callejón, Cole?

—Porque estaba vigilando el callejón.

—¿Por qué?

—Presto atención a mi entorno.

—¿Estás en problemas? —preguntó en voz baja.

—No.

—¿Lo está alguien más?

Mantuve su mirada. —Ya no.

La radio murmuraba algo de jazz nocturno. El horno hacía tictac mientras se precalentaba. En el estante, Gerald, la masa madre, burbujeaba de manera amenazante, como si hubiera estado esperando exactamente esta conversación y estuviera tomando notas.

Margo sacó las manos de la masa. Estaban cubiertas de harina blanca. Se apretó los labios —un pequeño hábito inconsciente que yo sabía que hacía cuando intentaba resolver un problema complejo — y luego me miró directamente a los ojos.

—¿Eres peligroso para mí? —preguntó.

No *¿Eres un hombre peligroso?* No *¿Eres un criminal?* Ella pasó por alto la moralidad de toda mi existencia y fue directamente a la única logística que importaba en esta habitación. *Para mí.*

—No —dije. Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía—. No para ti. Nunca para ti.

Mantuvo mi mirada durante un tiempo largo y angustioso.

Luego asintió, respiró hondo y volvió a hundir las manos en la masa. Fila por fila.

—La focaccia está casi lista —dijo.

Casi me río. Acababa de confesar ser una especie de criminal violento que acechaba su callejón, y su respuesta era ofrecerme carbohidratos.

Me quedé hasta las cuatro de la mañana.

No volvimos a hablar del acosador del motel. No hablamos de mi trabajo.

Comimos la focaccia caliente recién salida del horno con aceite de oliva y sal, y Margo habló sobre el menú de noviembre y el cumpleaños de Harold la próxima semana y aquella vez que Patricia quedó inactiva durante seis días en 2023 y ella pensó que la había matado y se sentó en el suelo de la cocina durante veinte minutos en auténtico duelo y luego Patricia volvió, plena y activa, como si nada hubiera pasado, como si simplemente hubiera necesitado una semana y no sintiera la necesidad de explicarse.

Comí tres trozos de pan. Bebí suficiente café como para matar a un caballo. Me senté bajo la luz ámbar de su cocina, escuchándola hablar sobre la mitología de la levadura, y por primera vez en mi vida adulta, mi cabeza estaba completamente en silencio.

A las 4:00 de la madrugada, me puse el abrigo. Ella me acompañó hasta la puerta principal. Nos quedamos en la entrada, con las farolas de la calle proyectando largas sombras, pero el cálido resplandor de la cocina iluminaba su rostro.

—Buenas noches, Cole —dijo.

—Buenas noches, Margo.

Caminé de regreso a la deprimente casa de alquiler. No empecé a hacer las maletas. Me senté a la mesa barata, saqué la libreta del bolsillo de mi abrigo y pasé las páginas con los nombres de los muertos. La abrí en la página de *Anomalías*.

Miré su nombre. *Margo*. Y las pequeñas y apretadas notas debajo. *No le des muchas vueltas. Ella es diferente.*

Hice clic con el bolígrafo. Debajo de todo, presioné la tinta con fuerza contra el papel.

Ella no tiene miedo.

Miré fijamente las palabras. Luego, justo debajo, con una letra tan pequeña que apenas era legible, añadí la víctima final de la misión de Dusk Falls: *Yo sí.*

Capítulo Veintiuno

La Ayudante Reyes Me Preguntó Sobre Cole



La ayudante Reyes viene todos los viernes a las ocho y cuarto y pide un flat white y un croissant y se sienta en la barra el tiempo que tarda en comerse el croissant, que nunca es mucho.

Nunca se ha quedado más tiempo que lo que dura el croissant. Este viernes pide un segundo café.

Me doy cuenta de esto como me doy cuenta de cualquier cosa que rompe un patrón, que es inmediata y completamente, y preparo el café y lo pongo frente a ella y limpio la barra que no necesita ser limpiada y espero porque algo en el aire ha cambiado y aprendí hace mucho tiempo que cuando algo en el aire cambia lo mejor es quedarse callada y dejar que llegue.

—¿Qué tan bien conoces a Cole Mercer? —dice Andrea.

Lo dice mirando a la barra.

—Bastante bien —digo—. Desde octubre.

—Viene todas las mañanas.

—La mayoría de las mañanas.

Gira la taza de café entre sus manos. Andrea tiene uñas cortas y arregladas y un anillo en la mano derecha del que nunca habla y he

respetado esto durante dos años no preguntando. —¿Sabes de dónde es?

—No.

—¿A qué se dedica?

—No exactamente.

Me mira entonces y sus ojos están haciendo esa cosa de ayudante, esa cosa donde absorben información y no devuelven nada, y nunca antes había estado en el extremo receptor de esa cosa de ayudante y descubro que no me encanta, hay algo en ser mirada de esa manera que te hace querer confesar inmediatamente cosas que no has hecho, una multa de estacionamiento de 2019 por ejemplo, y también aquella vez que me llevé un libro de la biblioteca y lo olvidé durante ocho meses y lo devolví con una nota y el cambio exacto para la multa porque la biblioteca estaba cerrada.

—¿Es bueno contigo? —dice.

La pregunta cae de manera diferente a lo que esperaba. No *sabes algo sobre él o has notado algo inusual*. Es bueno contigo. Miro a Andrea Reyes y pienso en la focaccia de las cuatro de la mañana y cajas cargadas seis manzanas y un horno arreglado antes de que lo pidiera y una puerta vigilada durante cuatro noches sin decírmelo, o diciéndomelo eventualmente, que es su propia forma de bondad.

—Sí —digo.

Andrea asiente. Bebe su café.

—Dos personas han muerto en este pueblo en seis semanas —dice, al café.

—Por causas naturales.

—Margo.

—Eso es lo que...

—Sé lo que dicen los informes. —Deja la taza—. Alan Cross tenía una afección cardíaca. Documentada. Sheryl Baines tenía una afección cardíaca. También documentada. —Me mira fijamente—. Julian Grant también tenía una afección cardíaca. Lo encontraron en el banco junto al arroyo el jueves.

La barra es muy sólida bajo mis manos.

—Grant —digo.

—El jueves por la tarde. —Me observa—. Son tres, Margo. Tres personas, todas conectadas, todas con condiciones documentadas, todas muertas en aproximadamente ocho semanas.

Tres.

Pienso en los registros de terrenos de June. Cross, Baines, Grant. La rezonificación de la calle Aldren. La familia Hartley. Pienso en la rezonificación y el lado este y lo que June dijo sobre causas naturales convenientes y me quedo de pie detrás de mi mostrador y siento esa cosa que ha estado en el fondo de mi garganta durante semanas, esa cosa atmosférica, ese olor extraño, elevándose.

—Todos estaban conectados —digo.

—Sí.

—Con la rezonificación.

Los ojos de Andrea hacen algo rápido. —Sabes sobre eso.

—June revisó los registros de terrenos. —Tomo el paño y lo vuelvo a dejar—. Es minuciosa.

—Lo es. —Andrea envuelve la taza con ambas manos—. He estado investigándolo durante tres semanas. No puedo encontrar nada. Ninguna evidencia de nada excepto tres personas que tenían problemas cardíacos y la mala suerte de usarlos en la misma temporada.

Hace una pausa.

—Pero llevo haciendo esto el tiempo suficiente para saber que cuando algo se siente mal y no puedo encontrar lo que está mal, generalmente significa que lo que está mal es muy bueno en no ser encontrado.

La miro.

Ella me mira.

Pienso en las manos de Cole y la bolsa de lona con herramientas y *ya no más* y la focaccia y *nunca a ti* y pienso en todas las cosas que he estado metiendo en un cajón sin abrir y el cajón volviéndose muy lleno y Andrea Reyes pidiendo un segundo café un viernes por primera vez en dos años.

—Camina por las noches —digo—. Cole. Está en la calle Clement casi todas las noches después de medianoche.

Andrea está muy quieta.

—No sé por qué —digo, lo cual no es del todo cierto, tengo una forma de un porqué, tengo el contorno de un porqué en la oscuridad sin poder nombrarlo, y nombrarlo es la parte para la que no he estado lista.

—Arregló mi horno cuando se estropeó. Cargó cajas para mí. Vino a la noche de trivia. —Miro la barra—. Ha sido bueno conmigo. Eso es lo que sé.

Andrea me mira durante un largo momento con la mirada paciente y cuidadosa de una mujer que está decidiendo cuánto decir.

—De acuerdo —dice.

—De acuerdo —digo.

Termina el café. Pone la cantidad exacta de dinero en la barra, que es algo que siempre hace, el cambio exacto al céntimo, algo sobre lo que nunca he hecho comentarios y ahora no puedo dejar de pensar, y se pone la chaqueta y me mira una vez más con los ojos que lo absorben todo y no devuelven nada.

—Tienes mi número —dice.

—Tengo tu número —digo.

Se va.

Me quedo de pie tras el mostrador y escucho a la panadería haciendo su rutina de viernes por la mañana a mi alrededor y miro la puerta por la que ha salido y pienso: *tres*. Tres personas vinculadas al mismo evento, todas muertas, ocho semanas.

Pienso en *ya no será un problema*.

Pienso en la pregunta que hice a las dos de la madrugada y la respuesta que me dio y cuánto la creí, cuán completa y sin reservas la creí, y si creerla la hace verdadera o si solo me convierte en la persona que la creyó.

Vuelvo a la cocina.

Gerald está en el estante.

Lo miro durante mucho tiempo.

—Ya lo sé —digo.

No ofrece nada, ningún movimiento de tapa, ningún juicio ambiental, solo está ahí en su tarro siendo Gerald, y creo que podría ser lo más inquietante que ha hecho nunca, porque Gerald siempre tiene una opinión y la ausencia de una ahora se siente menos como

neutralidad y más como el silencio particular de alguien que te quiere y no sabe qué decir.

—Ya lo sé —digo otra vez, más bajo.

Cojo la manga pastelera.

Mis manos están firmes.

Tengo manos muy firmes. Siempre las he tenido, es lo que me hace buena en esto, el trabajo fino, las flores de azúcar y las líneas de queso crema y los hoyuelos de la focaccia, y agradezco tener las manos firmes ahora porque el resto de mí está haciendo algo considerablemente menos firme dentro de mis costillas y al menos una de nosotras necesita ser funcional.

Trazo una línea muy recta.

Pienso en Cole.

Pienso: *Necesito preguntarle*. Necesito preguntarle adecuadamente, todo, la pregunta completa, no la versión de las dos de la madrugada donde nos di a ambos la salida de la focaccia. La versión real. El cajón completo, abierto, todo sobre la mesa.

Voy a preguntarle.

Solo que no ahora mismo.

Ahora mismo tengo que pasar un viernes y un mostrador lleno de pasteles y Harold que viene a las nueve con su cumpleaños el martes y June enviándome mensajes desde el aparcamiento preguntando si ya me he enterado de lo de Julian Grant y la manga pastelera en mis manos firmes y el cajón en mi cabeza que definitivamente, absolutamente, va a ser abierto.

La tapa de Gerald hace eso.

—Dije pronto —le digo.

Capítulo veintidós

Me queda una cosa más por hacer



Reyes entró en la panadería el viernes a las ocho y cuarto y salió a las ocho y cuarenta y nueve.

Nunca se queda más tiempo del que tarda en comerse el croissant.

Estuve de pie en el callejón frente a la calle Clement todo el tiempo. Conozco la rutina de Reyes. No porque quiera, sino porque rastrear variables es como me mantengo vivo. Hoy, salió con la expresión de una mujer intentando resolver un problema matemático en su cabeza.

Se quedó en la acera, miró fijamente el escaparate de la panadería y luego subió a su patrulla y condujo hacia el este.

Me quedé allí pensando: *esto es todo entonces.*

Está investigando.

No ha encontrado nada. Si hubiera encontrado algo, lo sabría de una manera que requeriría acción inmediata, porque el trabajo está limpio y un trabajo limpio no deja bordes donde una ayudante de sheriff de un pueblo pequeño pueda engancharse.

Pero Reyes no funciona con forense; funciona con intuiciones. Estaba buscando algo que no encajaba y que no podía localizar con exactitud. Los policías que persiguen sensaciones son infinitamente más peligrosos que los que persiguen hechos, porque no se detienen cuando las cuentas cuadran.

La respuesta operativamente correcta a esta situación era simple: subir al coche de alquiler, partir el teléfono desechable por la mitad y desaparecer para siempre.

Debería irme.

El trabajo está terminado. El cuaderno tiene tres líneas. No hay nada que me retenga en Dusk Falls excepto una cosa, y esa cosa está actualmente dentro de esa panadería después de haber sido interrogada sobre mí durante treinta y cuatro minutos por una ayudante con buenos instintos y un segundo café, y la respuesta operativamente correcta a esta situación es el coche, la carretera, el número de Phil Garrett y desaparecer.

En lugar de eso, crucé la calle y entré directamente por la puerta principal de la panadería.

Margo estaba detrás del mostrador. Tenía una manga pastelera en la mano, glaseando algo que olía a canela. Cuando la campanilla sobre la puerta sonó, levantó la mirada. Su rostro hizo eso que siempre hace —esa suave y espontánea apertura que me hace querer interponerme entre ella y el resto del mundo.

Me senté en la barra. No me preguntó qué quería. Simplemente sirvió un café grande negro, lo puso frente a mí y siguió decorando.

La avalancha matutina estaba disminuyendo. Harold masticaba ruidosamente en la esquina. En el estante, Gerald la masa madre burbujeaba agresivamente. Te juro por Dios que la levadura sabía que yo era un riesgo de fuga.

—La ayudante Reyes vino —dijo Margo en voz baja, sin levantar la vista de los pasteles.

—Lo sé.

Dejó de decorar. Dejó la manga, se limpió las manos en el delantal y las colocó planas sobre el mostrador. Miró sus dedos cubiertos de harina y luego me miró directamente.

—Julian Grant murió el jueves —dijo.

—Sí.

Mantuvo mi mirada. —Cole.

—Margo.

—Voy a hacerte una pregunta —dijo, bajando aún más la voz, completamente firme—. Y necesito que no me des solo la "parte precisa" de la respuesta. Necesito la respuesta completa.

Miré su rostro. Cualquier civil normal que acabara de pasar treinta y cuatro minutos siendo interrogado por la policía sobre un extraño misterioso, justo después de que un juez local cayera muerto, estaría histérico. Margo no estaba entrando en pánico. Simplemente estaba allí, plantando los pies, exigiendo la verdad.

Su falta de autopreservación sinceramente iba a provocarme un infarto.

Pensé en la ayudante Reyes, dando vueltas en círculos.

Luego pensé en Walcott, en el motel de la Ruta 7, que ha estado callado durante cuatro días, lo cual no es un consuelo; los hombres que acechan y se quedan callados son hombres que están tomando una decisión, y la decisión siempre es un estrechamiento, siempre el movimiento de circular a aproximarse, y lo he estado viendo estrecharse durante cuatro días y el estrechamiento tiene una dirección.

—Aquí no —dije suavemente.

Ni siquiera pestañeó.

—Esta noche —le dije—. Vendré esta noche después de que cierres. Y te daré la respuesta completa.

Me miró durante mucho tiempo. Estaba haciendo lo que mejor sabía hacer: comprobar no la mentira, sino lo que se escondía debajo. Tenía los ojos más penetrantes e incómodamente perspicaces con los que jamás me habían interrogado.

Finalmente, tomó aire lentamente, asintió y volvió a coger la manga pastelera.

—Esta noche —aceptó.

Me bebí el café.

Dejé el cambio exacto en el mostrador y salí para ir a cazar a un hombre en un motel.



Walcott estaba de pie en el extremo sur del callejón a las dos de la tarde.

No fingía estar leyendo su teléfono. No estaba apoyado casualmente contra el ladrillo de la ferretería. Simplemente estaba de pie en la entrada del callejón, mirando fijamente la puerta trasera de Margo con la aterradora e absoluta inmovilidad de un hombre que ha terminado de observar y está listo para actuar.

Me detuve en la calle Birch. Lo observé.

Permaneció allí durante cuarenta segundos. Luego, sacó su teléfono, tomó una fotografía de la entrada del callejón, volvió a meter el teléfono en su chaqueta y caminó hacia el norte en dirección a la Ruta 7.

Cuarenta segundos. Una fotografía.

Eso fue todo lo que necesitó un hombre para firmar su propia sentencia de muerte en Dusk Falls.

Lo seguí de vuelta al motel barato en las afueras del pueblo. Habitación 7, planta baja, frente al asfalto agrietado del estacionamiento. A través de las finas cortinas, pude ver que no había deshecho sus maletas. Vivía de envoltorios y un portátil. Era lo suficientemente inteligente como para saber que ir al pueblo significaba ser recordado, y no podía permitirse ser recordado.

Pero no era ni de lejos lo suficientemente inteligente para sobrevivirme.

Conocía este motel. Había mapeado sus vulnerabilidades en mi tercer día en el pueblo, porque eso es lo que hago. Sabía que el dueño iba a casa de su hermana los viernes por la noche. Sabía que la recepción nocturna estaba atendida por un crónicamente exhausto chico de diecinueve años llamado Kyle que se ponía los auriculares a las ocho y quedaba en coma en la oficina trasera a las diez. Sabía que la salida de emergencia este había estado bloqueada con un ladrillo desde 2019.

Walcott pensaba que era un depredador explorando un recinto débil. No tenía ni idea de que acababa de entrar en un matadero.

Me quedé en el estacionamiento, mirando fijamente su ventana.

Pensé en Margo levantando y empujando ese pestillo pegajoso de la puerta a las 7:15 de la mañana en la oscuridad. Pensé en ella pidiéndome la *respuesta completa* esta noche. Pensé en la muy real posibilidad de que cuando finalmente le dijera la verdad —que soy un asesino a sueldo que acaba de eliminar a un juez local— me miraría con el mismo horror crudo y animal que mis objetivos.

Si le digo la verdad, podría huir. Podría decirme que nunca regrese.

Y si lo hace, necesito saber que no hay un hombre con una cámara esperándola en el callejón.

Regresé caminando a mi casa de alquiler. Me senté en la barata mesa laminada de la cocina y saqué el cuaderno.

No lo abrí en la página de *Anomalías*. No lo abrí en el nombre tachado de Julian Grant. Pasé hasta el final, a una página completamente en blanco y nítida.

Un contrato no autorizado. Fuera de los libros. Cero pago de la agencia. Riesgo profesional infinito.

Hice clic en mi bolígrafo y escribí: *Walcott. Habitación 7. Viernes por la noche. Kyle en recepción. Salida de emergencia al este.*

Me quedé mirando la tinta. He pasado once años aceptando trabajos limpios y calculados para clientes que pagan bien. Esta era la primera vez que iba a matar a un hombre simplemente porque había mirado a mi panadera de forma incorrecta. Estaba perdiendo completamente la cabeza, y ni siquiera me importaba.

El orden de operaciones estaba claro. Primero, voy a la Habitación 7. Elimino permanentemente las fotos del teléfono de Walcott, y luego elimino permanentemente a Walcott.

Después, voy a la cocina de Margo. Me siento frente a ella y su masa madre sentenciosa, y confieso múltiples delitos graves.

Cerré el cuaderno y agarré mi abrigo pesado.

¿Eres peligroso para mí? había preguntado ella.

No, le había dicho. *Nunca para ti*. Pero que Dios ayude a cualquiera que entre en su callejón.

Capítulo Veintitrés

Algo Está Pasando y No Sé Qué Es



Lo oigo antes de verlo.

Estoy arriba a las diez del viernes por la noche sin hacer nada útil, tumbada en el sofá con la rebeca y un libro del que he leído la misma página cuatro veces porque mi cerebro ha estado en la calle Clement toda la tarde esperando a Cole, y oigo la puerta trasera.

El sonido específico que hace. La resistencia del pestillo, el levantar y empujar, excepto que desde aquí arriba suena como alguien que no sabe lo del levantamiento, que solo está empujando, metal contra metal, una vez, dos veces, y luego cede de todos modos porque si empujas lo suficientemente fuerte el pestillo acaba perdiendo la batalla.

Me incorporo.

Me quedo muy quieta en el sofá y escucho y no hay nada por un momento, solo el viento y el marco de la ventana y mi propio pulso que ha tomado la decisión unilateral de ser muy ruidoso ahora mismo, y entonces oigo la puerta de abajo.

La puerta de la panadería.

La puerta de mi panadería, que cerré con llave, que sé que cerré con llave, puerta delantera, horno apagado, Gerald revisado, puerta trasera asegurada, hice todo el sistema, hago todo el sistema cada noche, y sin embargo.

Estoy fuera del sofá antes de haber decidido levantarme.

Me quedo de pie en medio de mi apartamento en calcetines y miro al suelo como si pudiera ver a través de él hasta la panadería de abajo y pienso: *vale. Vale. Esto está bien.*

Esto es algo que está sucediendo y las cosas que suceden pueden afrontarse y yo soy una persona que afronta las cosas. Afronté lo de Devon. Afronté cuando Gertrude se derrumbó frente a veinte kilos de pasteles. Afronté la tapa de Gerald en el suelo. Puedo afrontar lo que sea que esté en mi panadería ahora mismo.

Cojo mi teléfono.

Debería llamar a Andrea Reyes. Andrea Reyes me dio su número para situaciones que se sienten incorrectas y esta situación se siente incorrecta, esta situación se siente incorrecta de una manera que se ha metido en mi sangre y actualmente está dando vueltas, y el número de Andrea está justo ahí y debería marcarlo.

Pulso el nombre de Cole en su lugar.

Contesta al primer tono.

Sin hola, solo: —Dónde estás.

No *qué pasa* o *es tarde* o *quién es*, solo dónde estás, inmediatamente, completamente despierto, como si ya estuviera despierto, como si hubiera estado despierto, como si hubiera cogido el teléfono ya sabiendo.

—Arriba —susurro—. Hay alguien en la panadería.

Silencio durante medio segundo. —No bajas. Cierra con llave la puerta del apartamento. No la abras hasta que yo llame.

—Cole...

—Cuántos golpes —dice.

—¿Qué?

—Decide ahora. Cuántos golpes para que sepas que soy yo.

Mi cerebro hace esa cosa donde se pone al día con la situación más rápido de lo que me gustaría. Tres golpes significa que ha pensado en la posibilidad de que alguien más pueda llamar. Tres

golpes significa que sabía que esto iba a pasar. Tres golpes significa que la puerta trasera y el motel en la Ruta 7 y *ya no* y los treinta y cuatro minutos de Andrea Reyes y el cajón que no he estado abriendo son todos la misma cosa y estoy de pie en mi apartamento en calcetines y estoy a punto de descubrir qué hay en el cajón tanto si estoy preparada como si no.

—Tres —digo.

La llamada termina.

Cierro con llave la puerta del apartamento.

La panadería debajo de mí está haciendo sonidos que nunca ha hecho. Conozco cada sonido que hace este edificio, he vivido encima de él durante dos años, conozco el horno enfriándose por la noche y las tuberías en las paredes y la forma particular en que el viento llega desde la calle Clement y presiona contra la ventana delantera. Conozco este edificio como se conoce a una persona con la que compartes cama, todos sus ritmos, toda su respiración, y lo que estoy oyendo ahora no es ninguno de esos sonidos.

Una pisada en las baldosas de la cocina.

Otra.

Quien esté en mi cocina no tiene prisa y no se está escondiendo, y ambas cosas son de alguna manera peores que si lo estuviera haciendo, porque tener prisa significa sorpresa, esconderse significa incertidumbre, y no tener prisa significa algo completamente distinto, significa una persona que ha pensado en esto, que está cómoda, que ha tomado una decisión sobre lo que sucederá a continuación y ha llegado para ejecutarla.

Presiono mi espalda contra la puerta del apartamento.

Mi corazón está tan fuerte que puedo oírlo en mis oídos, en mi garganta, en mis manos, y miro alrededor de mi apartamento en la tenue luz de la lámpara buscando algo, cualquier cosa, y lo que tengo es un libro del que he leído la misma página cuatro veces, una manta, dos tazas de antes y una lámpara. Cojo la lámpara. La desenchufo de la pared. Es de cerámica, pesada en la base, y la sostengo con ambas manos y me quedo de pie junto a la puerta y escucho.

Las pisadas se mueven de la cocina a la panadería principal.

Se detiene.

Puedo sentir la detención. La quietud particular de una persona de pie en una habitación debajo de mí, y pienso en la distribución de la panadería, el mostrador y las estanterías de preparación y las masas madre en la segunda estantería, Gerald y Patricia y Senador, y pienso en dos años de mañanas a las cinco y cuarto y cruasanes y los zapatos de Harold y Cole en la esquina entre la niebla y siento que algo surge en mí, caliente y absoluto, que ya no tiene nada que ver con el miedo.

Esa es mi panadería.

La pisada otra vez. Moviéndose hacia el mostrador. Hacia las escaleras.

Mis escaleras.

Me alejo de la puerta. La lámpara pesa en mis manos y mis palmas están sudando y estoy mirando el pomo de la puerta, la delgada cerradura que giré, el espacio bajo la puerta donde se vería la luz del rellano si alguien estuviera al otro lado, y observo ese espacio y no respiro.

Nada.

El espacio sigue oscuro.

Espero.

Treinta segundos, un minuto, no tengo idea, el tiempo ha dejado de hacer lo que normalmente hace y ahora está haciendo algo elástico y horrible en su lugar, y observo el espacio bajo la puerta en el completo silencio de un edificio conteniendo la respiración y pienso en mi teléfono en mi mano y pienso en llamar a Andrea y pienso en los tres golpes y espero.

Entonces, desde abajo, un sonido que no entiendo inmediatamente.

Un peso. Un peso repentino, algo cayendo, algo golpeando el suelo de la panadería, y luego nada, absolutamente nada, y el silencio que sigue es tan completo y tan súbito que presiona contra mis tímpanos y me quedo de pie en el extremo más alejado de mi apartamento con la lámpara en las manos y no me muevo, no respiro, no hago nada excepto observar el espacio bajo la puerta y esperar lo que venga después.

Tres golpes.

Cruzo el apartamento en cuatro pasos.

Forcejeo con la cerradura. Mis manos, manos firmes, dos años de mangas pasteleras y flores de azúcar y trabajo fino, y ahora están temblando, temblando de verdad, y consigo abrir la cerradura y abro la puerta y Cole está en la escalera.

Dejo la lámpara en el suelo porque mis brazos han dejado de funcionar.

Él mira la lámpara. Me mira a mí.

—Cerámica —dice.

—Es pesada en la base —digo. Mi voz sale extraña, débil y ligeramente por encima de su registro normal, la voz de alguien cuyo cuerpo sigue estando hace tres minutos en la oscuridad observando el espacio bajo la puerta—. Habría servido de algo.

—Sí —dice—. Habría servido.

Doy un paso adelante y apoyo mi frente contra su pecho y cierro los ojos y respiro.

Sus brazos me rodean y me sostiene, no la versión teatral de palmaditas en la espalda, solo sus brazos y su calor, firme y real y aquí, y me quedo así hasta que mi corazón decide volver a su ritmo normal y mis manos dejan de temblar y la lámpara está en el suelo detrás de mí.

Capítulo Veinticuatro

Tomé Una Decisión Que No Estaba En Ninguna Lista



Ya estoy en la calle Clement cuando ella llama. Fui al motel a las nueve y media para resolver el problema. La habitación siete estaba completamente a oscuras. El espacio de estacionamiento frente a ella estaba vacío. En cuanto vi el asfalto vacío, una punzada fría me golpeó la base del cráneo. Puse el coche en marcha atrás y conduje directamente a la panadería para asegurarme de que ella estuviera a salvo.

He estado en la calle Clement desde las diez y me encontraba en el extremo norte de la calle vigilando la entrada del callejón cuando la puerta trasera cedió.

Vi a Walcott entrar. No se movía como un profesional; se movía como un hombre que había practicado un tipo específico de allanamiento hasta convertirlo en memoria muscular. Tenía una palanca plana. La metió bajo el pestillo, lo levantó, y entró en menos de treinta segundos.

La puerta se abrió de golpe. La puerta que ella levanta y empuja cada noche. La puerta que le dije que era segura.

Crucé la calle antes de que el pestillo hubiera dejado de vibrar.

La puerta trasera de la panadería le llevó más tiempo. Me quedé en la oscuridad del callejón y escuché cómo forzaba la cerradura. Miré fijamente la puerta forzada, la violación física del único lugar en este pueblo que olía a vainilla en vez de a pavimento mojado.

No era ira. La ira es caliente y desordenada; te hace fallar el objetivo. Esto era más frío.

Era la sensación de que se había cruzado una línea, una línea que ni siquiera me había dado cuenta de que había trazado hasta que Walcott la traspasó con sus botas embarradas y su palanca barata.

Arriba, parpadeó una luz.

Vi el cambio en la atmósfera antes de oír el zumbido en mi bolsillo. Su teléfono iluminó la ventana sobre la tienda, arrojando un cuadrado de luz pálida en la tierra del callejón.

La llamada se conectó.

—Cole —susurró. Su voz era débil, sostenida por pura fuerza de voluntad y nada más—. Hay alguien en la panadería.



La panadería cambia después del horario de cierre. Las farolas proyectan formas largas y distorsionadas a través del cristal frontal. Me moví por la cocina oscura sin hacer ruido.

Walcott estaba en la caja registradora.

Sostenía una pequeña linterna entre los dientes. Estaba forzando el cajón del dinero con la concentración tranquila y sin prisa de un hombre haciendo un trabajo rutinario antes de llegar a su objetivo real. Su bolsa de lona estaba abierta en el suelo.

Rodeé el mostrador. Walcott se giró, el haz de su linterna golpeando mi cara.

Tuvo aproximadamente un segundo para darse cuenta de que había cometido un error catastrófico.

Para hacerle justicia, no se quedó paralizado. Dejó caer la linterna y se abalanzó sobre mí, blandiendo una pesada palanca. Entré en su espacio, recibiendo el golpe de refilón en mi hombro

izquierdo porque era más rápido que esquivarlo, y lo agarré por la garganta.

Walcott cargó su peso hacia adelante, y nos estrellamos con fuerza contra el estante de acero.

El estante de Gerald.

Los frascos de vidrio traquetearon violentamente en la oscuridad. Gerald, Patricia y Senator.

Cambié mi postura, recibiendo un brutal codazo en las costillas, únicamente para desviar el impulso de Walcott para que no destrozara la harina fermentada de Margo.

Oficialmente estaba perdiendo mi eficacia como operativo letal.

Walcott aprovechó mi distracción momentánea. Era más rápido de lo que sugería su perezosa vigilancia en el motel. Arrancó su cuello de mi agarre, se retorció y me asestó un gancho de derecha en la mandíbula. Mis dientes chocaron entre sí. Mi visión se volvió blanca en los bordes durante medio segundo.

Walcott retrocedió a trompicones, recogió su bolsa de lona y salió disparado hacia la puerta trasera.

Fui tras él.

Irrumpí en el callejón. El aire helado golpeó mi cara. Walcott ya estaba en la puerta, usando su memoria muscular para levantar y empujar el pestillo pegajoso. Atravesó la puerta tambaleándose y salió corriendo hacia el norte por el oscuro callejón.

Me detuve en la puerta abierta.

Doce segundos, pensé. Puedo alcanzarlo en doce segundos y romperle el cuello. Todos los instintos que había perfeccionado durante los últimos once años me gritaban que persiguiera al objetivo y terminara el trabajo.

Entonces miré hacia arriba. La luz en el apartamento de Margo estaba encendida.

Me quedé allí en el callejón helado. Si perseguía a Walcott, estaría fuera durante veinte minutos. Volvería cubierto de sangre. Y Margo estaba allí arriba ahora mismo, sola, aterrorizada, esperando a que la policía o un asesino entrara por su puerta.

Lo dejé correr.

Di la espalda a un objetivo vivo y volví a entrar en la panadería.

Me quedé en la cocina oscura, respirando con dificultad, esperando a que mi adrenalina se estabilizara. Recogí el taburete que se había caído. Revisé el estante de preparación. Gerald, Patricia y Senator estaban todos de pie, a salvo, en fila.

—De nada —murmuré a la levadura.

Miré hacia abajo. Walcott había agarrado su bolsa, pero en el pánico, algunas cosas se habían caído al suelo. Bidas de alta resistencia. Un rollo de cinta adhesiva. Y una fotografía doblada.

Recogí la foto.

Era Margo. Tomada desde el otro lado de la calle. Estaba de pie frente a la panadería con su delantal, sonriendo a su cartel de pizarra, completamente ajena al hombre que la observaba.

Walcott no había venido por la caja registradora.

Miré fijamente la fotografía. Una certeza fría y absoluta se instaló en mi pecho. Walcott ya no era solo un objetivo. Era un hombre muerto caminando. Solo necesitaba averiguar exactamente cuánto iba a dolerle.

Metí la foto y las bidas en el bolsillo de mi abrigo. Margo no podía verlas.

Fui al fregadero y dejé correr el agua fría sobre mis manos. Mi mandíbula palpitaba con el dolor profundo y nauseabundo del hueso magullado. Me miré en el pequeño espejo sobre el fregadero. Me veía exactamente igual que siempre. Frío. Vacío. Excepto por el hecho de que acababa de dejar escapar a una amenaza porque una panadera me necesitaba.

Me sequé las manos y subí por la oscura escalera hasta su apartamento.

Llamé tres veces.

Abrió la puerta de golpe. Llevaba su enorme cárdigan y sostenía una pesada lámpara de cerámica con ambas manos como un bate de béisbol. Sus ojos estaban desencajados —una mezcla caótica de puro terror y feroz rabia alimentada por la adrenalina.

Vio mi cara. Dejó caer la lámpara. Golpeó la alfombra con un ruido sordo.

Margo dio un paso adelante, agarró las solapas de mi abrigo y enterró su cara en mi pecho.

Me quedé inmóvil. No sabía qué hacer con mis manos.

Margo se acercó. Sus dedos rozaron suavemente la piel amoratada a lo largo de mi mandíbula. El contacto fue tan increíblemente delicado que provocó una onda de choque física directamente a través de mi pecho.

—Se escapó —dije con voz áspera.

Su mano bajó. Me miró a la cara, leyendo la absoluta falta de frustración en mis ojos. —Lo dejaste ir.

Me observó durante mucho tiempo con esa mirada que penetra hasta el fondo, y fuera lo que fuese lo que encontró, respiró hondo y asintió, y luego recogió la lámpara del suelo y dijo: —Bajemos. Prepararé café, necesitas hielo.

—Lo preparo yo —dije.

Dejó escapar una risa húmeda y agotada. —Cole, ni siquiera sabes dónde está cada cosa en mi cocina.

—Estante de Gerald, segundo bote desde la izquierda. Los filtros están encima de la máquina de espresso. Las tazas están en los ganchos junto a la ventana. Tú lo tomas con un chorrito de leche de avena y un azúcar.

Margo se detuvo. Me miró fijamente. Observó mi pesado abrigo negro, mi mandíbula amoratada, y luego mi rostro completamente serio.

—De acuerdo —dijo suavemente, sin inmutarse en absoluto por el hecho de que yo aparentemente conocía íntimamente el inventario de su cocina—. Prepara tú el café.

Recogí su lámpara de cerámica del suelo, la coloqué de nuevo sobre la mesa y fui a preparar el café.

Capítulo Veinticinco

Él Me Preparó Café y Yo Se Lo Permití



Sabe dónde está todo.

Lo observo moverse por mi cocina y no abre ni un solo armario equivocado, no duda, no busca nada, simplemente va directo a ello. Los filtros encima de la máquina, las tazas en los ganchos, el azúcar en el segundo estante, y prepara el mío con un azúcar sin preguntar porque aparentemente también sabe eso, y me siento en la barra del lado del cliente por primera vez en dos años con las manos en mi regazo y lo observo y no digo nada.

No digo nada durante mucho tiempo.

Esto no es normal en mí. June lo notaría. Harold lo notaría. Gerald, actualmente en el estante detrás de Cole haciendo su cosa inescrutable, definitivamente lo nota y lo está archivando bajo desarrollos significativos. Soy una persona que habla, hablo cuando estoy feliz y hablo cuando estoy ansiosa y hablo cuando estoy asustada, es lo que hago, es mi cosa, y ahora mismo no tengo nada. Solo la observación. Solo Cole en mi cafetera con su abrigo aún puesto y su mandíbula poniéndose morada en la articulación donde alguien lo golpeó.

Pone la taza frente a mí.

Envuelve ambas manos alrededor de la suya.

Se apoya contra el mostrador de preparación y me mira y yo le devuelvo la mirada a través del mostrador, y la panadería está silenciosa a nuestro alrededor, el horno apagado, Gerald en su estante, la ventana frontal mostrando la calle Clement haciendo su cosa matutina vacía, y pienso: *alguien estuvo aquí esta noche. Alguien estuvo en mi cocina.*

—¿Por qué mi panadería? —pregunto, con voz delgada y áspera. Cole mira su café negro.

—Cole. No dejamos efectivo en la caja registradora durante la noche. La máquina de espresso está atornillada al mostrador. ¿Por qué un ladrón escogería esta puerta?

Permanece en silencio un momento.

—Eras una puerta —dice.

Lo miro fijamente—. ¿Una puerta?

—Para la ferretería de al lado —dice con suavidad, su voz cayendo en ese tono constante y objetivo que usa cuando explica termostatos rotos.

—Comparten una pared de ladrillo con tu almacén. Su muelle de carga tiene cerrojo y está cableado, pero tu puerta trasera tiene un pestillo que se atasca. Quería una forma de entrar a su inventario. La panadería era simplemente la ruta más accesible.

Me mira. Su expresión es completamente sólida, ofreciéndome exactamente el salvavidas que desesperadamente necesito.

—No se trataba de ti, Margo —dice suavemente—. Nunca se trató de ti.

Dejo escapar un suspiro que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. Mis hombros bajan un centímetro. El terror puro y abrumador de ser *cazada* comienza a drenarse de la habitación, reemplazado por la molestia mundana de daños a la propiedad. Era solo un ladrón tratando de robar herramientas eléctricas.

Miro mi taza. El café está perfectamente preparado. El único azúcar está haciendo exactamente lo que se supone que debe hacer el azúcar. Lo preparó correctamente sin que se lo pidiera, y luchó

contra un hombre en la oscuridad total para mantener mi cocina a salvo.

Tengo un cajón mental en mi cabeza. Dentro de ese cajón hay una lista que crece rápidamente de preguntas aterradoras sobre Cole. *¿Cómo sabías que vendría?*

Miro el cajón. Está lleno, pesado y extremadamente real.

Y entonces mentalmente lo cierro de golpe.

Esta noche no. Esta noche, no tengo el ancho de banda emocional para el cajón completo. Esta noche, solo quiero el café caliente, la panadería silenciosa y la presencia sólida y pesada de Cole de pie en mi mostrador, negándose a irse.

Envuelvo mis manos alrededor de mi taza caliente.

—¿Te duele la mandíbula? —pregunto.

—No.

—Va a verse terrible mañana.

—He tenido peores.

Lo miro—. Lo creo completamente —digo, y él me mira y algo se mueve por su rostro, la casi-sonrisa, la evidencia geológica de una.

—Tenía una lámpara —digo.

—Lo vi.

—Iba a golpear a alguien con ella.

—Lo sé.

—¿Habría sido una buena idea?

Lo piensa.

—La base era sólida —dice—. Buen peso. Habrías tenido una oportunidad.

—La habría aprovechado.

—Sí —dice, y esta vez la casi-sonrisa va un grado más allá, alcanza algo, y lo siento en mi pecho como siempre lo siento, cálido y ligeramente devastador—. Sé que lo habrías hecho.

—No entiendo qué está pasando —digo—. No entiendo la mayor parte.

—Lo sé —dice Cole.

—¿Vas a explicarlo?

Mira su café.

—Esta noche no —dice.

Debería insistir. La antigua Margo insistiría, obtendría la información porque la información es cómo te proteges, Devon me enseñó eso, la ausencia de información es una herida esperando a suceder. Pero miro a Cole en mi mostrador con una mandíbula amoratada y ambas manos alrededor de su taza y pienso en los tres golpes y la puerta y estar en el apartamento con una lámpara temblando en mis manos y sus brazos alrededor de mí en la escalera y pienso: *Esta noche no.*

Esta noche solo quiero esto.

—De acuerdo —digo.

Él levanta la mirada.

—Esta noche no —digo—. Pero Cole. Pronto.

—Sí —dice. Y luego, en voz baja—: Te lo contaré todo. Cuando pueda.

Lo miro, acabo de decir que está bien, que esta noche no, como si fuera una persona que hace eso, que acepta la versión parcial y espera la completa con algún tipo de paciencia.

Resulta que soy esa persona.

Con él, al parecer, soy esa persona.

Me bajo del taburete. Rodeo el mostrador y me coloco a su lado en la encimera de preparación y me apoyo junto a él y él se mueve ligeramente para hacerme sitio sin mirar hacia abajo y nos quedamos allí uno al lado del otro en la tranquila panadería y extendiendo la mano y la pongo sobre la suya en la encimera.

Él mira mi mano.

Gira la suya.

Nos quedamos así un rato. Es lo más asustada que he estado en mi vida adulta y también lo más acompañada, y ambas cosas son ciertas al mismo tiempo y no sé qué hacer con eso excepto quedarme aquí y dejar que sea verdad.

—Deberías dormir —dice finalmente.

—Tú deberías dormir —le respondo.

—Estoy bien.

—Tu mandíbula tiene el color de una berenjena.

—Eso es una exageración.

—Dale cuatro horas.

Me mira. Lo miro.

—Quédate —digo, y sale del lugar honesto, como siempre, ese lugar que no me consulta primero—. En el sofá. No te estoy pidiendo que... Solo. No te vayas esta noche.

Cole se queda callado.

—Cole.

—Sí —dice. Solo sí. El mismo sí que con la focaccia y la noche de trivia y el café en Clement Street aquella primera mañana.

Le traigo una manta del armario del descansillo, la vieja manta verde que está ahí desde la época de mi abuela, y la coloco en el sofá y le traigo un vaso de agua y me quedo en la puerta del salón mirándolo sentado en mi sofá con la manta verde sobre las piernas.

Parece muy cansado.

—Buenas noches, Cole —digo.

Me mira desde el otro lado de la habitación. —Buenas noches, Margo.

Me voy a la cama.

Dejo la puerta abierta y cierro los ojos.

Capítulo Veintiséis

Termino Lo Que Empiezo



S alí de su apartamento a las 5:15 de la madrugada. Por fin estaba dormida, su respiración se había estabilizado en un ritmo lento y constante detrás de la puerta de su dormitorio. Yo estaba tumbado en su incómodo sofá, cubierto con una suave manta verde tejida, mirando fijamente al techo.

Pensé en Walcott corriendo por el callejón oscuro. Sentí el peso de mi abrigo colgado sobre la silla, la fotografía doblada de Margo guardada con seguridad en el bolsillo. Pensé en el sonido que ella hizo cuando se dio cuenta de que alguien había estado en su cocina —una inspiración silenciosa y brusca. Le había contado la mentira de la ferretería para devolver la luz a sus ojos, pero la fotografía en mi bolsillo era una sentencia de muerte.

Me quité la manta verde de encima.

Tenía que irme porque si me quedaba hasta que ella despertara, me prepararía el desayuno, y yo simplemente me negaría a abandonar este edificio nunca más. Y ahora mismo, el no-irme no era una opción. Tenía una cita en un motel.

Doblé la manta verde con precisión militar y la coloqué sobre el brazo del sofá. Miré su dormitorio durante mucho tiempo, imaginándola en la oscuridad con la lámpara finalmente apagada. Luego agarré mi pesado abrigo y bajé silenciosamente las escaleras hacia la panadería.

Las farolas se filtraban por la ventana delantera, proyectando largas sombras grises.

Pasé junto al estante de preparación y me detuve.

Gerald estaba en la estantería.

Su tarro de cristal captaba la tenue luz del amanecer que venía de la calle. Me quedé allí en la oscuridad mirando fijamente la masa madre. Pensé en cómo la estantería metálica había vibrado violentamente cuando Walcott y yo chocamos contra ella, y cómo Gerald había mantenido su posición. Margo hablaba con él cada mañana. Él había estado vigilando esta cocina mucho más tiempo que yo, y seguiría aquí después de que yo me fuera y sabía cosas sobre esta cocina que yo desconocía.

Me acerqué al estante.

—Vigíla —murmuré al tarro.

Gerald burbujeó una vez, un lento y viscoso estallido de aire fermentado. Decidí tomarlo como una respuesta afirmativa de un colega profesional.

Me di la vuelta, abrí la puerta principal y me deslicé hacia la fría mañana para ir a arruinar la vida de un hombre.



WALCOTT NO ESTABA EN EL MOTEL.

Lo supe incluso antes de aparcar el coche. La habitación 7 estaba completamente a oscuras. La barata cortina de poliéster colgaba medio descolgada de su riel, arrancada violentamente en un pánico ciego.

El espacio de estacionamiento frente a su puerta estaba vacío.

Me quedé en el helado aparcamiento a las 5:40 de la mañana, mirando la mancha fresca de aceite donde solía estar su coche.

Había corrido directamente desde el callejón de Margo, había metido su patética vida en una bolsa de lona y había huido.

Bien.

Huir significa que estás aterrorizado. Aterrorizado significa que cometes errores. Y los errores dejan un rastro que hasta un ciego podría seguir.

Encontré el inicio de su rastro treinta minutos después en una deprimente gasolinera iluminada con fluorescentes justo en la Ruta 7.

El cajero del turno de noche era un tipo llamado Gary que parecía sobrevivir únicamente a base de vapor de cigarrillo electrónico y apatía. Deslicé dos billetes nuevos de cien dólares sobre el mostrador pegajoso y le sugerí que fuera a la trastienda y se quedara mirando su teléfono durante diez minutos. Gary poseía la flexibilidad ética y los instintos de supervivencia de un verdadero profesional. Tomó el dinero y desapareció sin decir palabra.

Salté el mostrador y accedí a las grabaciones de seguridad.

Ahí estaba. A las 2:17 de la madrugada, un Honda Civic azul oscuro frenó bruscamente en el surtidor cuatro. Walcott prácticamente vibraba mientras echaba gasolina. No dejaba de mirar por el retrovisor, mirando hacia Dusk Falls como si tuviera a la parca justo detrás.

No se equivocaba. Solo se había adelantado unas horas.

Capté parte de la matrícula cuando salió disparado de la estación, dirigiéndose hacia el sur.

Era toda la información que necesitaba. Limpié mis huellas del teclado, salí de la tienda y volví a mi coche de alquiler.

Lo puse en marcha y me dirigí hacia el sur. Tenía que eliminar permanentemente a un hombre del censo, y realmente necesitaba hacerlo antes de que Margo se quedara sin bollos de cardamomo de la mañana.



Lo curioso de los hombres asustados es que creen que la geografía es mágica.

Ponen sesenta y cinco kilómetros entre ellos y el monstruo en la oscuridad, y empiezan a revisar el espejo retrovisor. Cuando el espejo sigue vacío, se convencen de que la distancia funcionó. Entran en un restaurante bien iluminado porque tienen hambre, y porque una habitación llena de gente les da sensación de seguridad.

A las 7:45 de la mañana, Walcott entró en un restaurante grasiento a sesenta y cinco kilómetros al sur de Dusk Falls.

Aparqué al otro lado de la carretera y lo observé a través de la ventana. Tomó una mesa contra la pared del fondo para poder mirar hacia la puerta. Pidió huevos y tostadas. Revisó su teléfono cuatro veces en diez minutos, y cada vez que lo dejaba, sus hombros se relajaban otro poco. Oficialmente se estaba tranquilizando.

Pensé en lo que habría en ese teléfono.

Pensé en la fotografía de Margo en mi bolsillo. Y pensé en las otras fotos que sin duda estarían en su galería. Otros pueblos. Otros callejones. Otras mujeres sacando sus cubos de basura a la acera temprano por la mañana. Walcott tenía la arquitectura de un depredador que nunca había sido detenido. Estaba acostumbrado a forzar las cerraduras de personas que no podían defenderse.

Solo tuvo la suprema desgracia de forzar la cerradura de la única panadería en Norteamérica custodiada por un asesino aburrido y obsesivo.

A las 8:20 de la mañana, Walcott salió del restaurante con un vaso de café de papel. Metió la mano en su bolsillo para sacar las llaves del coche. Entonces levantó la mirada y me vio apoyado contra el maletero de su Honda Civic azul oscuro.

Se quedó completamente inmóvil.

Mi mandíbula palpitaba. Me la había revisado en el espejo del baño de Margo antes de salir de su apartamento, y tenía el color de una berenjena magullada. Estaba profundamente molesto. La primera vez que intentaba impresionar a una mujer y Walcott me había arruinado la cara justo antes de la conversación crucial. Solo por eso merecía la pena capital.

Miré a Walcott. Él me miró a mí.

Sus ojos hacían cálculos frenéticos y aterradores. Estaba buscando una salida. Correr era toda su estrategia de supervivencia; era el movimiento que había funcionado en todos los otros pueblos. Dejó caer su café, giró sobre sus talones y salió disparado pasando el contenedor de basura hacia la parte trasera del aparcamiento.

Ni siquiera suspiré. Simplemente fui tras él.

El estacionamiento daba a un camino de servicio, que descendía hacia un campo plano, congelado y embarrado. Walcott logró avanzar exactamente cuarenta metros en el barro antes de que lo atrapara. No lo placé; simplemente agarré la parte trasera de su chaqueta y usé su propio impulso de pánico para barrerle las piernas.

Cayó pesadamente sobre el suelo helado. Se arrastró hasta quedar boca arriba, jadeando por aire, y me miró. Su cara estaba pálida y brillante de sudor. Parecía lo que era: un acosador de nivel medio dándose cuenta de que acababa de entrar corriendo en lo más alto de la cadena alimentaria.

Me agaché en el barro.

El campo estaba en completo silencio. Un único cuervo graznó desde los árboles desnudos junto al camino de servicio. Miré a Walcott temblando en el suelo húmedo, y pensé en la fotografía en el bolsillo de mi abrigo. Margo, sonriendo frente a su pizarra, totalmente ajena al peligro que la observaba desde el otro lado de la calle.

—El teléfono —dije. Mi voz era completamente plana.

Me miró fijamente, con el pecho agitado.

—¿Dónde está, Walcott?

—Yo no...

—Walcott —dije suavemente.

Dejó de intentar mentir. Solo me miraba fijamente. Se estaba tomando su tiempo para responder, no porque fuera valiente —los cobardes como él no saben lo que es la valentía—, sino porque entregar el teléfono significaba reconocer que la persecución había terminado. Walcott era un hombre que sobrevivía al nunca llegar al final del camino. Siempre había otro pueblo, otro restaurante, otro kilómetro de carretera.

Pero mirando mi rostro en el barro helado, finalmente lo entendió. Se le había acabado la carretera.

El cuervo en la línea de árboles graznó una vez más, y luego quedó en completo silencio.



Me quedé sentado en el coche de alquiler durante mucho tiempo con el motor apagado.

Walcott ya no era un problema.

Su teléfono desbloqueado estaba en el asiento del copiloto. Inicialmente, una parte imprudente de mi cerebro quería dejarlo en la puerta de la ayudante Andrea Reyes en Dusk Falls. Pero Reyes acababa de pasar treinta y cuatro minutos interrogando a Margo. Dejar un paquete anónimo de justicia vigilante en su puerta justo después de que Julian Grant cayera muerto era un suicidio.

En su lugar, iba a conducir dos condados más allá y dejar el teléfono en un buzón postal dirigido a la Policía Estatal, junto con una nota sin firmar que simplemente decía: *Comprueben los otros pueblos*.

No dejo migas de pan para la policía. Viola todos mis protocolos operativos. Pero Walcott no era un profesional. Era un depredador caótico y descuidado que tenía la costumbre de cazar mujeres que no podían defenderse. Detesto la chapuza. Estaba sacando la basura porque ofendía mis sensibilidades profesionales.

Además, era exactamente lo que Margo querría que hiciera, y aparentemente todo mi sistema nervioso central había sido secuestrado por una mujer que discutía con tarros de levadura.

No abrí mi cuaderno.

Este asesinato no iría en el registro. El contrato de Dusk Falls — Cross, Baines, Grant— era un trabajo limpio y profesional. Tenía un cliente, un pago y una razón lógica. Walcott era una ejecución fuera de los libros. Era solo yo, de pie en un campo embarrado y helado, borrando a un hombre simplemente porque se atrevió a tomar una fotografía de mi panadera.

Durante años he sabido exactamente lo que soy.

Esta mañana, esa línea no solo se difuminó. Se hizo añicos. Había eliminado a un hombre puramente por una rabia aterradora y posesiva, y mientras estaba sentado mirando el campo plano y marrón de noviembre, me di cuenta de algo aún peor.

No me sentía mal en absoluto.

Un cuervo graznó desde la línea de árboles. Giré la llave en el contacto.

Puse el coche en marcha y me dirigí al norte. Cuarenta kilómetros de vuelta a Dusk Falls. Necesitaba pisar el acelerador, porque un repentino y frío temor se estaba instalando en mi estómago que no tenía nada que ver con las fuerzas del orden.

Había dejado a Margo dormida. Tenía que cazar la amenaza para mantenerla a salvo. Pero desde su perspectiva, el hombre aterrador que acababa de pelear con un intruso en su cocina a oscuras había desaparecido en el aire antes del amanecer, dejándola completamente sola en un edificio comprometido.

Iba a estar absolutamente furiosa.

Estaba realmente sudando ante la muy real posibilidad de que una panadera de un metro sesenta me lanzara una pesada taza de cerámica a la cabeza en cuanto cruzara su puerta.

Me merecía la taza. Le debía la respuesta completa, sin adornos y manchada de sangre, y me iba a sentar en su mostrador y dársela, incluso si eso hacía que me mirara como lo hacía el resto del mundo.

La carretera estaba vacía, extendiéndose plana y gris bajo la luz de la mañana temprana. Conduje, y pensé en la forma aterradora y hermosa en que había sostenido esa lámpara de cerámica como un bate de béisbol, lista para luchar por su hogar.

Pisé el acelerador.

Mi vida era una serie de moteles baratos, discos duros borrados y asientos de copiloto vacíos. Nunca he mirado por el retrovisor y sentido otra cosa que no fuera alivio.

Pero hoy, conduciendo por la Ruta 7, me di cuenta de la verdad más peligrosa de toda la misión.

Estaba regresando.

Capítulo Veintisiete

Sé lo que sé



Me despierto a las siete y doce y sé inmediatamente que se ha ido.

No porque lo haya oído marcharse. Porque el apartamento tiene esa cualidad que solo tiene cuando estoy sola en él y me quedo un momento tumbada en la cama escuchándolo y pienso: *ha doblado la manta*. Sé que ha doblado la manta igual que sé que los cojines del sofá estarán de nuevo en su sitio, porque Cole es una persona que deja las cosas como las encontró.

Me quedo ahí tumbada.

Miro al techo.

Tengo, como es bien sabido, una relación complicada con las mañanas después. No ese tipo de mañana después, sino este tipo, el tipo en que ha ocurrido algo y la noche lo ha metabolizado en algo que tienes que mirar claramente a la luz del día sin la adrenalina haciendo el trabajo de suavizarlo por ti. Devon estaba lleno de mañanas después como esta. Mañanas en las que me quedaba en la cama y sentía la forma de la noche anterior y pensaba: *vale, pero ¿qué significa esto realmente?* Mañanas en las que el qué-significa-

esto-realmente resultaba ser complicado y luego más complicado y luego una implosión vital y una panadería en Dusk Falls.

Ahora soy muy buena con las mañanas después.



La manta está doblada. Por supuesto que lo está. Doblada con la precisión de un hombre que no hace nada a medias, esquinas alineadas, un pulcro rectángulo sobre el brazo del sofá, y me quedo en el umbral de la puerta del salón con mi cárdigan y la miro y pienso en el hombre que durmió bajo ella y se marchó antes de que yo despertara y que actualmente está haciendo algo cuyos detalles desconozco en un lugar que no sé.

Me quedo ahí de pie y pienso: *vale, Margo. Hagamos esto.*

Hagamos eso de alinear todo a la luz del día y mirarlo y decidir qué es lo que realmente sabemos y qué es lo que nos estamos contando a nosotros mismos y cuál es la diferencia entre esas dos cosas.

Bajo las escaleras.

Gerald está en su estante haciendo su cosa matutina. Patricia es cooperativa, como se anunciaba, como siempre. Senador está ligeramente inclinado hacia la izquierda, que es la condición permanente de Senador y lo he aceptado. Me hago un café. Me apoyo en la encimera de preparación con ambas manos alrededor de la taza y miro a Gerald y digo: —Vale. Repasémoslo.

Gerald no dice nada.

—Lo sé —digo—. Yo hablaré.



LO QUE SÉ:

1. Cole Mercer no existe en internet.
2. Se mudó a Dusk Falls en septiembre.
3. Toma el café solo, como un psicópata.

4. Suelta datos de patología forense en conversaciones normales como si nada.

5. Sabía que había un tipo espeluznante vigilando mi callejón antes que yo, y su solución fue acechar al acechador en lugar de llamar a la policía.

Ah, y tres personas vinculadas al mismo turbio escándalo local han muerto por “causas naturales” increíblemente convenientes en las exactas semanas que Cole ha estado en el pueblo.

Miro fijamente mi taza de café.

Repasemos las pruebas. El hombre es una bandera roja andante y parlante. Es un desfile entero de banderas rojas. Es un desfile militar soviético de banderas rojas.

Miro a Gerald.

—Lo sé —digo en voz alta.

Gerald permanece en su estante, burbujeando con lo que solo puedo suponer que es decepción fermentada.

—No me mires así —le digo al tarro—. Soy consciente de las matemáticas aquí.

La horrible e inevitable verdad a la que tengo que enfrentarme a la fría luz de la mañana es que he sabido esto desde hace tiempo. No tenía el título exacto del trabajo —¿Sicario? ¿Limpiador de la mafia? ¿Demonio vengativo del bosque?—, pero conocía la *vibra*. ¿Y qué hice con esta aterradora revelación? ¿Llamé a las autoridades? ¿Cerré mis puertas con llave?

No. Le hice café. Lo invité al trivial del pub. Coqueteé con él sobre bollos de cardamomo. Prácticamente le supliqué que durmiera en mi sofá para no estar sola en la oscuridad.

Cojo mi taza. La dejo. La vuelvo a coger. Mi cerebro está fallando.

Cole no me ha dado básicamente nada.

Pero lo aterrador es que la nada que me da es completamente real.

Sé lo que es Cole.

Vale, de acuerdo, no sé su título exacto en LinkedIn.

“¿Solucionador de problemas freelance?” “¿Asesino consultor?” Pero conozco el género.

Simplemente he estado metiendo todas estas evidentes y ensangrentadas banderas rojas en un cajón mental y apoyando todo mi peso contra él.

Bueno, ya es de mañana. El sol ha salido. Y el cajón está atascado. Ya no se cierra.

Me quedo de pie en medio de la panadería de mi abuela, mirando la harina que cubre mis manos.

Necesito saber.

No necesito toda su historia de origen como villano. No necesito las coordenadas GPS de los cadáveres. Conozco mis propios límites, y estoy bastante segura de que me desmayaría si me entregara toda esa información de golpe. Solo necesito que se pare en mi cocina, me mire a los ojos y diga las palabras reales. Necesito la verdad para poder decidir finalmente si mi futuro implica huir al bosque o simplemente hornear muchos pasteles-coartada.

Eso es todo. Solo una simple y casual confesión matutina.

Saco el teléfono del bolsillo de mi delantal y miro fijamente su nombre de contacto.

¿Cómo le mandas un mensaje a un tipo para preguntarle si es un asesino? ¿Hay algún emoji para eso? ¿Un cuchillito y un signo de interrogación?

Escribo: *Ven a tomar café cuando vuelvas. Tengo preguntas. Y esta vez no quiero la versión edulcorada. Quiero la respuesta completa.*

Me quedo mirando el cursor parpadeante. Parece demasiado intenso. Parece una trampa. Los tipos con sus habilidades probablemente tienen radares muy sensibles para detectar trampas.

Rápidamente añado: *El horno está encendido. Y Gerald está de un humor...*

Pulso enviar antes de que mis instintos de supervivencia puedan activarse y arrojar el teléfono al triturador de basura industrial.

Levanto la mirada hacia Gerald en su estante.

Simplemente existe en su habitual estado de agrio y ambiental juicio. Pero siento que culpar a la levadura suaviza el tono agresivo de mi solicitud de interrogatorio, y lo mantengo.

Mi teléfono vibra contra mi palma. Me sobresalto como si fuera a detonar.

Una palabra: *Sí*.

Suelto un suspiro que sabe ligeramente a pánico.

Tres segundos después, aparece un segundo mensaje en la pantalla: *Gerald siempre está de humor*.

Debajo de la capa de puro terror vibrante porque estoy a punto de interrogar a un hombre potencialmente muy peligroso antes de haberme tomado mi segunda taza de café, hay algo más.

Una extraña y absoluta certeza. Se asienta en el fondo de mi estómago como una bola de boliche. O como la pesada base de una lámpara de cerámica horrible perfectamente capaz de causar un traumatismo contundente si la situación lo requiere. Estoy aterrorizada, sí, pero también estoy completamente segura de que estoy haciendo lo correcto. No estoy huyendo. Me quedo.

Alguien llama al cristal de la entrada.

Doy un salto tan alto que casi me provoco una conmoción cerebral con las ollas de cobre colgantes.

Me acerco sigilosamente a la parte delantera de la tienda y miro por el hueco de las persianas. No es Cole. Es Harold. Está presionando su cara contra el cristal, escudriñando la panadería a oscuras con la expresión de pánico de un hombre mayor cuya sagrada rutina matutina ha sido violentamente descarrilada.

El cartel en la puerta todavía dice *Cerrado*.

Abro el cerrojo y entreabro la puerta lo justo para asomar la cabeza hacia la helada niebla.

—Harold.

—No has abierto —dice, mirándome como si me hubiera salido una segunda cabeza—. Son más de las ocho. Siempre abres a las seis. ¿Se ha caído la red eléctrica? ¿Estamos bajo ataque?

—Me he quedado dormida —miento, apoyándome en el marco de la puerta e intentando proyectar *agotamiento casual* en lugar de *espiral existencial*—. Creo que estoy agotada, Harold. Voy a mantener la tienda cerrada hoy. Me tomo un día para la salud mental.

Harold me mira con recelo. Examina atentamente mi rostro, claramente escaneando mis pupilas en busca de señales de una situación de rehenes o una conmoción cerebral. —¿Estás bien? Te ves... nerviosa.

—Estoy perfectamente bien. Solo severamente descafeinada y sobrecargada de trabajo. —Levanto un dedo—. Espera ahí. No llames a la Guardia Nacional.

Me retiro a la cocina, sirvo su café negro habitual en un vaso para llevar y cojo una bolsa de papel. Meto dos de los croissants de almendra que sobraron ayer. Tienen un día, pero aun así están mejor que mis decisiones de vida actuales.

Regreso a la entrada y paso la ofrenda de paz por la rendija de la puerta.

—Invita la casa —le digo—. Desayuno de campeones. Considéralo un soborno para que aceptes mi cartel de cerrado y no te preocupes por mí.

Harold toma el café y la bolsa. Los sopesa en sus manos. Todavía parece muy suspicaz ante mi excusa de “día para la salud mental”, pero la promesa de bollería gratis finalmente gana a su preocupación cívica.

—De acuerdo —gruñe, dando un sorbo al café—. Descansa un poco. Cierra con llave.

—Siempre lo hago —digo, cerrando la puerta.

Echo el cerrojo, pongo los seguros y cierro bien las persianas. La panadería está oficialmente cerrada. Ahora, solo estamos yo, Gerald y la inminente llegada de un hombre que potencialmente sabe cómo deshacerse de un cadáver.

Capítulo Veintiocho

Ella me pidió que no mintiera



Regresé a Dusk Falls a las 10:40 de la mañana.

Pasé de largo frente a la deprimente casa de alquiler en la calle Aldren sin siquiera tocar los frenos. No me importaba. Mi cuaderno estaba en la guantera, mi equipo táctico en el maletero, y el casero podía quedarse con el depósito de seguridad. Nada de eso importaba porque treinta kilómetros atrás, mi teléfono había vibrado con un único mensaje de texto de Margo: *Hoy cerré la tienda. La puerta principal está abierta cuando regreses.*

Había cerrado la tienda. Margo no cerraría la panadería ni por un huracán; el hecho de que hubiera volteado el letrero por mí me oprimía el pecho.

Aparqué al otro lado de la calle Clement. Me quedé sentado en el coche en marcha mirando fijamente la oscura ventana frontal. La mandíbula me palpitaba con el dolor profundo y nauseabundo de un hueso que mañana tendría un aspecto absolutamente espectacular. Pero el dolor físico no era nada comparado con el fracaso masivo que estaba ocurriendo en mi cerebro.

Había pasado los últimos sesenta y cinco kilómetros intentando averiguar exactamente qué iba a decirle.

No tenía absolutamente nada.

He pasado once años controlando cada variable en cada habitación en la que entro. Puedo calcular los puntos débiles de un edificio en treinta segundos. Puedo planear un asesinato mientras espero en la fila para un café. Pero sentado en un sedán de alquiler, preparándome para entrar en una cocina silenciosa y decirle a una mujer con un delantal manchado de harina que soy un monstruo profesional, mi cerebro no me proporcionaba más que ruido blanco.

Nunca había hecho esto antes. Nunca me había sentado frente a alguien que ya sospechaba lo peor de mí y aun así había elegido entregarle el arma cargada. Nunca había desmantelado intencionadamente el muro entre mi historia de cobertura y la sangrienta verdad.

Principalmente porque nunca había querido quedarme antes.

Quería quedarme, y estaba a punto de darle todas las razones lógicas para echarme.

Miré hacia la acera. Harold estaba sentado en el banco público fuera de la oscura panadería. La tienda estaba cerrada, pero él estaba sentado allí leyendo su periódico doblado de todos modos. La rutina es rutina, y Harold no era nada si no terco.

Terminó su artículo. Dobló el periódico con la precisa nitidez de un anciano que odia el cambio, se levantó y luego se volvió y miró directamente al otro lado de la calle hacia mi coche.

No parecía sorprendido de verme. No parecía sospechoso. Simplemente me miró fijamente durante tres largos segundos, y luego me dio un único asentimiento. Era el veredicto reacio de un hombre que me había estado evaluando silenciosamente durante semanas y que finalmente había decidido que yo era un peligro aceptable para dejar cerca de su panadera favorita.

Harold se dio la vuelta y caminó por la calle Clement. El pueblo había hablado.

Apagué el motor. Respiré hondo y salí del coche.



Ella estaba esperando detrás del mostrador cuando entré. Tenía las manos hundidas en un bol de acero inoxidable, pero en el momento en que sonó la campanilla, levantó la mirada. Sus ojos pasaron por alto mi cara y se fijaron inmediatamente en mi mandíbula. El moretón se había intensificado durante la noche, pasando de un dolor sordo a un espectacular color berenjena furioso.

Se quedó mirándolo. Su expresión era una clase magistral de alguien que siente una emoción muy grande y violenta y decide procesarla en silencio.

—Siéntate —dijo.

Me senté en un taburete en el lado del cliente del mostrador.

Ella se lavó las manos, se las secó en el delantal y preparó el café sin hablar. Sirvió dos tazas —la mía negro, la suya con un azúcar. Rodeó el mostrador con ellas, sacó el taburete junto al mío y se sentó de modo que quedó frente a mí.

Envolvió ambas manos alrededor de su taza caliente. Respiró lentamente.

—Bien —dijo.

—Bien.

Miró sus manos por un momento, ordenando sus pensamientos. Cuando volvió a mirar hacia arriba, sus ojos estaban completamente serenos. —No voy a pedirte cosas que no puedas darme, Cole. No necesito una lista de nombres, ni fechas, ni una historia de origen sobre cómo aprendiste a pelear en la oscuridad. Pero necesito la respuesta completa para este pueblo. —Hizo una pausa, bajando la voz a ese tono cuidadoso que usaba cuando las palabras importaban —. Necesito saber qué eres. De ti. En voz alta.

La miré.

La panadería estaba en completo silencio. La pálida luz de noviembre se filtraba por la ventana frontal, iluminando el fino polvo de harina en su clavícula y el cálido marrón de sus ojos.

No quería mentirle.

—Soy un contratista —dije, manteniendo mi voz plana y uniforme—. Encuentro personas que han hecho cosas que el sistema legal no puede o no quiere castigar. Y me aseguro de que esas cosas no queden sin respuesta.

Ella mantuvo mi mirada. No se inmutó. —Personas como Alan Cross.

—Sí.

—Y Sheryl Baines.

—Sí.

—Y Julian Grant.

—Sí.

Tomó su café, dio un sorbo y miró por la ventana frontal hacia la calle Clement.

—June consiguió los registros de tierras hace unas semanas —dijo Margo en voz baja—. Sabíamos que Cross, Baines y Grant estaban involucrados en el desarrollo del lado este. Sabíamos que expulsaron a la familia Hartley, junto con otras treinta familias. Pero perder una casa no suele traer a un hombre como tú al pueblo veintidós años después.

Me miró de nuevo.

—¿Por qué fue tan malo, Cole?

—La empresa de desarrollo de Cross reubicó a esas treinta familias de bajos ingresos en una cuenca en el borde sur del condado. Sheryl Baines falsificó los informes ambientales del suelo para aprobar la zonificación. Y el juez Grant firmó las órdenes de desalojo y selló legalmente las apelaciones posteriores.

Margo frunció el ceño.

—¿Qué tenía de malo el suelo?

—TCE —dije—. Disolvente industrial de una antigua planta manufacturera. Se había filtrado al agua subterránea. Esas treinta familias lo bebieron, se bañaron en él y cocinaron con él durante una década antes de que alguien pudiera demostrarlo. Raymond Hartley murió de leucemia. Una docena de niños no llegaron a la secundaria. Para cuando las demandas colectivas ganaron algo de tracción, el plazo de prescripción había expirado convenientemente. Cortesía de Julian Grant.

Margo me miró fijamente. El color había desaparecido de su rostro. Era una mujer que alimentaba a la gente para demostrar que se preocupaba por ellos; la idea de envenenar a una comunidad por un beneficio inmobiliario le resultaba fundamentalmente incomprensible.

—Asesinaron a esa gente —susurró.

—Sí.

—Y alguien finalmente te pagó para equilibrar la balanza.

—Soy un contratista independiente —dije con cuidado—. Me contrató un sindicato que representa a las familias sobrevivientes. Juntaron su dinero durante veinte años para poder pagar la tarifa de mi agencia.

Margo bajó la mirada hacia la barra de madera. Estaba dándole vueltas en la cabeza. Era una panadera en un acogedor pueblo pequeño, sentada junto a un hombre que acababa de admitir tres asesinatos premeditados, y estaba haciendo cálculos morales.

—¿Importa quién te pagó? —preguntó en voz baja.

—¿Para mí? —pregunté—. No. El trabajo es el trabajo.

Asintió una vez.

—Vale. Lo entiendo.

Tomó otro sorbo de su café, fortaleciéndose, y luego cambió de tema.

—El hombre de anoche. El que entró.

—Walcott.

—¿Era parte del contrato?

—No —dije, tensando la mandíbula al mencionar el nombre—.

Era un vagabundo. Completamente ajeno.

Finalmente levantó la mirada, entrecerrando ligeramente los ojos.

—Sabías que estaba vigilando mi callejón.

—Sí.

Se queda callada otra vez. Afuera, un coche pasa por la calle Clement. Sin prisa. Solo la mañana de martes de alguien. La luz que entra por la ventana frontal cambia cuando una nube cubre el sol.

—¿Se ha ido? —dice.

Sostengo su mirada.

—Sí —digo.

Asiente. Un pequeño asentimiento, recibiendo información, ubicándola. No pregunta cómo. No pregunta dónde. Pienso en el barro congelado del campo y me doy cuenta de que ya conoce la forma del *cómo*. Ha tomado su decisión sobre los detalles, que es que no los necesita.

Meto la mano en el bolsillo de mi abrigo.

Había pensado quemar la fotografía. Mi primer instinto, mi único instinto, era mantener la evidencia de la amenaza lo más lejos posible de ella. Pero entré aquí para dismantelar el andamiaje. Le prometí la respuesta completa, y la respuesta completa incluye las partes desagradables.

Pongo la fotografía sobre la barra.

Ella la mira. Ella frente a la pizarra.

Observo cómo su rostro hace eso que hacen los rostros cuando una persona comprende algo en la sangre que antes solo comprendía en la cabeza.

La deja y me mira.

—Él tomó esto —dice.

—Sí.

—La guardaste.

—Es la verdad —digo—. Te pertenece.

La mira un momento más. Luego la voltea boca abajo sobre la barra.

—¿Te vas? —dice.

Miro mi café.

Esta es la pregunta. La que he estado considerando durante sesenta y cinco kilómetros.

Ensayé esto todo el camino por la Ruta 7, y ahora está aquí en la barra entre nosotros y mi cabeza está completamente vacía. No tengo una versión limpia que ofrecerle. Solo la realidad incómoda y dentada.

—Siempre me iba a ir —digo—. Ese era el único plan. Vine aquí por un trabajo. El trabajo está terminado. Irme es el siguiente paso.

Ella mira la barra.

—Pero —dice.

La miro.

—Hay un *pero* —dice—. Puedo oírlo.

—Margo, no sé cómo quedarme en ningún sitio —digo. Mi voz suena más áspera de lo que quisiera—. No me he quedado en ningún lugar durante once años.

—Lo sé —dice.

—No tengo platos —le digo—. No tengo una dirección de reenvío. No sé cómo tener vecinos. No sé cómo simplemente sentarme en una panadería un martes sin evaluar las salidas. No sé cómo sería en un lugar permanentemente. Nunca lo he descubierto.

—Eso también lo sé —dice.

—Margo, no estás escuchando las matemáticas.

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en la barra. El moretón de mi mandíbula grita con el movimiento, pero lo ignoro. Necesito que entienda el radio de explosión en el que está sentada actualmente.

—No es solo que sea malo para la charla trivial. Soy un peligro permanente, Margo. No hay papeles de jubilación en mi línea de trabajo. Si dejo de moverme, me convierto en un objetivo estático. Si la gente equivocada se da cuenta de que estoy anclado a este edificio, Walcott parecerá un vendedor puerta a puerta. Tengo once años de fantasmas, Margo. Si dejo mis maletas en este pueblo, voy a arrastrar todo ese peligro directamente por tu puerta principal.

—¿No cubres tus huellas? —pregunta.

—Lo hago.

—¿Eres bueno en ello?

—Soy el mejor en ello.

—Entonces, ¿por qué estamos teniendo esta conversación?

La miro fijamente. Su absoluta y aterradora falta de autopreservación va a llevarme a una tumba prematura.

—Porque el riesgo no es cero. Y porque incluso si nadie viene, seguiré siendo exactamente lo que soy. Voy a investigar los antecedentes del adolescente que entrega tu harina. Arruinaré la tranquilidad de este edificio.

Ella da un sorbo lento a su café. La luz de la mañana ilumina la harina que cubre su delantal. Arriba en la estantería metálica, Gerald

burbujea en su frasco, indiferente al hecho de que un asesino profesional está teniendo un ataque de pánico localizado junto a la máquina de espresso.

—Cole —dice, dejando su taza—. El horno industrial se incendió en 2022. Ayer, un hombre intentó forzar mi puerta trasera con una palanca. Es una panadería, no un monasterio. Puedo soportar un poco de ruido.

—No sé cómo hacer esto —digo. Es lo más cierto y humillante que he admitido en voz alta jamás.

Ella sostiene mi mirada. Es la mirada completa. Esa que bypasa los años de sangre y pasaportes y va directamente al hueso.

—Cole —dice—. No te estoy pidiendo que sepas cómo. Te estoy preguntando si quieres averiguarlo.

—Sí —digo.

Ella examina mi rostro durante un largo segundo.

Luego se desliza fuera del taburete.

No dice ni una palabra. Camina hacia la parte trasera del mostrador, abre la vitrina de cristal y saca un rollo de canela. Glaseado de queso crema. Abundante cardamomo. Es exactamente del mismo tipo que le entregó a un extraño aterrador y silencioso en la oscuridad a las 5:25 de la mañana un martes de octubre.

Lo coloca en un pequeño plato blanco y lo desliza por el mostrador hasta que se detiene directamente frente a mí.

Cruza los brazos y espera.

Miro el rollo de canela.



No se entrega una carta de renuncia a un sindicato, y un hombre que ha pasado toda su vida adulta durmiendo con un ojo abierto no aprende mágicamente a quedarse completamente quieto.

Así que no me detuve. Simplemente me volví odiosamente selectivo.

Ahora acepto quizás tres contratos al año. Paso dos semanas en Praga, o diez días en Miami y luego regreso a Dusk Falls. Dejo mis

maletas en el pasillo del apartamento de Margo en el piso de arriba, inspecciono su sala en busca de amenazas y me quedo durante meses.

Lo estamos resolviendo. Es un proceso lento, torpe y fuertemente armado.

El pueblo ha decidido colectivamente aceptar mi presencia intermitente. Margo le dijo a June —quien naturalmente se lo contó a todos los demás— que trabajo como auditor independiente para logística de cadenas de suministro internacionales.

Es la mentira perfecta. Explica los viajes erráticos, el jet lag y la expresión completamente plana. Lo más importante es que la logística de cadena de suministro es tan profundamente aburrida que nadie en este pueblo me hace jamás una sola pregunta de seguimiento. Harold piensa que soy un esclavo corporativo. La barista de la calle piensa que simplemente estoy muerto por dentro.

Es un martes lluvioso de abril cuando regreso de un trabajo en Ginebra.

Camino por Clement Street a las 6:15 de la mañana. El aire es fresco, y la panadería ya está iluminada, proyectando ese cálido resplandor ámbar sobre el pavimento húmedo. Me quedo de pie al otro lado de la calle durante un minuto completo, solo observando la puerta principal.

Esta es la parte que ha empeorado. El miedo.

Cuando mi vida consistía solo en teléfonos desechables y asientos de pasajero vacíos, no tenía nada que perder. Ahora, tengo una panadera con calcetines de croissant, y el puro volumen de mi propia vulnerabilidad es asfixiante. Cada vez que vuelo a casa, paso todo el vuelo calculando probabilidades estadísticas de represalias de cárteles. No te dedicas a mi línea de trabajo durante tanto tiempo como yo sin acumular el tipo de capital offshore que pone nerviosos a los reguladores bancarios. Tengo suficiente efectivo líquido para comprar Dusk Falls dos veces. Pero el dinero no puede comprar un perímetro a prueba de balas.

Así que hice lo siguiente mejor.

Cruzo la calle y abro la puerta de la panadería. La campanilla suena.

Margo está en el mostrador de preparación, sacando una bandeja de scones del horno. Se da la vuelta. Su cabello está despeinado, su delantal está cubierto de harina, y cuando me ve parado allí con mi abrigo pesado, el repentino y brillante alivio en su rostro me golpea tan fuerte en el pecho que realmente olvido cómo respirar.

—Has vuelto —dice, dejando la bandeja caliente.

—He vuelto.

Camino alrededor del mostrador, la atraigo hacia mí y la beso. Sabe a azúcar glas y café oscuro, y la absoluta y aterradora certeza de ello silencia instantáneamente el ruido en mi cabeza que ha estado zumbando desde Suiza.

Ella se aparta ligeramente, con las manos apoyadas en las solapas de mi abrigo.

—¿Cómo estaban las cadenas de suministro en Ginebra?

—Severamente interrumpidas —digo secamente—. El cuello de botella ha sido despejado permanentemente.

—Bien —dice ella, sin perder el ritmo—. La ineficiencia es un crimen.

Me aparto y saco una carpeta manila gruesa y muy sellada del bolsillo de mi abrigo. La coloco en el mostrador junto a Gerald, la masa madre, que burbujea silenciosamente.

Margo mira la carpeta.

—¿Me has traído chocolate suizo o me has falsificado un pasaporte?

—Ninguna de las dos cosas. —Doy un golpecito al pesado cartón—. Compré la ferretería de al lado.

Margo deja de limpiar el mostrador. Me mira fijamente.

—Has... comprado la ferretería.

—El dueño mencionó que quería jubilarse. Hice una oferta en efectivo a través de una sociedad fantasma.

—Cole. —Me mira, entrecerrando sus ojos marrones—. ¿Por qué eres dueño de una ferretería?

—Porque comparte una pared de ladrillo con tu almacén —digo, como si esto fuera una práctica inmobiliaria estándar—. Su muelle de carga tiene un punto ciego que me ha estado molestando desde

octubre. Como nuevo propietario, estoy reemplazando sus cerrojos y reforzando la pared compartida. Además, la deducción fiscal es decente.

Margo simplemente me mira. Mira la carpeta. Vuelve a mirar mi rostro completamente serio.

Ella tiene un cajón mental para mis daños. Sé exactamente cómo se ve cuando lo abre, reconoce la pura paranoia desquiciada que hay dentro, y tranquilamente lo cierra de nuevo.

—De acuerdo —dice suavemente, con una pequeña sonrisa tirando de la comisura de su boca—. Ahora eres un magnate ferretero.

—Lo soy —confirmo—. Le estoy pagando al gerente actual el doble para que nunca me hable, y voy a pasar los próximos tres meses sentado en ese taburete de allí, fulminando con la mirada a cualquiera que te mire durante más de cuatro segundos.

Margo se ríe. Es un sonido cálido y brillante que llena la cocina, y me hace lo que siempre me hace: hace que los fantasmas desaparezcan, solo por un momento.

Ella saca un cruasán de la vitrina.

—Bienvenido a casa, Cole —dice ella. —Es bueno estar de vuelta —digo yo.

La campanilla sobre la puerta suena.

Ni siquiera he terminado el primer bocado del cruasán. No me sobresalto, pero mis ojos automáticamente rastrean el punto de entrada, evaluando la silueta en el umbral antes de que mi cerebro consciente la reconozca.

Es solo Harold.

Entra pisando fuerte para quitarse la humedad de abril de las botas. Lleva puesto el mismo abrigo grueso de lana que usa desde octubre hasta mayo, y su periódico matutino está firmemente sujeto bajo el brazo izquierdo. Se detiene a mitad de camino hacia el mostrador, me ve sentado en mi taburete y me lanza una larga mirada evaluadora.

—Has vuelto —dice Harold.

—He vuelto —digo yo.

Harold gruñe. Se acerca al mostrador y me observa detenidamente.

—Dios, mírate. De vuelta de la primera línea de las hojas de cálculo Excel. ¿Sobreviviste al terrorífico mundo de los mandos intermedios, o finalmente una tabla dinámica pudo contigo?

—Las cadenas de suministro globales están seguras, Harold —digo, con una voz tan plana como un tono de marcado—. La eficiencia del transporte ha aumentado un cuatro por ciento. Fue una optimización muy agresiva.

—Optimización agresiva —repite Harold, saboreando las palabras como si fueran leche agria. Se vuelve hacia Margo—. ¿Has oído eso? El tipo pasa dos semanas en Ginebra —la tierra de los relojes y el chocolate— y vuelve hablando como un correo electrónico automatizado. Lo digo en serio, Margo. El chico se ha ido. Esto es solo una cáscara que funciona con cafeína y 'logística'. Nunca pensé que vería el día en que la mayor emoción en la vida de un hombre fuera una tabla dinámica.

Margo se da la vuelta desde la máquina de espresso. Se está mordiendo el interior de la mejilla con tanta fuerza para no reírse que se le están aguando los ojos. Desliza un café negro y un muffin de salvado por el mostrador antes de que Harold tenga que pedirlo.

—Buenos días, Harold —dice ella, con la voz ligeramente tensa.

—Buenos días, Margo. Me alegro de que el zángano corporativo no se haya congelado hasta morir en Suiza. Necesitas un pasatiempo, hijo. Prueba con la carpintería. Algo que no implique 'optimizar sinergias' antes de que salga el sol.

Harold toma su café y su muffin y se arrastra hasta su mesa habitual en la esquina. Se sienta, arregla su servilleta y abre el periódico con un chasquido brusco y autoritario de sus muñecas.

Tomé un sorbo de mi café y pensé en Ginebra. Harold no estaba completamente equivocado sobre las hojas de cálculo. Todavía hago los cálculos, pero las variables han cambiado.

Hace un año, no me importaba el *porqué*. Era un instrumento neutral. El Sindicato proporcionaba un expediente, una tarifa y una ubicación, y yo equilibraba el libro de cuentas. Margo arruinó mi neutralidad.

Ahora, solo acepto los expedientes que se parecen al de la familia Hartley. Busco a los depredadores, aquellos que creen que pueden envenenar un pueblo o acechar en un callejón porque nadie es lo suficientemente poderoso para detenerlos. Mi agencia piensa que me he vuelto “difícil” y “altamente selectivo”.

Yo prefiero el término *comprometido*.

Sigo siendo un hombre violento, pero he redirigido la corriente. Encuentro a las personas que hacen que el mundo sea peligroso para panaderos y ancianos que leen el periódico, y me aseguro de que dejen de ser una variable. Ya no se trata del dinero... aunque las cuentas en el extranjero van bien. Se trata de asegurarme de que cuando vuelva a esta cocina, pueda mirar a Margo sin sentir que los fantasmas me siguieron por la puerta.

—Vaya, maldita sea —murmura Harold.

Es lo suficientemente fuerte como para llegar al otro lado de la habitación vacía. Margo levanta la vista de las pinzas para pasteles. No me doy la vuelta, pero cambio ligeramente mi peso en el taburete.

—¿Qué pasa? —pregunta Margo.

Harold golpea la página cuatro del periódico con su dedo índice.

—Los policías estatales por fin se ganaron el sueldo. Gran artículo en la sección regional. Dice que acaban de cerrar oficialmente una investigación de varios estados. Media docena de casos sin resolver de mujeres acosadas o desaparecidas por todo el Medio Oeste.

Las manos de Margo se quedan perfectamente quietas sobre la vitrina de cristal.

—Al parecer, algún denunciante anónimo envió por correo un teléfono y una memoria USB al cuartel dos condados más allá en noviembre —dice Harold, leyendo la columna—. Tenía una montaña digital de evidencia. Fotografías, seguimiento GPS, todo. Pertenecía a un vagabundo llamado Walcott.

Doy otro mordisco a mi rollo de canela. El cardamomo está excelente hoy.

—¿Lo atraparon? —pregunta Margo, con la voz tensa pero notablemente serena.

—No hace falta —dice Harold, pasando la página—. Dice aquí que lo encontraron en una zanja congelada junto a un camino de servicio a unos sesenta y cinco kilómetros al sur de aquí, unos días después de que llegara el paquete. Parece que tropezó y se rompió el cuello en el barro, o tuvo una mala pelea con el tipo equivocado. Los policías no pierden el sueño por ello. El tipo era un monstruo.

Harold le da un mordisco a su muffin de salvado, completamente ajeno al repentino y pesado silencio en el mostrador.

—En fin —dice Harold, masticando pensativamente—. Están notificando a las familias de las mujeres. Dándoles algo de cierre.

Sacude la cabeza y mira por la ventana frontal el pavimento tranquilo y mojado por la lluvia de la calle Clement.

—Te hace alegrarte de vivir en un pueblo aburrido. Nada de eso ocurre por aquí.

—No —dice Margo suavemente, mirándome de reojo—. Nada de eso.

Harold vuelve a su crucigrama.

No me doy la vuelta para mirarlo. Solo miro a Margo al otro lado del mostrador.

Ella me está mirando fijamente. No está mirando mis nudillos magullados de Ginebra, y no está mirando la gruesa carpeta de manila que contiene la escritura de la ferretería. Está mirando al hombre que se sentó en su cocina hace meses y le prometió que las cosas que la gente hacía no quedarían sin respuesta.

Extiende la mano por encima del mostrador. No dice una palabra. Solo desliza su mano sobre la mía, presionando firmemente su pulgar contra mi pulso.

La panadería está cálida. El café es negro y la ferretería de al lado pronto tendrá placas de acero de un centímetro y medio.

Entrelazo mis dedos con los suyos, y por primera vez en once años, no compruebo las salidas.

—¿Sabes? —refunfuñó Harold en voz alta desde su rincón, arruinando completamente el momento—. Todavía no me gustan los nuevos horarios.

No solté la mano de Margo, pero miré por encima de mi hombro.

Margo había retrasado recientemente el horario de apertura de la panadería de las seis de la mañana a las ocho. Era un cambio logístico, principalmente porque ya no tenía una hipoteca comercial pendiendo sobre su cabeza como una guillotina. Yo me había encargado discretamente del pagaré bancario en febrero a través de un fideicomiso ciego bastante aburrido. Ella había estado furiosa conmigo durante doce minutos, hasta que le señalé que ahora podía dormir más allá de las tres de la madrugada.

Harold, sin embargo, había tomado el cambio de horario como un insulto personal.

—Las ocho de la mañana es medio día perdido —murmuró Harold, doblando su periódico con una agresividad innecesaria. Me lanzó una mirada oscura y acusadora—. Y todos sabemos de quién es la culpa. Vuelves de esos pequeños “viajes de negocios” tuyos, y de repente la panadería no puede abrir a tiempo. Manteniéndola ocupada.

Margo se atragantó con su café. Se puso de un rojo espectacular y agarró un trapo húmedo para limpiar agresivamente la bandeja de goteo de la máquina de espresso, negándose a mirar a ninguno de los dos.

Mantuve mi rostro perfectamente inexpresivo. —La logística de la cadena de suministro es un campo agotador, Harold. Necesito mucho descanso.

Harold se burló, dando un mordisco feroz a su muffin de salvado.

La campanilla sobre la puerta volvió a sonar.

La ayudante del sheriff Andrea Reyes entró.

Sus ojos se dirigieron directamente hacia mí, sentado en el taburete. Se acercó al mostrador, con los pulgares enganchados casualmente en su cinturón de servicio, su postura relajada pero sus ojos completamente alerta.

Reyes es una buena policía. Opera casi enteramente por intuición, y su intuición le ha estado gritando sobre mí desde octubre. Simplemente no puede probar ni una sola parte de ello, y es lo suficientemente inteligente como para no provocar a un oso dormido sin un palo muy largo.

—Buenos días, Margo —dijo Reyes, sin apartar los ojos de mí.

—Buenos días, Andrea. ¿Lo de siempre? —preguntó Margo, con su voz volviendo a su tono normal y firme.

—Por favor. —Reyes inclinó la cabeza, estudiando los moretones frescos en mis nudillos—. ¿De vuelta en el pueblo, Cole?

—Así es.

—¿Viaje de negocios?

—Ginebra.

—Claro. —Su tono implicaba que no creía ni una sola sílaba de esa palabra—. Debe ser un trabajo increíblemente peligroso, auditar fletes internacionales.

—Soy muy torpe —dije.

Reyes sostuvo mi mirada durante un momento largo y tenso. Estaba haciendo lo que mejor sabía hacer, pero yo no le di ningún resquicio donde agarrarse. Solo estaba sentado allí, un tipo comiendo un rollo de cardamomo, anclado a un taburete en una acogedora panadería.

Finalmente, Reyes hizo un gesto tenso y cortés con la cabeza. No era amistoso. Nunca sería amistoso. Pero era una tregua.

—Bueno —dijo Reyes, tomando la bolsa de papel de Margo—. Me alegro de que estés a salvo. El pueblo ha estado bastante tranquilo últimamente. Lo prefiero así.

—Yo también, ayudante —dije con calma—. Es un buen lugar para vivir.

Se dio la vuelta y salió, con la campanilla sonando alegremente tras ella.

Miré a Margo. Margo me miró a mí.

—¿Sabes? —dijo Margo suavemente, apoyando los codos en el mostrador y sonriendo—. Realmente eres terrible para la charla trivial.

—Estoy mejorando y Harold piensa que soy encantador.

—Harold piensa que eres una amenaza que arruina su horario matutino —se rio, rodeando el mostrador para pararse entre mis rodillas. Apoyó sus manos ligeramente sobre mi pecho, justo encima del pesado latido de mi corazón.

—Entonces —murmuró, mirándome, su pulgar rozando ligeramente la solapa de mi pesado abrigo de lana—. Ya que Harold piensa que te estoy manteniendo tan ocupada... ¿qué tan rápido puedes despejar tácticamente un edificio de un gruñón ciudadano de la tercera edad?

Miré por encima de su hombro. Harold estaba mirando intensamente los crucigramas.

—Podría activar la alarma de incendios —ofrecí, con voz impasible—. O simplemente podría lanzar su muffin de salvado a la calle. Lo perseguiría.

—Cole. No.

—Es una baja civil que estoy dispuesto a aceptar.

Sonrió, poniéndose de puntillas para darme un beso suave y prolongado.

—Paciencia, normalmente termina el crucigrama en veinte minutos.

Entrelacé mis dedos con los suyos, acercándola un centímetro más.

—Veinte minutos —dije suavemente—. Puedo esperar.

—Seis letras —anunció Harold a la habitación vacía, golpeando agresivamente su bolígrafo contra la mesa—. Para "operaciones clandestinas". ¿Quién escribe estas malditas pistas? ¿La CIA?

No aparté la mirada de Margo. —Encubierta.

El bolígrafo de Harold se detuvo. Me miró, miró su periódico y garabateó la palabra en las casillas.

—Hmm. Supongo que un auditor internacional de cadenas de suministro sabría todo sobre cómo ocultar cosas.

—Tengo un conjunto diverso de habilidades —dije.

Harold resopló. Dobló el periódico con un chasquido agudo y decisivo —el sonido de un hombre que había decidido que sus veinte minutos habían terminado oficialmente. Se levantó, se sacudió las migas de su grueso abrigo de lana y se ajustó el cuello. Nos miró a los dos, parados demasiado cerca detrás de la máquina de espresso.

—Las ocho en punto —murmuró Harold, sacudiendo la cabeza como si fuera una tragedia personal—. Anarquía absoluta. Si vas a

mantenerla ocupada, chico de la logística, lo mínimo que podrías hacer es aprender a manejar la caja registradora.

—Lo añadiré a mi itinerario —dije.

—Asegúrate de hacerlo. Todo el pueblo se está yendo al infierno.

—Harold marchó hacia la puerta principal, la abrió y se detuvo. No se dio la vuelta, pero se quedó en el umbral, dejando que el fresco aire de abril entrara—. Me alegra tenerte de vuelta, hijo. Intenta que no te maten a auditorías.

—Haré lo posible, Harold.

Salió a la acera húmeda. La campanilla sonó. La puerta se cerró con un clic.

Me aparté de Margo y caminé alrededor del mostrador. Llegué a la puerta de cristal y volteeé el pequeño letrero de madera de ABIERTO a CERRADO. Alcé la mano y eché el pesado cerrojo de latón. Encajó con un clic mecánico sólido y satisfactorio.

Me di la vuelta.

Margo estaba apoyada contra el mostrador, observándome.

—¿Estamos cerrados, entonces?

—Estamos cerrados —digo.

Vuelvo a rodear el mostrador de preparación, acortando la distancia entre nosotros, y deslizo un brazo por detrás de sus rodillas. Rodeo su cintura con el otro y la levanto directamente del linóleo.

Ella jadea, una brusca y repentina contención de aliento, y sus manos caen sobre mis hombros para estabilizarse. Sus dedos presionan mi camisa mientras me mira desde arriba, con una risa entrecortada escapando de su garganta.

—Has dejado a Harold fuera —susurra.

—Harold ya tuvo su muffin.

Ella enlaza sus brazos alrededor de mi cuello, inclinándose hasta que su boca queda a un centímetro de la mía. —Vas a arruinar mi horario matutino.

—Margo, voy a arruinar toda tu semana.

Subo las estrechas escaleras de madera de dos en dos. Ella apoya su cabeza contra mi cuello, su respiración cálida y

acompañada contra mi piel. La realidad de su presencia me ancla por completo.

La beso intensamente, y la cuidadosa distancia que he mantenido desde Ginebra se rompe por completo. Ella me devuelve el beso al instante. Sus manos se deslizan por mi pelo, aferrándose con fuerza, acercándome más mientras la llevo hacia la escalera.

La panadería se desdibuja a nuestro paso. La máquina de espresso, las vitrinas de cristal y el cerrojo de latón de la puerta principal se desvanecen en el fondo. Subo las estrechas escaleras de madera de dos en dos. Siento el latido rápido y frenético de su pulso contra mi mandíbula, el calor de su piel y la forma ansiosa en que cambia su peso en mis brazos para acercarse más a mí.

Llego al rellano superior y abro la puerta del apartamento con el hombro. La llevo dentro y cierro de una patada detrás de nosotros, el golpe pesado haciendo temblar el marco.

La presiono contra la pared más cercana. Ella deja escapar un suave y entrecortado suspiro y atrae mi boca de nuevo hacia la suya, destrozando por completo lo que quedaba de mi autocontrol.

El ruido en mi cabeza se silencia por completo. Los cálculos desaparecen. El mundo entero se reduce a la mujer en mis brazos, el aroma a cardamomo y la absoluta certeza de quedarme justo aquí.



Thanks so much for reading!

I wanted to take a second to say a huge thank you for reading.

I'll be the first to admit that I'm a bit of a ghost online. I'm a total introvert and, to be honest, I have a deep-seated dread of social media. I look at people who somehow find the time to write, post constantly, get enough sleep, and handle the general chaos of life, and I genuinely have no idea how they do it. I'm still trying to figure out the "writing and sleeping" part.

Most days, I'd much rather just stay in my own head and keep writing than try to figure out an algorithm. I know the day is coming when I'll have to "build a presence," but I'm putting it off for as long as I can.

In the meantime, I finally managed to put together a newsletter—mostly because it seems like the one thing every indie author is supposed to do. If you'd like to stay in touch, I'd love to have you there.

I promise I won't be a nuisance. I'll only email you when a new book is ready or if there's a big promotion happening. Every year during the holidays, I do a free ebook promo for a few days. It's just my way of saying thanks and celebrating the end of the year with the people who read my work.

If you want to find out when promotions like that are happening, you can sign up here:

[My quiet corner of the internet](#)

Thank you again for spending some of your time with my characters.

The Slasher's Guide To Romance A Valentine Romance for the Lovelorn

I have been alone for a very long time. This is not a complaint. I'm simply stating a fact, the way you might say the sky is gray or that blood looks black in moonlight. Some things just are what they are. My father raised me in the woods outside of Cutter's Mill, Wisconsin, in a cabin he built with his own hands and, I suspect, a few hands that weren't his. He was not a warm man. He taught me to hunt, to trap, to dress a carcass in under four minutes. He taught me that people were just animals who'd forgotten what they were. He taught me that love was a chemical trick, a trap that evolution set to keep the species stumbling forward.

Then he died, and I was alone, and I found the books.

They were in a plastic tub in the crawlspace of a vacation home I was wintering in. The owners never came back for them. Twenty-three paperback novels, their covers soft with water damage, their pages blooming with mold in the corners. I read them by candlelight because I hadn't figured out the electricity yet.

And I learned that my father was wrong.

Love wasn't a trap. Love was the whole point. Every single one of these books said so. The heroines were swept away. The heroes were commanding and protective and knew exactly what to do. There were misunderstandings, yes. Conflicts. Dark moments where it seemed like the lovers would never find their way back to each other.

But they always did.

The books promised me this. Love always won.

I just had to find her. My heroine. The woman whose heart would recognize mine.

The problem, I've discovered, is that real women don't behave like the ones in the books. They scream at the wrong moments. They run when they should be swooning. They call the police, which the books never mentioned as a possibility.

I've made mistakes. I can admit that.

But I've also learned from them. And now, with Valentine's Day approaching, I want to share what I've learned with others who might be struggling as I once struggled.

This is my gift to you, fellow romantics.

Chapter One

How to Choose Your Beloved

The books are very clear on this point: you will know her when you see her. There will be a feeling. A tightness in the chest.

The world will narrow to just her face, her movements, the particular way she tilts her head when she's thinking. In the books, they call this "love at first sight." I call it the knowing.

I have experienced the knowing three times.

The first was a waitress at a diner off Route 12. She had red hair and a gap between her front teeth and she called me "hon" when she refilled my coffee. I watched her for six days before approaching. I did everything right. I left her gifts. I wrote her a poem. I waited in her apartment so I could surprise her when she came home from her shift.

She was not surprised in the good way.

I understand now that I moved too fast. The books talk about this. A slow burn, they call it. You're supposed to build tension. Create anticipation. I skipped too many steps and she couldn't catch up.

The second was a librarian in a town I won't name because there's still an open investigation. She was perfect. Quiet. Soft-spoken. She recommended books to me and our fingers touched

when she handed me a copy of *Wuthering Heights*. I felt the knowing so strongly I couldn't breathe.

I courted her properly that time. Weeks of preparation. I learned her schedule. I eliminated the man she was seeing because he clearly wasn't right for her and the books are very clear that the heroine's initial love interest is always a mistake she needs to be rescued from. I left her flowers. I wrote her letters. I even bought new clothes.

But when I finally revealed myself, when I told her I'd done it all for her, that we were meant to be together, she looked at me like I was a monster.

She said: "You killed Frank. You killed him and you're standing in my house covered in his blood and you think I'm going to love you?"

I didn't have an answer for that.

The books never covered this scenario.

She ran, and I let her, because the books also say you can't force love. It has to be given freely. But I'll be honest with you, reader. That one hurt. I'd worked so hard. I'd done everything I thought I was supposed to do.

She called the police. They found Frank's body but not me. I was already three states away by then.

I still think about her sometimes with something close to regret. She moved away after what happened, started over somewhere I couldn't find her. That's probably for the best.

The third time I felt the knowing was sixteen days ago.

Her name is Maeve Holloway, and she is the first woman to ever truly look into my soul, even if she's doing it through a Shure SM7B microphone and a pair of noise-canceling headphones.

She has dark hair, which she wears pulled back when she's thinking, and skin so pale it almost glows under studio lights. I know this because I've watched the video clips she posts. I pause them sometimes. The books say it's important to notice details. Women like to be seen.

She hosts *The Body Count* (A blunt, inelegant title. I prefer the chapters in my novels: *A Storm of Passions*, *The Duke's Burning Heart*). It's a digital chronicle of the lost, but lately, it's been a tribute to *me*.

I was sitting in my truck, the heater groaning against the Chicago wind, when I played Episode 47.

"*Let's talk about his 'signature,' guys,*" Maeve's voice buzzed through my speakers—husky, clever, and layered with a delicious exhaustion. "*The media calls him the 'Valentine Killer' because of the date, but they're missing the forest for the bloody trees. The ribbon, forensics confirms it was silk, not polyester. The victim, Frank Derry, was a known predator. Two restraining orders. The Valentine Killer bypassed three easier targets in that campground to get to him. So...What if it's not senseless? What if it's... specific?*"

She took a sip of something. I could hear the soft click of the mug.

"*I'm not making a hero out of him. There are no heroes in body bags. But we profile for a reason. He's a man. And men have origins. They have reasons. However warped those reasons might be... they make sense to him. In his story, he's probably the protagonist.*"

No one had ever used the word "protagonist" about me. The papers said *fiend*, *animal*, *nightmare*. My father just called me *useful*.

But *protagonist*. That was a word from my books. The hero. The one who drives the narrative. The one who fights for something.

She didn't know about the books. She couldn't know. Yet she had handed me the one piece of language that fit the screaming shape inside my chest.

I had to pull over because I was crying too hard to see the road. She *understood*. No one has ever understood.

I was crying for being *seen*. Not the me covered in pine resin and gore, but the *idea* of me. She saw the blueprint.

I've been watching her for sixteen days now. I know that she takes her coffee black. I know that she runs in the mornings, even when it's cold, even when it's dark. I know that she's single, that she had a boyfriend named Marcus who she broke up with eight months ago, that she still has his number in her phone but never calls it.

I know that she's lonely.

I know that she's looking for something.

I know that something is me.

This time, I'm going to do it right. I've studied the books more carefully. I've made notes. I've created a plan with timelines and contingencies. Valentine's Day is in forty-four days, and by the time it arrives, Maeve Holloway is going to love me.

Or she won't.

And if she won't, I think that will be the end for me. Not the end of my life, necessarily. Just the end of hoping. The end of trying. I'll go back to the woods and I'll stay there and I'll stop pretending I'm anything other than what my father said I was.

But I don't think it will come to that.

I felt the knowing when I saw her face.

And I'm starting to think she's going to feel it too.

Practical Advice for Chapter One:

1. **Choose carefully.** The knowing doesn't lie, but you have to be sure it's the knowing and not just loneliness dressed up in better clothes.
2. **Research your beloved before making contact.** Know her schedule. Know her habits. Know what she fears and what she dreams and what she looks like when she's sleeping.
3. **Patience.** This is the most important thing my first two attempts taught me. You cannot rush love. You cannot grab it with both hands and squeeze until it stops struggling. You have to let it come to you.
4. **Have a backup plan.** Not for failure. Just for complications. *The course of true love never did run smooth.* A man named Shakespeare wrote that. I found it spray-painted on an overpass and looked it up.

I think he was right. Although based on his plays, he also thought true love involved a lot of suicide and murder, so maybe he understood more than people give him credit for.



I put the pen down and look out the window of my truck. It's 3:47 AM and Maeve's apartment is dark. She went to bed at 11:15,

later than usual. I watched her shadow move behind the curtains. I watched her light go out.

She's up there right now, dreaming about something.

Maybe she's dreaming about me.

Tomorrow, I'm going to introduce myself.

I've already picked out what I'm going to wear.

Books By This Author

The Wolf's Blood: Dark Tales From Nordic Folklore

Twenty tales drawn from authentic Nordic folklore and oral traditions spanning Norway, Sweden, Denmark, and Iceland, The Wolf's Blood restores the savage darkness to Scandinavia's most chilling legends. Here you'll find no redemption arcs, no happily-ever-afters, only the brutal bargains our ancestors made with forces older and crueler than Christianity could tame.

Blood In The Bayou: True Tales Of Louisiana Horror

Beneath the Spanish moss and heat-humming silence of Louisiana lies a darkness older than the state itself. In these chilling, atmospheric tales inspired by true legends, the dead walk, the cursed howl, and some doors...once opened...can never be shut.

The Little Jar Of Easter Frights: A Collection Of Cozy Horror Stories

Spring has sprung, but not everything hatching this season is sweet...

Welcome to a deliciously dark basket of tales where pastel nightmares and sugar-coated thrills await! In this cozy horror

collection, springtime mischief meets macabre charm across sixteen delightfully creepy stories.